

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Palestina existe [Palestine exists]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Gentili, Pablo
Publisher	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-05 05:10:55
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154319

Palestina existe

La lucha por la autodeterminación y la afirmación de la soberanía

Edward W. Said

Selección y organización: Pablo Gentili

Resumen

Los artículos aquí seleccionados fueron publicados por el diario español El País por más de 30 años. Estos trabajos son una muestra no sólo del desarrollo del conflicto palestino-israelí, sino también una muestra del compromiso de Edward Said con la realidad social de su pueblo, desde una perspectiva crítica, sin fanatismos ni concesiones.

Abstract

Selected articles here were published by the Spanish newspaper El País for over 30 years. These works are a sign not only of the development of the Palestinian - Israeli conflict, but also a demonstration of the commitment of Edward Said with the social reality of his people, from a critical perspective, without fanaticism or concessions.

CvE

Año VII
Nº 14
Segundo
Semestre
2015

Edward W. Said

Considerado uno de los fundadores estudios poscoloniales, crítico literario y musical, es uno de los referentes insoslayables en la lucha por la causa Palestina. Autor de numerosos libros, fue profesor de literatura inglesa y literatura comparada en la Universidad de Columbia. En 1999, junto a Daniel Barenboim, fundó la *West-East Divan Orchestra*, que integra en sus filas a músicos de origen palestino e israelí. Falleció en 2003.

Considered one of the founders of postcolonial studie , literary and music critic, it is one of the unavoidable reference in the struggle for the Palestinian cause. Author of numerous books, was a professor of English literature and comparative literature at Columbia University . In 1999, with Daniel Barenboim he founded the West- East Divan Orchestra, which includes in its ranks musicians of Palestinian and Israeli origin. He died in 2003 .

Palabras clave

1| Palestina 2| Estudios Poscoloniales 3| Israel 4| Pensamiento Crítico 5| Estudios Literarios

Keywords

1| Palestine 2| Postcolonial Studies 3| Israel 4| Critical Thinking 5| Literary Studies

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

Edward Said: Intervenciones políticas de un intelectual comprometido. Notas de Archivo de *El País. Crítica y Emancipación*, (14): 187-280, segundo semestre de 2015.

Palestina existe

La lucha por la autodeterminación y la afirmación de la soberanía*

CyE
Año VII
Nº 14
Segundo
Semestre
2015

Oriente y Occidente, mitos de una geografía imaginaria

Uno de los hábitos humanos más extraños, menos estudiados y más persistentes, es la división absoluta que se hace entre Oriente y Occidente. Esta geografía imaginaria, de origen casi enteramente *occidental* que divide al mundo en dos esferas desiguales y fundamentalmente opuestas, ha producido más mitos, mayor ignorancia con conocimientos y más ambiciones que cualquier otra apreciación de diferencias. Durante siglos, los europeos y norteamericanos se han embelesado con el misticismo oriental, con la pasividad y las mentalidades orientales. Traducido a la política, exhibido como conocimiento, presentado como entretenimiento en artículos de viaje, novelas, pinturas, música o películas, este «orientalismo» ha pervivido virtualmente inalterado como una especie de sueño que justificaba, a menudo, aventuras coloniales occidentales o una conquista militar.

Misteriosamente grandiosa y *oriental*, e incorporando elementos de la tradición judeo-cristiana, el Islam jamás se sometió completamente al poder de Occidente. Sus diversos estados e imperios siempre dieron a Occidente unos formidables contendientes políticos y culturales, así como múltiples oportunidades para afirmar la *superior* identidad occidental. De esta manera, comprender el Islam ha significado para Occidente intentar convertir su variedad en una esencia monolítica estática, su originalidad en una copia barata de la cultura cristiana, su pueblo en temibles caricaturas.

Los primeros críticos cristianos del Islam utilizaron como blanco la figura humana del profeta, acusándole de promiscuidad, sedición y charlatanería. A medida que florecieron los tratados sobre el Islam y Oriente, 60.000 libros entre 1800 y 1950, las potencias europeas

EDWARD W. SAID

* La presente selección reúne las colaboraciones que Edward W. Said realizó en diferentes medios periodísticos del mundo y que, en castellano, publicó el periódico español *El País* durante cerca de 20 años.

ocuparon grandes extensiones de territorio islámico, argumentando que puesto que los orientales no sabían nada de democracia y eran esencialmente pasivos, la «misión civilizadora» de Occidente, expresada en los estrictos programas de modernización despótica, consistía en transformar finalmente el Oriente en una copia exacta de Occidente.

Hubo, sin embargo, grandes orientalistas; hubo esfuerzos auténticos, como el de Richard Burton, el explorador británico que tradujo *Las mil y una noches*, por entender el Islam. Sin embargo, persistió una crasa ignorancia, como sucederá siempre que el miedo a lo diferente se traduzca en, un intento de dominación. Estados Unidos heredó el legado orientalista, y lo empleó de manera acrítica en sus universidades, en los medios de información de masas, en la cultura popular y en la política imperialista. En el cine y en las historietas cómicas se representa a los musulmanes árabes bien como una turba sanguinaria, o como unos sádicos lascivos de nariz aguileña. Los especialistas universitarios decretaron que en el Islam todo es islámico, que *ellos*, los musulmanes, no entendían de democracia, tan sólo de represión y de oscurantismo medieval. A la inversa, se argumentaba que mientras que la represión obrara en favor de los intereses de Estados Unidos, no era represión del Islam, sino una forma de modernización.

Si los árabes palestinos perdían sus tierras o sus derechos políticos a manos del sionismo, o si los poetas iraníes eran torturados por la Savak, Occidente no perdía mucho tiempo preguntándose si los musulmanes sufrían, si resistirían a la opresión o si sentían amor y alegría.

Nadie vio que el Islam cambiaba de un lugar a otro, sujeto tanto a la historia como a la geografía. El Islam fue considerado, sin la menor vacilación, como una abstracción y jamás como una experiencia. Nadie se molestaba en juzgar a los musulmanes en términos políticos, sociales y antropológicos que fueran vitales y matizados, y no vulgares y provocativos. De repente, se habló de «regresión del Islam» cuando *el-ayatollah* Jomeini, que procede de una larga tradición de oposición a una monstruosa monarquía, reclamó su legitimidad nacional, religiosa y política de hombre santo islámico. Menahem Begin se confirió a sí mismo autoridad para hablar en nombre de Occidente cuando dijo que temía este regreso a la Edad Media, justo en un momento en que justificaba la ocupación israelí de tierra árabe con autorizaciones del Antiguo Testamento.

¿Comenzaban los orientalistas, por fin, a preguntarse por su Islam, que decían que había enseñado a los fieles a no resistir nunca una tiranía ¡lícita, a no dar jamás ningún valor al sexo o al dinero, a no perturbar jamás la mano del destino? ¿Se paró alguien a pensar si los aviones F-15 eran la respuesta a todas nuestras preocupaciones sobre el Islam? ¿Eran los castigos islámicos que tanto atormentaban a

la prensa, más crueles que, digamos, los bombardeos con napalm de los campesinos aisáticos.

Necesitamos algo de entendimiento para darnos cuenta de que la represión no es exclusivamente islámica u oriental, sino que constituye un aspecto reprobable de la naturaleza humana. El Islam no puede explicar todo lo que sucede en África y Asia, de la misma manera que el cristianismo no puede explicar lo que sucede en Chile o en África del Sur. Si los trabajadores iraníes, los estudiantes egipcios, o los campesinos palestinos protestan contra Occidente o contra Estados Unidos, es una reacción concreta a una política determinada que les afecta.

[...] comprender el Islam ha significado para Occidente intentar convertir su variedad en una esencia monolítica estática, su originalidad en una copia barata de la cultura cristiana, su pueblo en temibles caricaturas.

En Irán y en el resto de los países, el Islam no ha *regresados* simplemente; siempre ha estado ahí, no como una abstracción o un grito de guerra, sino formando parte de una forma de vida en la que el pueblo cree, de una forma de dar gracias, de tener valor, etcétera. ¿No calmará nuestros temores la aceptación del hecho de que la gente hace lo mismo dentro y fuera del Islam, de que los musulmanes viven en la historia y en nuestro mundo común, y no simplemente en el contexto islámico?

25 de noviembre de 1979

La disciplina del detalle

Conforme pasan las semanas es más evidente que la población palestina, débil, poco preparada y dividida, se está viendo obligada a ocupar posiciones en un terreno preparado de antemano por los israelíes. Éstos cuentan con la mayoría de las bazas -tierra, agua, asentamientos, seguridad y, por encima de todo, Jerusalén- y negocian los detalles de los acuerdos de Oslo desde una posición de fuerza consolidada. En El Cairo, los comités de seguridad se han encontrado con diversas pegas, todas ellas resultado de los tardíos esfuerzos palestinos por desafiar

el control israelí. Estos comités se han venido reuniendo en secreto, principalmente para disimular la debilidad, la falta de coordinación y la carencia de preparación de los palestinos, que se enfrentan a unos expertos israelíes armados con unos datos, expedientes y poder sin equivalente en el otro bando. Hasta ahora no hemos sido capaces tan siquiera de realizar un censo de nuestro propio pueblo. Dependemos de Israel para obtener datos sobre la tierra y el agua, y, hasta la fecha, rara vez hemos producido nuestras propias fuentes de información. ¿Existe un mapapalestino preciso y útil de Cisjordania, Gaza, Jerusalén? Cada vez hay más palestinos desalentados. No ha llegado el dinero, diariamente surgen noticias sobre la incompetencia, autocracia y corrupción de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), y las brutaldades de la ocupación (por no hablar de la resistencia incontrolable palestina) parecen aumentar día a día. Hoy se escuchan por doquier quejas por la falta de alternativas (¿estamos tan gobernados por hechos predeterminados?) y por la necesidad de una crítica *constructiva*. Dejando a un lado la incompetencia básica y, en mi opinión, irremediable, de la actual OLP, y a sus decadentes líderes e instituciones, tenemos que considerar que la situación actual muestra una crisis cultural y moral mucho más seria que la simple incompetencia y corrupción. Estoy pensando en nuestra incapacidad histórica como pueblo para centrarnos en objetivos nacionales, y perseguirlos con métodos y principios adecuados.

La lucha en Palestina ha sido, desde sus comienzos, una batalla por la soberanía territorial: “Otro territorio, otra cabra” era el lema de los asentadores sionistas bajo Chaim Weizmann. Israel es ahora el único propietario del territorio de la Palestina histórica. La idea sionista ha sido siempre coordinar pasos concretos con una pauta que raramente varía. Así, los israelíes mantienen su soberanía y construyen asentamientos, cogen tierras y agua, construyen carreteras, despliegan fuerzas armadas.

La técnica árabe ha sido la de hacer afirmaciones generales, y considerar que los detalles concretos se resolverán más tarde. La OLP aceptó la *Declaración de Principios* de Oslo pensando que la autonomía palestina conduciría de algún modo a la independencia, si se hacían las suficientes declaraciones retóricas sobre el Estado palestino independiente; pero cuando llegó el momento de negociar los detalles (por ejemplo, qué partes de Jericó y Gaza se cuestionaban) no teníamos ni planes ni detalles reales. Ellos tenían los planes, el territorio, los mapas, los asentamientos, las carreteras; *nosotros*, el deseo de autonomía y de la retirada de Israel, sin detalles y sin poder para cambiar nada demasiado. Necesitamos una disciplina del detalle.

Entender el mapa

Una idea general como la de la *autonomía limitada* puede llevar a la independencia, pero también a una mayor dependencia y dominación. En cualquier caso, la labor principal de los palestinos consiste en conocer y entender el mapa global de los territorios que los israelíes han estado creando, y elaborar una táctica concreta de resistencia. La esencia del plan israelí consiste en un control total del territorio dentro de los límites anteriores a 1967, y en evitar la autonomía real de los palestinos de los territorios ocupados manteniendo una Jerusalén unida y en expansión como centro de una red que se extienda hasta Cisjordania y Gaza. Los planes israelíes para Jerusalén y las prácticas a llevar a cabo allí son, portanto, el desafío principal al que se enfrentan los palestinos.

Que yo sepa, Jerusalén nunca ha sido el foco de una estrategia palestina concentrada, ni nunca ha habido una campaña sistemática para resistir al control israelí sobre la ciudad y sus alrededores; “Gaza-Jericó” parece, pues, una especie de trampa o de distracción complicada para que la energía palestina se consuma en controlar y administrar la periferia, mientras se deja el núcleo a los israelíes. Tal como lo describe el experto holandés Jan de Jong, la idea consiste en rodear todo Jerusalén con dos anillos de asentamientos, uno dentro del otro; esto comprende la mayor parte de Cisjordania central desde Birzeit en el norte hasta las afueras de Hebrón (al-Jalil) en el sur.

Dentro de esta enorme zona, Israel se mantendrá sin peligro, aunque se permitirá la autonomía palestina “en unidades territoriales separadas”. Cisjordania y Gaza, por tanto, ya han sido divididas en diez u once cantones, con corredores que discurren desde Jerusalén hacia el Este y hacia el Sur para asentamientos y carreteras -todos controlados por Israel- que se cruzan entre sí. Incluso ha habido una propuesta para edificar una nueva ciudad de 300.000 habitantes llamada al-Quds [nombre árabe de Jerusalén], cerca de Hizma (bien lejos de los dos anillos). Se ha insinuado que ésta se ofrecerá a los palestinos como sustituta de la verdadera Jerusalén.

Sin embargo, el punto más importante de De Jong es que mientras los israelíes planifican, se asientan y controlan, los palestinos no han desarrollado todavía una estrategia de resistencia, sea mediante proyectos de construcciones públicas colectivas, sea colocando el Jerusalén metropolitano en el centro de su plan de independencia. Discutir eso como una alternativa, con esfuerzos visibles hechos “en su nombre” -dice De Jong-, lo que “hará que la gente crea en él”, y pueda convertirse en la base para una acción colectiva en comparación con la individual.

Se ha hablado mucho últimamente de aportar expertos y profesionales para ayudar a la OLP a crear infraestructura de un Estado palestino, con la idea de que los expertos en desarrollo y planificación son más objetivos y menos propensos a la política en el sentido estricto de la palabra. Estas normas para la reforma y el desarrollo están secundadas por el Banco Mundial, la Unión Europea y EE UU, que consideran que la OLP debería entregar su Gobierno a expertos que actuarían de acuerdo con normas más sólidas que las de una autoridad nacional. Debo confesar mi relativa indiferencia ante estos argumentos. La difícil situación actual de países como Egipto e India, por no hablar de numerosos países latinoamericanos y africanos, se debe a que el desarrollo se ha dictado desde el exterior, con el Banco Mundial y el FMI actuando como agentes de EE UU para promover un así llamado mercado libre; el resultado ha sido empobrecer a la mayoría y mantener a esos países aún más dependientes económica y políticamente de los países desarrollados, para los que el Tercer Mundo es una fuente de nuevos y amplios mercados, mano de obra barata y recursos baratos.

Seguridad y prosperidad

Tanto Israel como la OLP han defendido la idea equivocada de que, desde el 13 de septiembre, iba a haber un flujo de seguridad y prosperidad para ambas partes. Nada más alejado de la verdad. Israel ha practicado una política fuertemente represiva en Cisjordania y Gaza y ha ampliado sus lazos diplomáticos y comerciales con naciones no europeas como China, Indonesia y, según la prensa israelí, Irak. Por parte palestina, la euforia se ha extinguido casi por completo y las muertes y detenciones han convencido a casi todo el mundo de que todavía no ha llegado la edad de oro. Mientras, Arafat viaja por todo el mundo, el Mossad se ha introducido en sus oficinas, y sus lugartenientes y cortesanos o bien se pelean entre sí o se dedican a hacer sus propios negocios.

Muy poco hay en la situación actual que puedan arreglar los expertos de Washington: no se puede llevar a cabo un plan, aún ideado por el intelecto más brillante y distante, si no existe una voluntad *nacional* común, ni un sentido nacional común de urgencia y movilización. El mundo árabe, Europa y EE UU están repletos de palestinos dotados y prósperos que han dejado su huella en la medicina, el derecho, la banca, la planificación, la arquitectura, el periodismo, la industria, la educación. La mayoría sólo ha contribuido al esfuerzo palestino con una mínima parte de sus posibilidades.

Comparados con las comunidades judías de Occidente no hemos hecho prácticamente nada, aunque estoy convencido de que ahí

hay un gran potencial. Quizá el mayor fracaso de la OLP no haya sido firmar una declaración de principios apresurada y estúpida, sino fallar, antes y después de Oslo, en la movilización del gran potencial de su gente. Hoy la mayoría de los palestinos se sienten o descontentos y confusos, o irracionalmente optimistas y fuera de la realidad. Los palestinos estamos separados tanto por la geografía como por los designios de Israel para mantenernos aislados unos de otros; los de Palestina y los que viven fuera de ella llevan vidas diferentes, con escasa comunicación entre sí. Para sobrevivir como nación no basta repetir consignas, o insistir en la supervivencia de la identidad palestina.

Una idea general como la de la autonomía limitada puede llevar a la independencia, pero también a una mayor dependencia y dominación. En cualquier caso, la labor principal de los palestinos consiste en conocer y entender el mapa global de los territorios que los israelíes han estado creando, y elaborar una táctica concreta de resistencia.

Datos reales

Lo primero que hay que hacer es ver tan concreta y exactamente como sea posible cuáles son los datos reales, no para ser vencidos por ellos, sino para inventar formas de contraatacar con nuestros propios datos e instituciones, y, así, reafirmar nuestra presencia nacional. Si Jerusalén es el corazón de nuestro problema, también lo es de la solución. Mientras continúa el proceso de asentamiento, el pueblo palestino tiene que reunir los recursos y la voluntad de concentrarse en cómo evitar el control unilateral israelí. Pero esto sólo se puede hacer colectivamente, y por un pueblo movilizado hasta el último hombre, mujer y niño. Esto exige compromiso, honradez y competencia. De otra forma seguiremos el mismo camino que otros pueblos indígenas, destruidos o absorbidos en esquemas controlados por otros.

Cada palestino debe preguntarse si ha empleado la suficiente energía y esfuerzo. Tenemos la necesidad inmediata de empezar a pensar colectivamente y dejar de reaccionar individualmente. Y la cuestión principal, de la que Jerusalén es el símbolo, es cómo resistir, no cómo beneficiarse. Los israelíes deben ser expulsados de la tierra palestina que ahora ocupan ilegalmente, pero sólo puede hacerlo un pueblo en el que hasta el último hombre y la última mujer se consideren parte de un esfuerzo nacional dedicado a esa misión.

Éstos son los hechos. Independencia parcial o autonomía limitada: No existe tal dilema. O se es políticamente independiente, o no se es. Si no se es, los hechos indican que no hay ni soberanía ni libertad real, ni tampoco igualdad con un Estado judío israelí que destruyó a Palestina en 1948 y que no está ansioso por darle otra oportunidad en 1993. El reto es evidente.

30 de diciembre de 1993

La campaña contra el “terror islámico”

En 1926, en un momento de considerable tensión anglo-india, el misionero e intelectual británico Edward Thompson (padre de E. P. Thompson, el gran historiador del movimiento de la clase obrera británica) publicó *La otra cara de la moneda*, un librito que trataba muy críticamente de la política colonial británica en la India. Uno de los puntos que destacaba en su tratado, elocuentemente antiimperialista, era que la documentación existente en inglés sobre la India -incluso en fuentes tan autorizadas como la *Historia Oxford de la India*- omitía el lado indio de las cosas; esto, según Thompson, no hacía más que profundizar la irreconciliabilidad entre indios y británicos y borraba cualquier esperanza de reconciliación y entendimiento entre las dos partes. La mayoría de los historiadores británicos de la India, por ejemplo, describían el famoso motín de 1857 como un ataque bárbaro y terrorista contra mujeres y niños indefensos, convirtiendo así a los indios en bárbaros salvajes contra los que la única respuesta posible era la fuerza. Thompson señala que, para los indios, el motín fue un hecho más en su lucha contra los británicos, provocada por generaciones de colonización dominante, discriminación racista y salvaje represión imperial de la independencia india. No obstante, lo insólito del libro de Thompson es que fue uno de los primeros en darse cuenta de que cuando el poder político y militar se traduce a un idioma que tergiversa a los débiles y los, oprimidos -como en las historias o en las declaraciones *oficiales*-, algo tan relativamente inocuo como es, el lenguaje puede tener un efecto tremendamente dañino sobre el objeto de esa descripción. «Nuestra tergiversación del carácter y la historia: de la India es una de las cosas que tanto han alienado a las clases educadas indias, que incluso sus elementos más moderados se han negado, a apoyar las reformas [de la política colonial]. Esas medidas han fracasado, debido a su resentimiento, cuando merecían mejor suerte».

Cambien el contexto y la época de Thompson, sustituyan “proceso de paz” por “reformas”, palestinos y árabes por indios e

israelíes por británicos y tendrán un relato preciso del callejón sin salida actual. Los actos deliberadamente sangrientos e indiscriminadamente violentos como el motín de 1857 o. los recientes atentados de Jerusalén y Tel Aviv son indefendibles; sacrifican las vidas de israelíes y palestinos como hicieron con las de indios y europeos; provocan más odio y sentimientos de venganza, y, para el más fuerte, producen inevitablemente salvajes represalias contra toda la población Palestina. “Matad a los árabes” es un lema que se oía repetidamente entre los israelíes corrientes, igual que “matad a los indios” era el estribillo en 1857.

Las bombas que mataron a 60 civiles israelíes fueron moralmente repulsiva, dejando aparte el hecho de que fueron estratégicamente improductivas. La cinica manipulación de la religión es detestable: matar a niños o pasajeros de autobús en nombre de Dios es un horror que debe ser condenado incondicionalmente, tanto como se debería condenar a los líderes que envían a jóvenes en misiones suicidas. Pero no ha habido nada más arrogante e inflexible que la respuesta israelí y estadounidense, con sus estribillos santurriones contra el terrorismo, Hamás y el integrismo islámico, y sus igualmente odiosos himnos a la paz, el proceso de paz y la paz de los valientes. Y por si fuera poco, el grotesco despliegue de mala fe y grosería, y por parte de Clinton y Peres, la descarada maniobra electoral de la cumbre de Sharm el Sheij no hizo más que resaltar las contradicciones. Aquí estaban Israel y Estados Unidos, cuyos historiales militares de comportamiento colonial en el mundo de la posguerra no tienen parangón por su violencia, envueltos en el manto del moralismo y la autofelicitación, incluso cuando se permitió a figuras en declive como Borís Yeltsin -que lleva varios años aterrorizando a los musulmanes chechenos- que se apropiaran de parte del falso aura del acto.

El hecho es que el proceso de paz ha sido una ofensa al espíritu palestino. Cada declaración de sus virtudes, cada halago sonoro, cada desfile y cada acto de celebración ha recordado a los palestinos cómo se ha ignorado, violado y tergiversado su historia como habitantes nativos de Palestina que fueron expulsados. deliberadamente de su propia tierra, su sociedad destruida y la ocupación militar de Cisjordania- y Gaza durante 29 años. El terrorismo se nutre de la pobreza, la desesperación, la sensación de impotencia y miseria total: es el signo del fracaso de la política.

Por otra parte, Israel se ha comportado con total incompreensión y falta de magnanimidad. Ha mantenido una guerra abierta con el mismo pueblo con, el que ahora parece estar haciendo la paz; ha violado incluso las cláusulas más insignificantes de los acuerdos de Oslo, y ha mostrado su abierto desprecio por la sociedad palestina y

sus líderes, no sólo pretendiendo que nunca existió presencia palestina en Palestina, sino continuando con su intervención en la vida palestina, asesinando a sus líderes a voluntad, utilizando su poderío militar para destruir hogares, cerrar escuelas, arrestar y deportar a cualquiera que considere como una *amenaza* a su *autoridad*. Es, simplemente, impropio y no tiene precedente que la historia de Israel, su historial -desde el hecho de que fue quien introdujo el terrorismo contra civiles en Oriente Próximo, de que es un Estado construido gracias a la conquista, que ha invadido los países circundantes, bombardeado y destruido a voluntad, hasta el hecho de que actualmente ocupa territorios libaneses, sirios y palestinos en contra de la ley internacional- no se cita jamás, nunca se ha visto sometido al examen de la prensa norteamericana o de los discursos oficiales (especialmente de Clinton y Christopher), nunca se ha señalado que desempeñe algún papel provocador del «terror islámico».

Lo que hace que los acontecimientos de las últimas semanas resulten aún más terribles es que Israel y Estados Unidos, utilizando deliberadamente las armas de los medios de comunicación la guerra psicológica y la presión política, han encabezado también una campaña contra el islam (con Irán como principal agente) como origen del terror y el “fundamentalismo”. Examinen los antecedentes.

Desde la caída de la Unión Soviética, EE UU ha llevado a cabo una búsqueda activa y explícita de nuevos enemigos oficiales, una búsqueda que ahora se ha centrado en el islam como oponente fabricado. Es cierto que existen antiguas rivalidades entre Occidente y el islam, y ha habido una gran cantidad de retórica en el mundo islámico -especialmente el árabe- contra Occidente, más una colección impresionante de partidos, dirigentes y tendencias ideológicas para quienes el Gran Satán es Estados Unidos como personificación repulsiva de Occidente. Además, los recientes derramamientos de sangre en Argelia, Sudán, Egipto, Siria, Irak y otros lugares en los que una de las fuentes de conflicto es la manipulación brutalizante de la religión han corrompido totalmente la vida civil del mundo árabe.

Pero todo esto hay que verlo conjuntamente con la larga historia de intervención imperial occidental en el mundo islámico, el continuo asalto a su cultura y a sus tradiciones como característica habitual de su discurso académico y popular, y -quizá más importante- el franco desdén con que se reciben los deseos y aspiraciones de los musulmanes, pero muy especialmente de los árabes. Ahora hay fuerzas estadounidenses e israelíes en suelo árabe, pero ninguna árabe o musulmana en Occidente; pocos árabes o musulmanes hay que se sientan en Occidente otra cosa que odiados terroristas. El discurso

oficial israelí se ha aprovechado de todo esto. Durante los setenta, un elemento esencial de la jerga diplomática israelí era que siempre había que identificar a los palestinos como terroristas. Ahora, de la misma forma calculada y cínica, tanto Israel como Estados Unidos identifican al islam fundamentalista -una etiqueta que a veces se resume en la palabra *islam*- con la oposición al proceso de paz, a los intereses occidentales, a la democracia y a la civilización occidental.

No quiero que se entienda que estoy diciendo que todo esto es una conspiración, aunque sí creo que hay una confabulación activa entre Israel y Estados Unidos en términos de planificación, con-

***Desde la caída de la Unión
Soviética, EE UU ha llevado a
cabo una búsqueda activa y
explícita de nuevos enemigos
oficiales, una búsqueda que ahora
se ha centrado en el islam como
oponente fabricado.***

ceptualización, y ahora, desde Sharm el Sheij, de grandiosa estrategia. Lo que ambos desean es sumisión, un mundo islámico y árabe que se resigne simplemente (como ya han hecho muchos de sus dirigentes) a los dictados de la *pax americana-israelita*. En mi opinión, sólo se pueden *obedecer* dictados como éstos; no se puede mantener un diálogo con ellos dado que, desde su premisa más básica, la grandiosa estrategia considera que musulmanes y árabes son fundamentalmente delincuentes. Únicamente se espera que los musulmanes sean «normales» cuando se alinean totalmente, hablan el mismo lenguaje y adoptan las mismas medidas que Israel y Estados Unidos, momento en el que, por supuesto, dejan de ser realmente árabes y musulmanes. Se convierten simplemente en «fabricantes de paz». Qué pena que una idea tan noble como la de paz se haya convertido en un embellecimiento corrupto del poder enmascarado como reconciliación.

La evidencia de la existencia de esa grandiosa estrategia es irresistible. En 1991, *The Washington Post* filtró la noticia de la existencia de un estudio continuo por parte de los departamentos de defensa y espionaje estadounidenses de la necesidad de encontrar un nuevo enemigo común: el islam fue el candidato. Muchos de los autorizados diarios de política exterior, semanarios y periódicos han celebrado simposios y publicado artículos y estudios proclamando la

amenaza del islam. También han pregonado esa amenaza películas importantes y documentales televisivos. Judith Miller, entre otros, es una de las cabecillas del esfuerzo periodístico; Bernard Lewis y sus estudiantes, muchos de ellos israelíes, dirigen el denominado esfuerzo académico. El famoso artículo de Samuel Huntington sobre el choque de las civilizaciones, planteó la muy debatida tesis de que ciertas civilizaciones son incompatibles con Occidente, siendo el ejemplo principal la civilización islámica (aliada a veces con la cultura confucionista, idea extremadamente curiosa). Lo que no se ha captado del artículo de Huntington es que su título procedía de Bernard Lewis y que la mayoría de sus páginas están dedicadas de hecho al islam como enemigo occidental. Finalmente, el proyecto fundamentalista de la Academia norteamericana de las Artes y las Ciencias ha convertido al islam en el candidato favorito de ese estudio para el *status* de demonio; en comparación, tanto el fundamentalismo judío como el cristiano, por no hablar del eslavo o el hindú, reciben muy poca atención. Pero los medios de comunicación igualan ahora islam con terror y fundamentalismo, así que, no importa en qué parte del mundo estalle una bomba, los primeros sospechosos son siempre musulmanes y/o árabes.

Lo que he descrito es sólo parte del fenómeno. No sólo hay hojas informativas, clubes, constantes seminarios en los sitios más inverosímiles dedicados exclusivamente a la política y las actividades islámicas: la propia palabra islam ha adquirido la característica erizada de un monstruo terrorífico e irracional. Todos los artículos que se publican sobre Hamás, o el fundamentalismo islámico, o Irán, del que es imposible hablar racionalmente en la actualidad, describen un mundo ahistórico de puro despotismo, pura rabia, pura violencia, que de alguna forma nos tiene a “nosotros” como objetivo, un grupo de víctimas inocentes que vamos casualmente en autobús o vamos a hacer alguna gestión inofensiva, desconectados de las décadas de sufrimiento impuestas a un pueblo entero. Jamás hay una indicación de que durante siglos haya habido, de una forma u otra, una violación occidental dirigida contra las tierras y pueblos del islam. Los largos artículos de expertos del momento crean la impresión de que Hamás florece gratuitamente o debido a Irán por ninguna otra razón comprobable excepto la de atacar a los judíos y a Occidente. Pocos de los que truenan contra el terrorismo mencionan la ocupación o los ataques constantes contra los árabes y musulmanes.

Recientemente, el veterano periodista francés Eric Rouleau apareció en un programa de debate nacional de televisión junto con el anterior director de la CIA, James Wolsey, y Geoffrey Kemp, un experto en terrorismo. El moderador preguntó a Kemp y a Wolsey por la cumbre de Sharin el Sheij, y ambos hablaron con gran efusividad y entusiasmo

de su importancia; Rouleau intentó por tres veces explicar el contexto que dio lugar a Hamás, pero el moderador nunca le brindó la oportunidad de decir una sola palabra. Lo que todos querían era una prueba de que “nosotros” nos oponíamos al terrorismo islámico y nos sentíamos bien por ello. Lo que es más, nadie se molestó en señalar que la batalla de Hamás con el proceso de paz se ha debido de siempre a principios nacionalistas, nunca islámicos. Por tanto, la tesis de Huntington, que para mí es una declaración general de guerra contra todas las civilizaciones no conformes con los valores occidentales, está entrando en vigor.

Lo peor de todo esto es que la tesis norteamericano-israelí corre el riesgo de convertir a los Gobiernos árabes en colaboradores en contra de un número siempre creciente de su propio pueblo. No estoy seguro de cuántos son conscientes de lo que está ocurriendo, pero sé que está ocurriendo. A nivel popular, la estrategia amenaza con robarnos nuestra memoria y nuestro pasado, de forma que nos veamos enfrentados con la elección de entrar en el redil norteamericano, que humanamente ofrece muy poco (el comprometido proceso de paz es un excelente ejemplo de recompensa), o seguir fuera, desprovistos de todo excepto de la identidad terrorista fundamentalista y sujetos, por tanto, a intimidación, boicoteo e incluso, quizá, exterminio. En mi opinión, eso es lo que hace que los esfuerzos de los grupos como Hamás sean inútiles, ya que no ofrecen resistencia real al plan total que he estado describiendo, aunque sí causan el castigo colectivo que pone en peligro los intereses de la mayoría del pueblo.

La paz y el diálogo sólo pueden tener lugar entre iguales. La situación general del mundo árabe no ha sido nunca tan débil y mediocre: no tenemos instituciones, ni ciencia, ni coordinación, ni contraestrategia. La mayoría la gente es indiferente o pesimista. El aumento de la militancia islámica es síntoma del deplorable que son las cosas. Pero no hay atajo ni arreglo facilitara nuestra situación actual. Les corresponde nuevamente a intelectuales y hombres y mujeres de conciencia hablar racionalmente de lo que tenemos realmente ante nosotros como pueblo. Debemos evitar las fórmulas fáciles y los despliegues engañosos como la reciente cumbre que nos convierte a todos en hipócritas. Análisis, dedicación y una visión decente y factible, eso es lo que necesitamos para elevarnos a una posición en la que podamos comprometernos verdaderamente en el diálogo, en la que podamos de mostrar realmente a los que ha blan por Occidente e Israel que no podemos tolerar nuestro actual *status* ni de furiosos terroristas religiosos ni de sumisos pieles rojas.

Oriente Próximo, treinta años después

Uno de los libros más atrevidos de investigación y razonamiento histórico que se han publicado en Estados Unidos es el de Arno Mayer, un profesor de Princeton que en 1981 publicó *La resistencia del viejo régimen: Europa hasta la gran guerra*. El razonamiento de Mayer consiste en que después de 1789, y a pesar de un siglo de revoluciones contra la monarquía, la aristocracia y la Iglesia, la estructura establecida, casi feudal, de Europa continuó hasta bien avanzado el siglo XX con las antiguas élites, las grandes culturas tradicionales y los rituales de autoridad que preservaban su importancia frente a las incursiones de la industrialización, la creciente burguesía y una tendencia irresistible hacia la democracia popular. Si alguna vez existió otro caso de un viejo orden sobreviviendo a su época, es el del mundo árabe posterior a 1967. Para todos los árabes o israelíes de la época, la guerra de junio marcó uno de los grandes cambios decisivos de la historia contemporánea de Oriente Próximo. En cuestión de horas, las fuerzas aéreas egipcias y sirias fueron destruidas en tierra por un ataque militar israelí anticipado; grandes extensiones de terreno -el Sinaí, Cisjordania y la franja de Gaza, los altos del Golán- fueron ocupadas por el Ejército israelí, muchos miles de soldados árabes perdieron la vida, algunos de ellos (según nos hemos enterado en los últimos dos años) asesinados por las tropas israelíes siendo prisioneros de guerra indefensos; toda una estructura de ideología militarista quedó desacreditada en el mundo árabe, aunque fue justificada en Israel; el Estado judío se convirtió en el poder regional dominante, gracias en parte a su alianza con Estados Unidos, mientras que la Unión Soviética, cuyas armas y respaldo político habían apoyado a los regímenes sirio y egipcio, fue la gran perdedora hasta que durante la guerra de 1973 sus aliados regionales recuperaron en parte su reputación.

La gran ironía radica en que cualquier régimen árabe de importancia sigue básicamente igual en la actualidad, 30 años después de la mayor derrota colectiva de la historia árabe. Es cierto que casi todos los gobiernos han traspasado su lealtad a Estados Unidos, y países antes beligerantes -Egipto, Jordania y la Organización para la Liberación de Palestina- han firmado acuerdos de paz con Israel. Pero la estructura de poder en el mundo árabe sigue siendo la misma, con las mismas oligarquías, cuadros militares y élites tradicionales que siguen teniendo exactamente los mismos privilegios y tomando el mismo tipo de decisiones generales que tomaban en 1967. El rey Hussein celebró recientemente el aniversario de la guerra de 1967 dirigiéndose a su pueblo por la radio. La guerra, dijo, fue un lamentable error, producto de una mala planificación y coordinación, de estrategias irreflexivas

y de estrepitosa propaganda. El comentario que no se hizo (o no pudo hacer) fue que la situación árabe actual no es realmente nada mejor que la de 1967. Si a finales de mayo de 1967 las ondas estaban llenas de propaganda de la victoria árabe en esa guerra, hoy las ocupa el coro vociferante y no menos fraudulento de alabanzas al “proceso de paz”, que todavía está por recibir algún apoyo popular general o algún beneficio que no sea para Israel.

Prácticamente todos los países árabes grandes e importantes han celebrado elecciones y tienen parlamentos, pero la democracia en el verdadero sentido de la palabra sigue manifiestamente ausente: el

La paz y el diálogo sólo pueden tener lugar entre iguales. La situación general del mundo árabe no ha sido nunca tan débil y mediocre: no tenemos instituciones, ni ciencia, ni coordinación, ni contraestrategia.

gobernante sigue controlando la política exterior, la defensa, las cuestiones presupuestarias y la seguridad global. La libertad de expresión sigue siendo un lujo, dado que los periódicos y las emisoras de radio y televisión controlados siguen siendo la norma para la abrumadora mayoría de los ciudadanos. Y en cuanto a las libertades personales, los datos no son menos desoladores ni menos subdesarrollados de lo que eran en 1967. La tortura, la detención sumaria y las deplorables condiciones penitenciarias existen en todas partes, igual que los equipos de policía secreta que operan sobre la base de un antiterrorismo asociado por rutina con el islamismo, el azote común de los gobernantes árabes y sus homólogos occidentales e israelíes.

La mera longevidad del viejo orden resulta aún más sorprendente cuando repasamos los disturbios de los últimos 30 años. Porque no sólo mantuvo Israel de hecho su ocupación de Cisjordania y Gaza (el 90% de la primera y el 40% de la última) a pesar del proceso de paz, sino que se libró una importante guerra en 1973, seguida de un embargo de petróleo que elevó su precio hasta niveles inimaginables; la OLP surgió como una fuerza política y -durante cierto tiempo en Jordania- militar a tener en cuenta, hasta que la guerra civil del septiembre negro de 1970 en Jordania puso fin a su presencia allí y le dio vida renovada en Líbano; la guerra civil libanesa comenzó en 1975,

arrasó el país y acabó con unas 150.000 vidas antes de que el acuerdo de Ta'if solucionara las cosas en 1990; Israel invadió Líbano en 1982 (hubo una incursión anterior en 1978), expulsó a la OLP, destruyó y luego ocupó parte del sur de Líbano con un coste de 20.000 bajas civiles que incluyeron a centenares de refugiados palestinos indefensos asesinados en los campos de Sabra y Chatila; la revolución islámica de Irán introdujo un nuevo factor en la política posterior a 1967, primero como sostén de la resistencia palestina y luego como promotor de grupos guerrilleros locales como Hezbolá en Líbano Sur, que por sí solo, entre otros movimientos militares árabes, ha llegado a una posición de tablas con las fuerzas de ocupación israelíes; la Intifada palestina comenzó en 1987 y, por primera vez desde que se inició el conflicto entre el pueblo palestino y el sionismo, obligó a los líderes israelíes a reconocer la inevitabilidad política de este pueblo.

Aunque los disturbios y la volatilidad parecían presagiar el cambio más radical imaginable, la característica más llamativa del escenario político ha sido el poder del viejo orden árabe, de Estados Unidos y de Israel para contener y cortar de raíz cualquier desafío serio. Cada sucesor de un predecesor importante ha sido una versión reducida de lo que hubo anteriormente; a Abdel Nasser le sucedió Anuar el Sadat; a Sadat, Hosni Mubarak, una figura militar tras otra, con menos aptitudes y menos carisma según la línea iba avanzando. Al nacionalismo árabe le sucedieron los patriotismos locales, que ajustaron la geografía a unas fronteras menos generosas y patrulladas más rígidamente. En ninguna parte ha habido una oposición más desesperada y criminal a esta tendencia que en el Irak baazista, para el que su vecino estaba hecho de la misma materia que los falsos sueños bismarckianos. La ocupación iraquí de Kuwait en 1990 y la guerra del Golfo de 1991 constituyeron la mayor crisis de los años posteriores a 1967, la que sacó a la luz las tremendas desavenencias existentes entre los árabes, la que puso de manifiesto el vacío moral del llamado pensamiento árabe "radical", y la que finalmente introdujo a Estados Unidos como una presencia militar real en el corazón del mundo árabe. Las famosas conversaciones de paz de Oslo y el nuevo acuerdo entre el sionismo y el jefe del movimiento nacional palestino llegaron debido a la ascendencia norteamericana, así como a las tácticas trágicamente equivocadas de la OLP de Arafat, que se alineó de forma absurda con Sadam Husein y que después se vio obligado, por su propia cobardía y falta de visión, a acabar con la Intifada, así como a aceptar el sometimiento de su pueblo. Las injusticias y deficiencias de lo que comenzó en Washington, en el césped de la Casa Blanca en septiembre de 1993, con exageradas alharacas publicitarias, ha llevado la famosa paz a un punto muerto total,

pero no antes de que Israel se haya asegurado cada una de sus históricas ganancias estratégicas y haya reducido a los palestinos al punto más bajo de su historia. Los salarios en Cisjordania y Gaza han descendido en un 50%, mientras que el 40% de desempleo, la extendida frustración y pobreza, la escasez de alimentos y las continuas incursiones de las fuerzas militares israelíes contra los civiles han acorralado a los palestinos aún más. Mientras tanto, unos 450.000 refugiados en Líbano siguen sin patria, no tienen permiso para trabajar ni para moverse, y se enfrentan a la deportación en masa; casi 800.000 refugiados en Siria están en cuarentena en campamentos sin recibir una atención adecuada a sus necesidades, y más de un millón en Jordania, y varios miles más permanecen en el limbo en otros países árabes diversos. En las zonas de autonomía palestina (habría que recordar que los acuerdos de Oslo especifican la autonomía, pero la soberanía, las entradas y las salidas, los recursos como el agua y la tierra, así como la seguridad global, quedan en manos israelíes), un régimen corrupto, cruel e incompetente de autocracia bajo Arafat gobierna a los palestinos para beneficio de un puñado de compinches. Hay monopolios en el petróleo, en los materiales de construcción, incluso la madera y el cemento, el tabaco y prácticamente cualquier artículo de consumo, enriqueciendo todos de forma desvergonzada a Arafat y a sus lugartenientes. Esta corrupción se ha convertido en un escándalo internacional. Un Consejo legislativo elegido popularmente se ha visto incapaz de aprobar ninguna ley en tres años, ni de hacer ninguna incursión constitucional contra un déspota que controla el presupuesto, además de los 20 servicios de seguridad que torturan, matan y encarcelan a los críticos y prohíben sus libros a capricho del arrogante tirano de Palestina. Y no es esto todo. Toda la población palestina, compuesta de aproximadamente siete millones de personas, está a merced de un hombre incompetente que actúa como el ejecutor de la ocupación y el desahucio israelíes, y que no hace por su pueblo nada más que oprimirlo y engañarlo. Rara vez se dice que Arafat tan sólo representa ahora a una minoría de su pueblo (los habitantes de Gaza y Cisjordania), mientras que el 60% de los palestinos reside en el exterior y debe buscar ahora compensación a las injusticias padecidas de otras maneras y con otros líderes, nuevos pensamientos, nuevos objetivos.

Una ironía que no se destaca lo suficiente es que la paz corrupta de Arafat con Israel perdonó al movimiento sionista todo lo que hizo a los palestinos, empezando por la destrucción de su sociedad y la expulsión obligada de un 70% de ellos de Palestina en 1948. Para completar la ironía, la OLP ignoró en esencia la devastación de 30 años de ocupación militar israelí, aceptó la anexión de Jerusalén y la presencia de

140 asentamientos en tierra palestina expropiada y más o menos dijo “lo pasado, pasado”. Y todo esto tratando con un pueblo que nunca permitió que el mundo olvidara las injusticias cometidas con ellos, que recibió enormes indemnizaciones de Alemania por el holocausto y que hoy persigue a antiguos nazis y a países como Suiza que han sido acusados de colaborar con el fascismo. Hay una ceguera básica en la conciencia israelí que la OLP alentó en lugar de responsabilizar al sionismo por sus crímenes contra todo un pueblo. Nunca podrá haber paz entre los árabes palestinos y los judíos israelíes (y los muchos partidarios de la diáspora) hasta que no se reconozca públicamente que la forma en que Israel despojó, oprimió y robó al pueblo palestino es una cuestión de política de Estado.

Gracias a los esfuerzos de valerosos historiadores revisionistas israelíes y palestinos, ahora es fácil acceder a los datos completos de lo que ocurrió. Sabemos que todos los personajes sionistas importantes desde 1897 han soñado con librar a Palestina de sus habitantes indígenas árabes a fin de mantener vivo el mito de una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra. También sabemos que el objetivo de las fuerzas sionistas en la guerra de 1948 fue el de echar al mayor número posible de civiles palestinos; el fallecido Isaac Rabin fue personalmente responsable al ser el comandante del Hagannah que echó de las ciudades palestinas de Lydda y Ramleh a 60.000 hombres, mujeres y niños. Después de 1948, un líder israelí tras otro tomaron parte en el esfuerzo por suprimir y derrotar cualquier intento de autodeterminación palestina, normalmente mediante éxodos forzosos (sólo en 1967, más de 300.000 personas se convirtieron en refugiados) o, más recientemente, mediante cierres, toques de queda y carreteras construidas en tierra palestina para los colonos, etcétera. Según han admitido muchos de sus líderes, incluso el superduro Begin, Israel no tuvo ninguna necesidad real de la guerra de 1967, excepto su deseo de añadir más tierras a su territorio, manteniendo a los palestinos sometidos. Hoy todavía existe un sistema de *apartheid* en Cisjordania, donde no hay continuidad entre las zonas palestinas, que están separadas unas de otras mediante barricadas, asentamientos, carreteras de circunvalación, muchas de ellas construidas como parte del proceso de paz. Yasir Arafat debe obtener permiso israelí cada vez que entra o sale de Gaza, una condición que se ejerce aún más severamente con el palestino común. Jerusalén Este está cerrado a los habitantes de Cisjordania y Gaza; en cuanto a los palestinos con permisos de residencia oficial, Israel está intentando metódicamente cancelarlos, a fin de proceder a la judaización de la ciudad.

Dado todo lo anterior, no deja de ser sorprendente que los dirigentes palestinos persistan en su ilusión de que las negociaciones con Israel basadas en los acuerdos de Oslo puedan conducir al intercambio

de territorios por paz. No pueden, y nunca lo pretendieron. El Partido Laborista no hizo ningún secreto de esto, y no cabe duda de que el Gobierno extremista de Benjamín Netanyahu ha dejado muy claras sus intenciones de colonizar y robar más tierra palestina en nombre de un derecho fraudulento a establecerse en cualquier lugar de “la tierra de Israel”. Parece haber pocas intenciones por parte de la Administración de Clinton de hacer algo más que apoyar a Israel “incondicionalmente”, como dijo no hace mucho el vicepresidente Al Gore.

Es evidente, por tanto, que falta en ambas partes el deseo de una paz real, justa y equitativa. Los israelíes creen que después de 30 años

Nunca podrá haber paz entre los árabes palestinos y los judíos israelíes (y los muchos partidarios de la diáspora) hasta que no se reconozca públicamente que la forma en que Israel despojó, oprimió y robó al pueblo palestino es una cuestión de política de Estado.

de supremacía militar pueden hacer lo que les dé la gana, tanto en la paz como en la guerra; los palestinos se niegan a aceptar un estado de sometimiento permanente, a pesar de la debilidad de sus líderes. En tanto se niegue o eluda la realidad básica -que Israel existe como Estado judío gracias a haber suplantado los derechos de todos los palestinos con un derecho judío “superior”-, no puede haber ni reconciliación ni coexistencia verdadera.

Si se puede sacar alguna lección de los últimos 30 años es que el deseo de paz y autorrealización de los palestinos no puede abolirse o suprimirse totalmente, por muy poderoso que sea Israel política y militarmente. Lo que ahora se necesita es un cambio de concienciación: los israelíes deben darse cuenta de que su futuro depende de cómo hagan frente valientemente a su historia colectiva de responsabilidad por la tragedia palestina. Y los palestinos, así como los otros árabes, deben descubrir que la lucha por los derechos palestinos es indivisible de la necesidad de crear una sociedad civil y democrática real, de invertir decididamente en una educación renovada y de explorar modalidades de comunidad seculares que ahora no existen en el “retorno” al judaísmo, al cristianismo o al islam, que es característico del integrismo religioso contemporáneo.

Israel, los palestinos y el siglo XXI

Yasir Arafat, precedido inmediatamente por Benjamín Netanyahu, llegó a Washington para reunirse con Bill Clinton el 22 de enero, el mismo día en que el presidente fue bombardeado por los medios de comunicación de Washington (con preguntas) acerca de su relación con Monica Lewinsky. Arafat, desconcertado y evidentemente incómodo, permaneció sentado junto a él en silencio, mientras Clinton plantaba cara a la prensa y negaba categóricamente las acusaciones de que había mantenido relaciones sexuales con una becaria de 23 años en su oficina. Dos días antes, Netanyahu se había dirigido directamente a los derechistas de la Mayoría moral como Jerry Falwell, incontenibles en su entusiasmo por la expansión territorial israelí e igualmente incontenibles en su condena de Clinton. El propósito de este pegajoso abrazo de Netanyahu a lo que quizá sean los peores elementos del movimiento conservador en EE UU era devolver a Clinton el desaire de noviembre de 1997, cuando éste se negó a reunirse con Netanyahu en señal de desaprobación. En enero respondió con la habitual delicadeza negando intencionadamente al líder israelí un almuerzo en la Casa Blanca, reprobación a la que el líder israelí sobrevivió generosamente negándose a conceder a los palestinos más territorio, aparte del 3% -sí, 3%- de Cisjordania que les había sido concedido en virtud de los Acuerdos de Oslo. La ironía de todo esto es patética. Antes de llegar a Washington, Arafat había despachado a los medios de comunicación árabes con valientes declaraciones en las que expresaba hasta qué punto su reunión con Clinton iba a ser la decisiva para el futuro del proceso de paz. Como todos los líderes árabes, Arafat se negaba a creer que EE UU, y no simplemente uno u otro presidente, haya rechazado histórica e injustamente el apoyo a cualquier signo de nacionalismo árabe o, en el caso del pueblo palestino, a cualquier avance real hacia la autodeterminación. De hecho, EE UU ha sido un terrible “patrocinador” del “proceso de paz”, como es llamado eufemísticamente, al sucumbir a la presión israelí en todos los aspectos, al abandonar el principio de territorio por paz (ninguna resolución de la ONU dice nada sobre un diminuto porcentaje en lugar de todo el territorio), al empujar a la exánime cúpula palestina a agujeros cada vez más profundos para satisfacer las absurdas exigencias de Netanyahu.

El hecho es que a los palestinos les va muchísimo peor que antes de que empezase el proceso de Oslo. Sus ingresos anuales son de menos de la mitad que en 1992, no pueden desplazarse de un lugar a otro, se les ha arrebatado más cantidad de territorio que nunca, hay más asentamientos y Jerusalén está prácticamente perdida. Y, aun así, los estadounidenses continúan subvencionando el derroche de

Israel, su apropiación de territorio, sus prácticas de ocupación bárbaras durante la ocupación millitar más larga (31 años) del siglo XX, a la vez que EE UU pone en práctica sanciones terriblemente crueles y amenaza con bombardeos contra civiles iraquíes, millón y medio de los cuales han muerto por desnutrición, falta de cuidados médicos y enfermedades crónicas.

Por consiguiente, las cicatrices no han sanado, las heridas están más abiertas, el pasado no será olvidado. Y, sin embargo, no hay un consenso absoluto en el mundo árabe acerca de lo que Israel representa y de cómo deberíamos tratar con él. Incluso el uso del pronombre colectivo “nosotros” indica una unidad de puntos de vista que es más supuesta que real. En algún nivel político e ideológico superior, Israel es un aliado objetivo de algunas políticas y políticos árabes, y no todos cristianos libaneses del ala derecha. Por ejemplo, Jordania ha firmado un tratado de paz con Israel, como han hecho Egipto y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Sin embargo, muy pocos escritores, intelectuales, académicos, artistas e incluso políticos árabes dirán que están dispuestos a una normalización con Israel mientras siga ocupando territorio palestino, sirio y libanés.

En nuestra conciencia colectiva hay una enorme zona gris. Israel está ahí, pero ¿cómo vamos a pensar en él y, sobre todo a actuar ante él? Todo el mundo quiere la paz y habla de ella, pero ¿cómo va uno a declarar un estatuto de limitaciones para los palestinos, a quienes les ha sido arrebatado todo su territorio y cuya sociedad ha sido destruida, y cómo va a decirles lo pasado, pasado está, y resignémonos a un futuro con Israel? En lo que respecta al presente, ¿cómo vamos a decir que coexistiremos con un Estado que todavía no ha declarado sus fronteras y que se sigue definiendo no como el Estado de sus ciudadanos (alrededor de un 20% de los cuales son palestinos), sino como el Estado de todo el pueblo judío que tiene derecho a la totalidad del “territorio de Israel”? En cuanto al futuro, ¿dónde están los indicios de un nuevo Israel que no sea ni imperialista, ni exclusivista, sino que de alguna manera coincida con el mundo árabe islámico en el cual lleva implantado como idea y como realidad desde 1897?

Al plantear el reto de Israel de esta manera, hay una serie de hechos irreconciliables que llaman la atención. No se puede pasar por alto la verdad histórica de que la existencia de Israel implica, de hecho impone, la destrucción de otra sociedad y de otro pueblo. Se ha hecho demasiado daño de forma ininterrumpida al pueblo palestino como para que esto se supere fácilmente. En pocas palabras, Israel existe como hecho político superpuesto a otro hecho y entrelazado con él, el pueblo palestino, cuya existencia e historia son negadas y cuya

voz nunca ha sido escuchada en el discurso de la vida israelí. Todos los israelíes son sin duda conscientes de esto, como lo son todos los palestinos: la cuestión es: ¿durante cuánto tiempo pueden soportar las víctimas una situación intolerable de proximidad y de agravio, y durante cuánto tiempo pueden seguir prorrogándola los vencedores?

La política israelí siempre ha estado compuesta de dos partes. Por un lado, se absuelve enérgicamente de toda responsabilidad por la existencia de un *problema* palestino y, por otro, basándose en esa autoabsolución, intenta alcanzar compromisos con cualquier dirección árabe o palestina que haya en ese momento, a la vez que sigue ocupando territorios. La premisa de ambas partes de esta política es la misma: que con el tiempo y la presión suficientes, los palestinos olvidarán, se rendirán o se acostumbrarán de diversas maneras a la pérdida permanente de lo que en su día fue suyo. Esta política no ha tenido éxito realmente en lo básico, pese a la existencia de un proceso de paz y de dos tratados con Estados árabes. Lejos de olvidar el pasado, los palestinos y otros árabes se han visto obligados a recordarlo debido a la insistencia israelí en repetir interminablemente su pecado original. ¿Basándose en qué lógica perversa y enfermiza puede proclamar Benjamín Netanyahu ante el mundo que quiere que continúe el proceso de paz al mismo tiempo que afirma que Cisjordania y Gaza forman parte del territorio de Israel? Cada demolición de una casa, cada hectárea expropiada, cada detención y cada tortura, cada barricada, cada cierre, cada gesto de arrogancia y cada humillación intencionada no hace sino revivir el pasado, recrear las ofensas de Israel contra el espíritu, contra el territorio y contra el cuerpo político palestinos. Hablar de paz en un contexto como éste es intentar reconciliar lo irreconciliable, y eso no se puede hacer.

Pero la fantasía de echar de alguna manera a Israel y a su pueblo es igual de inconcebible. Sí, se les puede obligar a abandonar los territorios ocupados, pero es un sueño esperar que “ellos” desaparezcan o que regresen a Polonia, Rusia o América. Ahora hay un nacionalismo israelí y una sociedad independiente de lo que pensemos y que también es ajena a la Diáspora. Tras él, como dije en un artículo anterior, están los recuerdos del Holocausto y siglos de antisemitismo occidental. Sería estúpido por nuestra parte esperar que los israelíes vayan a desconectarse de esto. Pero también hay una historia de comportamiento antipalestino que tiene que ser reconocido como una injusticia y una crueldad de primer orden. Igual que los judíos exigen que el mundo les reconozca, los palestinos también deben reclamar lo mismo, no por venganza, sino porque la justicia así lo exige. Por tanto, la miseria de Oslo es que los líderes palestinos, junto con Rabin y Peres,

hiciesen caso omiso de nuestra historia, mientras que a nosotros nos corresponde recordar lo que hizo el sionismo y -no menos importante- lo que hicieron el Reino Unido, EE UU y otros Gobiernos occidentales pro sionistas que conspiraron para desposeer a los palestinos.

El primer desafío que plantea Israel es la necesidad de conseguir que reconozca lo que hizo a los palestinos y a otros árabes cuyos hijos e hijas fueron asesinados en sus guerras, conquistas, ocupaciones militares y asentamientos. Ésta es una misión moral que debemos cumplir todos los palestinos, no olvidando, sino recordándonos mutuamente y recordando al mundo, dando testimonio de la constante

***No se puede pasar por alto
la verdad histórica de que la
existencia de Israel implica, de
hecho impone, la destrucción de
otra sociedad y de otro pueblo.***

injusticia que se ha cometido con nosotros. Simplemente, no puedo imaginar que la historia nos perdone jamás un fracaso en este cometido. Pero también creo que debemos contar con la posibilidad de alguna forma de coexistencia en la que se podría acabar disfrutando una vida nueva y mejor, libre de etnocentrismo y de intolerancia religiosa. Es la actual pobreza del sionismo y del nacionalismo palestino lo que explica la falta de visión y de energía moral que padecemos hoy. Estoy seguro de que si planteamos nuestras reivindicaciones sobre el pasado de forma que permitan alguna clase de reciprocidad y de coexistencia en el futuro (aunque la respuesta será inicialmente negativa y desdeñosa) se producirá un eco positivo a largo plazo por parte israelí y occidental.

También me resulta evidente que no podemos separar nuestras opiniones sobre Israel de nuestras actitudes y de nuestra política con respecto a EE UU. Desde 1949, EE UU ha gastado aproximadamente 140.000 millones de dólares en Israel. Esto no sólo es una importante inversión financiera, sino que además los poderes establecidos estadounidenses han invertido también a largo plazo en el país. Esperar que EE UU reduzca el apoyo a Israel o que llegue a adoptar una postura crítica con respecto al, mismo -éstas son posibilidades reales, en mi opinión- es inconcebible sin una campaña masiva en EE UU en nombre de la política y de los derechos humanos palestinos. Esto es

tan evidente que no hace falta insistir mucho en ello. Sin embargo, la única pregunta que se plantea es: ¿por qué no se ha hecho antes? Todos los que conocemos Occidente sabemos perfectamente que los triunfos de Israel sobre el terreno han sido preparados y apoyados por una propaganda constante sobre la intransigencia árabe, el deseo árabe: de empujar a los judíos al mar, el deseo israelí de paz y tranquilidad y, lo que es vital en todo esto, de que Israel como Estado judío fue creado por el movimiento de la liberación nacional judío (sionismo) que encontró el territorio desierto y lo convirtió en un vergel. El sionismo, junto con otros movimientos masivos que triunfaron en el siglo XX (entre ellos el fascismo), aprendió la lección de la propaganda: que la batalla por la opinión es la que hay que ganar primero. Esto es algo que todavía no hemos llegado a comprender del todo y, hasta, que no lo hagamos, siempre seremos los perdedores.

En resumen, Israel es la medida de nuestros fracasos y de nuestra incompetencia. Hemos esperado un líder genial durante años, pero no llegó ninguno. Hemos esperado una poderosa victoria militar, pero sufrimos una derrota aplastante. Hemos esperado a las potencias extranjeras (EE UU o, en su momento, la Unión Soviética), pero ninguna acudió en nuestra ayuda. Lo único que no hemos intentado con toda seriedad es confiar en nosotros mismos: hasta que no lo hagamos con un firme compromiso de triunfar, no tendremos la oportunidad de avanzar hacia la autodeterminación y la liberación de la agresión.

Tomemos como ejemplo sencillo la actual situación palestina, en la que se producen los fracasos más estrepitosos y las soluciones están más a mano de lo que nadie sospecha. Que yo recuerde, siempre hemos cargado con un Gobierno incompetente y, sin embargo, insistimos en apoyar al mismo grupo arruinado en todos sus errores y desastres. Por otro lado, nos enorgullecemos de los numerosos éxitos de nuestro pueblo: médicos, abogados, ingenieros, empresarios, ejecutivos, intelectuales, académicos y artistas. Afirmamos que queremos la nacionalidad y la independencia, pero nadie piensa en las instituciones más básicas de la nación. No hay una legislación básica conforme a la cual gobierne actualmente la Autoridad Palestina, como consecuencia del capricho de un hombre de no aprobar esa legislación en flagrante desafío a la Asamblea Legislativa. Nuestras universidades se encuentran en unas condiciones terribles, sin fondos, dirigidas y administradas con desesperación, llenas de profesores que luchan por ganarse la vida, pero que llevan años sin hacer la menor investigación o trabajo independiente. También tenemos un grupo numeroso y llamativo de hombres de negocios extremadamente ricos que simplemente no han entendido que lo esencial para cualquier pueblo es una inversión

masiva en educación, la construcción, de una biblioteca nacional y el legado de toda una estructura universitaria como garantía de que tendremos un futuro como pueblo. Durante casi 20 años, he asistido a reuniones en las que se financian cientos de pequeños proyectos, pero sin una visión central de lo que necesitamos como sociedad. La ausencia de un fin colectivo con el que todos nos comprometamos ha inutilizado los esfuerzos palestinos no sólo en la esfera oficial, sino incluso en asociaciones privadas en las que conflictos personales, peleas declaradas y vergonzosas murmuraciones nos han puesto trabas a cada paso.

Desde este punto de vista, el principal desafío que plantea Israel va dirigido a nosotros mismos: nuestra incapacidad para organizarnos, nuestra incapacidad para volcarnos en un conjunto básico de principios de los que no nos desviemos, nuestra, incapacidad para administrar nuestros recursos con determinación, nuestra incapacidad para dedicar todos nuestros esfuerzos a la educación y la competencia y, por último, nuestra incapacidad para elegir un Gobierno que esté a la altura de las circunstancias. Es inútil achacar los fracasos de la actual OLP a unos cuantos individuos inadecuados y corruptos. El hecho es que sabemos que tenemos el Gobierno que nos merecemos y que, hasta que no nos demos cuenta de que estamos siendo apartados cada vez más de nuestro objetivo de autodeterminación y de la recuperación de nuestros derechos por ese Gobierno al que muchos de nosotros todavía servimos y respetamos, seguiremos retrocediendo. Antonio Gramsci lo expresó muy sucintamente: pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad. Sí, nuestra situación con respecto a Israel es desastrosa y, con Netanyahu, la situación empeorará. Pero tenemos que preguntarnos qué podemos hacer y, después, mediante un acto de voluntad colectiva, tenemos que hacerlo. Lo demás es simplemente una pérdida de tiempo.

La elección de líderes mejores es imprescindible, pero también debemos mejorar nuestras condiciones, de forma que nuestros trabajadores no tengan que construir asentamientos israelíes para llevar pan a casa y que nuestros estudiantes no tengan que conformarse con unos programas docentes increíblemente atrasados en una época en la que nuestros adversarios están enviando gente a la Luna, en la que nuestro pueblo tiene que aceptar lamentables condiciones de tiranía y opresión, y en la que nuestra Autoridad castiga el desacuerdo y utiliza la tortura para intimidar a los ciudadanos, todo ello en nombre de la unidad nacional. Hasta que no despertemos del sueño de la razón, seguiremos perdiendo territorio y poder en favor de Israel. Pero no podremos luchar por nuestros derechos, por nuestra historia y por nuestro futuro hasta que no estemos armados” con las armas de la crítica y

de la conciencia seria. Para ello, necesitamos el apoyo de la comunidad intelectual y cultural árabe, que ha dedicado demasiado tiempo a esloganes sobre sionismo e imperialismo y no el suficiente a ayudarnos a librar la batalla contra nuestros propios fracasos e incompetencia. El desafío que plantea Israel es el desafío de nuestras sociedades. Ahora no estamos a la altura de las circunstancias porque seguimos encadenados a métodos y actitudes que pertenecen a épocas pasadas. La lucha del siglo XXI es la lucha por conseguir la propia liberación y la propia descolonización. Y luego podremos afrontar a Israel como es debido.

21 de febrero de 1998

Escenas de Palestina

Recientemente he realizado dos viajes a Jerusalén y a Cisjordania, donde he estado rodando una película para la BBC. La película se ha hecho con motivo del 50 aniversario de Israel, que analizo desde un punto de vista personal y, evidentemente, palestino. Para el rodaje en Palestina contamos con un equipo excelente: un director inglés, una joven angloindia (que fue la primera que tuvo la idea de ponerse en contacto conmigo para hacer la película), un cámara palestino y un técnico de sonido israelí. La experiencia de recorrer Palestina y grabar lo que vi ha sido tan intensa que me ha parecido que merecía la pena reflejar algo de ella en estas líneas. También me gustaría decir que la colaboración y la ayuda del director y el equipo fueron inmensas. Al ingeniero de sonido israelí, que trabaja para la BBC en Jerusalén, el hablar con palestinos y con unos cuantos israelíes también le pareció muy gratificante y, dada su convencional educación sionista (es liberal, en absoluto un sionista dogmático), instructiva y un auténtico desafío a las opiniones largo tiempo mantenidas y no reflexionadas sobre la historia de Israel. Es difícil volver a ser israelí, dijo al final del rodaje.

Dos impresiones totalmente contradictorias superan todas las demás. En primer lugar, que Palestina y los palestinos permanecen, a pesar de los esfuerzos coordinados de Israel desde el primer momento para deshacerse de ellos o para reducirlos hasta el punto de anularlos. En este sentido, afirmo rotundamente que hemos demostrado la absoluta locura de la política de Israel. No es posible escapar al hecho de que como idea, como recuerdo y, a menudo, como realidad enterrada o invisible, Palestina y su pueblo no han desaparecido. Independientemente de la sostenida e intacta hostilidad del poder establecido sionista hacia todo lo que Palestina representa, el mero hecho de nuestra existencia ha frustrado, cuando no derrotado, el intento

israelí de deshacerse completamente de nosotros. Cuanto más se envuelve Israel en su exclusividad y xenofobia hacia los árabes, más ayuda a éstos a mantenerse, a luchar contra las injusticias y contra las medidas crueles.

Esto es especialmente cierto en el caso de los palestinos israelíes, cuyo principal representante en la Kneset es el notable Azmi Bishara: le entrevisté en profundidad para la película y me impresionó el valor y la inteligencia de su postura, que es un estímulo para una nueva generación de jóvenes palestinos, a quienes también entrevisté. Para ellos, como para un número cada vez mayor de israelíes (con

***Palestina y los palestinos
permanecen, a pesar de los
esfuerzos coordinados de Israel
desde el primer momento para
deshacerse de ellos o para reducirlos
hasta el punto de anularlos.***

el profesor Israel Shahak al frente) la batalla real es por la igualdad y por los derechos de ciudadanía, dado que Israel es explícitamente un Estado para judíos y no para sus ciudadanos no judíos. Por consiguiente, en contra de su intención puesta de manifiesto y en práctica, Israel ha fortalecido la presencia palestina, incluso entre los ciudadanos judíos israelíes, que han perdido la paciencia con esa política infinitamente miope de intentar aplastar y excluir a los palestinos. Dondequiera que uno vaya, allí estamos, a menudo sólo como humildes y silenciosos trabajadores y dóciles camareros, cocineros de restaurantes y cosas por el estilo, pero, también a menudo, como un gran número de personas -por ejemplo en Hebrón- que no cejan en su resistencia a la intromisión de los israelíes en su vida. La segunda impresión fundamental es que, minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, estamos perdiendo cada vez más territorio palestino a favor de los israelíes. No había una carretera, una autopista de circunvalación o un pequeño pueblo por el que pasáramos que no fuera testigo de la tragedia diaria de territorios expropiados, campos excavados, árboles, plantas y cosechas arrancadas, y casas destruidas, mientras los propietarios palestinos seguían allí, incapaces de hacer gran cosa para detener el ataque, sin la ayuda de la Autoridad de Arafat, abandonados por los palestinos más afortunados. Es importante no subestimar el daño que se está haciendo, la

consiguiente violencia contra nuestra vida, las distorsiones y la miseria resultantes. No hay nada parecido a la sensación de dolorosa impotencia que uno siente cuando escucha a un joven que ha pasado 15 años trabajando como empleado ilegal en Israel con el fin de ahorrar dinero para construir una pequeña casa para su familia, para descubrir un día, al volver del trabajo, que esa casa ha sido reducida a un montón de escombros, aplastada por una excavadora israelí con todo lo que había en su interior. Cuando preguntas por qué se ha hecho esto -después de todo, la tierra era suya-, uno recibe como respuesta que no ha habido aviso alguno, únicamente un papel que le dio al día siguiente un soldado israelí diciéndole que había levantado los cimientos sin licencia. ¿En qué lugar del mundo, excepto los que están bajo la autoridad israelí, se exige a la gente que tenga una licencia (que siempre le es denegada) para poder construir en su propiedad? Los judíos pueden construir, pero nunca los palestinos. Es un apartheid racista en su forma más pura.

Una vez, me detuve en la carretera principal de Jerusalén a Hebrón para filmar a una excavadora israelí rodeada y protegida por soldados que se abría camino a través de un terreno fértil junto a la carretera. A unos cien metros de distancia había cuatro hombres palestinos, con aspecto miserable e irritado. Era su tierra, me dijeron, que llevaban trabajando durante generaciones, y que estaba siendo destruida con el pretexto de que hacía falta para ensanchar una ya ancha carretera construida para los asentamientos. ¿Por qué necesitan una carretera de 120 metros de anchura? ¿Por qué no dejan que siga cultivando mi tierra?, preguntaba uno de ellos lastimeramente. ¿Cómo voy a alimentar a mis hijos? Pregunté a los hombres si habían recibido algún aviso de que se iba a hacer esto. No, contestaron, nos hemos enterado hoy mismo y, cuando llegamos aquí, ya era demasiado tarde. ¿Y qué pasa con la Autoridad Palestina?, les pregunté. ¿Les ha ayudado? Por supuesto que no, fue la respuesta. Nunca están aquí cuando les necesitamos. Me dirigí a los soldados israelíes, que al principio se negaron a hablar conmigo en presencia de las cámaras y los micrófonos. Pero seguí insistiendo y tuve la suerte de dar con uno que parecía claramente molesto por todo el asunto, aunque dijo que se limitaba a cumplir órdenes. Le pregunté: “Pero, ¿no ven lo injusto que es quitar la tierra a unos agricultores que no pueden defenderse?”. Y me respondió: “En realidad, no es su tierra. Pertenece al Estado de Israel”. Recuerdo que le dije que hace 60 años se utilizaron los mismos argumentos contra los judíos en Alemania y que ahora los judíos los utilizaban aquí contra sus víctimas, los palestinos. Se marchó sin querer responder.

Y ésa es la situación, en todos los territorios y en Jerusalén, de los palestinos incapaces de ayudarse entre sí. Di una conferencia en

la Universidad de Belén, en la que hablé del continuo despojamiento que se está produciendo y me pregunté por qué esos 50.000 empleados de seguridad de la Autoridad Palestina, más los miles que hay sentados detrás de un mostrador, pasando papeles de una lado a otro de la mesa y cobrando bonitos cheques a final del mes, no estaban allí, sobre el terreno, ayudando a impedir las expropiaciones, ayudando a la gente a la que le estaban arrebatando su sustento ante sus propios ojos. Me pregunté: ¿Por qué no salen al campo los habitantes de esos pueblos y simplemente se ponen delante de las excavadoras y por qué todos nuestros grandes líderes no ofrecen apoyo y ayuda moral a la pobre gente que está perdiendo la batalla? Una noche volvía después de estar rodando todo el día y descubrí que el restaurante del hotel patrocinaba una cena del Día de San Valentín a 6.000 pesetas (sí, 6.000 pesetas) el cubierto. Me dijeron que, como no tenía reserva, no me podían servir, pero insistí en que, como huésped del hotel, tenía derecho al menos a un bocadillo o a algo igualmente sencillo. Me mostraron una mesa que había en un rincón y me sirvieron debidamente un plato de arroz con verduras. Poco después vi a un ministro palestino entrar en el salón con siete invitados y sentarse en una llamativa mesa abarrotada con el menú de siete platos del festejo, además de vino y bebidas para todos. Me dio tanto asco la visión de aquel hombre enorme, gordo y sonriente que pasó tanto tiempo negociando con los países que nos dan fondos y con los israelíes, comiendo felizmente mientras su pueblo perdía su sustento a unos metros de distancia, que salí del salón disgustado y avergonzado. Había llegado en un Mercedes gigantesco, y sus guardaespaldas y su chófer -tres de ellos- estaban sentados en el vestíbulo del hotel comiendo plátanos, mientras su gran líder se atiborraba en el interior. Ésta es una razón de que, por dondequiera que fuese, con quienquiera que hablase, cualquiera que fuese la pregunta, nunca oyera una buena palabra sobre la Autoridad Palestina ni sobre sus funcionarios. Se tiene básicamente la impresión de que garantiza la seguridad a Israel y a sus colonos, que les proporciona protección, y no que se trata de un organismo gubernamental legítimo, comprometido o útil para su propio pueblo. El que, al mismo tiempo, tantos líderes de este tipo consideren oportuno construir villas enormemente ostentosas en un periodo de una penuria y una miseria tan extendidas le deja a uno bastante perplejo. Si hay algo que la dirección palestina deba hacer ahora es dar muestras de servicio y de sacrificio, precisamente esas dos cosas de las que tanto escasea la Autoridad. Lo que me pareció asombroso fue la falta de preocupación, es decir, la sensación de que todos los palestinos están solos en su miseria, sin que a nadie le preocupe ofrecerles comida, mantas o una palabra amable. Verdaderamente, uno siente que los palestinos son un pueblo huérfano.

Jerusalén resulta abrumadora en su constante e implacable judaización. La pequeña y compacta ciudad en la que crecí hace más de 50 años se ha convertido en una metrópoli enormemente extendida, rodeada por el norte, el sur, el este y el oeste por inmensos proyectos de construcción que dan testimonio del poder israelí y de su capacidad, descontrolada, para cambiar el carácter de Jerusalén. En este sentido, también se aprecia una sensación manifiesta de impotencia palestina, como si la batalla hubiera terminado y el futuro estuviera decidido. La mayoría de la gente con la que hablé decía que, después del episodio del túnel del pasado septiembre, ya no tenía la necesidad de manifestarse contra las prácticas israelíes, ni de exponerse a más sacrificios. Al fin y al cabo, me dijo uno de ellos, asesinaron a 60 de los nuestros y, a pesar de todo, el túnel siguió abierto y Arafat se fue a Washington, aunque había dicho que no se reuniría con Netanyahu a no ser que cerrasen el túnel. ¿Para qué vamos a luchar ahora? No es sólo la dirección palestina lo que ha fracasado en Jerusalén: también son los árabes, los Estados islámicos y el mismo cristianismo, que se resignan ante la agresión israelí. Pocos palestinos de Gaza o Cisjordania (es decir, de ciudades como Ramalla, Hebrón, Belén, Jenine y Nablús) pueden entrar en Jerusalén, que está acordonada por soldados israelíes. De nuevo, el apartheid.

En la parte israelí, la situación no es tan deprimente como cabría esperar. Hice una larga entrevista al profesor Ilan Pappé, de la Universidad de Haifa. Es uno de los nuevos historiadores israelíes cuyo trabajo, en 1948, desafió la ortodoxia sionista sobre el problema de los refugiados y sobre el papel de Ben Gurión en la expulsión de los palestinos. Por supuesto, con respecto a esta cuestión, los nuevos historiadores han confirmado lo que los historiadores palestinos y los testigos han dicho todo el tiempo: que tuvo lugar una campaña militar deliberada para librar al país de tantos árabes como fuera posible. Pero lo que Pappé dijo, además, es que está muy solicitado para dar conferencias en institutos de todo Israel, aunque el último libro de texto para clases de Historia de Israel simplemente no menciona en absoluto a los palestinos. Esta ceguera que coexiste con una nueva apertura con respecto al pasado caracteriza el ánimo actual, pero merece nuestra atención como contradicción que debe ser sometida a mayor profundización y análisis.

Pasé un día rodando en Hebrón, que me impresionó por encarnar los peores aspectos de los acuerdos de Oslo. Un pequeño puñado de colonos, de no más de 200 personas, controla prácticamente el corazón de una ciudad árabe cuya población de más de 100.000 habitantes está relegada a los márgenes, incapaz de visitar el centro de la ciudad y constantemente amenazada tanto por los militantes

como por los soldados. Visité la casa de un palestino en el viejo barrio otomano. Ahora está rodeado de bastiones de colonos, entre ellos tres nuevos edificios que han sido levantados a su alrededor, más tres enormes depósitos de agua que roban la mayor parte del agua de la ciudad para los colonos, y varios puestos de soldados en los tejados. Estaba muy enojado por la disposición de la dirección palestina a aceptar la división de la ciudad con la excusa enteramente engañosa de que, en su día, contuvo 14 edificios judíos que se remontaban a los tiempos del Antiguo Testamento, pero que ya no se ven. ¿Cómo es que estos negociadores palestinos aceptaron una distorsión tan gro-

[...] parece importante que demos testimonio de la resistencia y de la constante fuerza de la causa palestina que claramente ha influido en más personas en Israel y en otros lugares de lo que habíamos supuesto hasta ahora.

tesca de la realidad?, me preguntó enfadado. Sobre todo cuando, en el momento de las negociaciones, ninguno de ellos había puesto el pie en Hebrón Al día siguiente de mi llegada a Hebrón fueron asesinados en la barricada por soldados israelíes tres jóvenes y muchos más fueron heridos en la lucha que siguió a continuación. Hebrón y Jerusalén son victorias para el extremismo israelí, no para la coexistencia, ni para ninguna clase de futuro esperanzador.

Puede que el punto sobresaliente más inesperado de las experiencias con los israelíes fuese una entrevista que hice a Daniel Barenboim, el brillante director de orquesta y pianista, que estaba en Jerusalén para dar un recital los mismos días que yo hacía la película. Nacido y criado en Argentina, Barenboim llegó a Israel en 1950 a los nueve años, vivió allí unos ocho y ha dirigido la Ópera Estatal de Berlín y la Orquesta Sinfónica de Chicago -dos de las instituciones musicales más importantes del mundo- en los últimos 10 años. También debería decir que, en los últimos años, nos hemos hecho buenos amigos. Fue muy sincero en la entrevista y lamentó que 50 años de Israel también fueran el motivo de 50 años de sufrimiento del pueblo palestino. Durante la conversación, defendió abiertamente un Estado palestino y, después de su recital ante un nutrido público en Jerusalén, dedicó su primer bis a la mujer palestina -presente en el recital- que le había

invitado a cenar la noche anterior. Me sorprendió que todo el público de judíos israelíes (ella y yo éramos los únicos palestinos presentes) recibieran sus opiniones y la noble dedicatoria con un aplauso entusiasta. Está claro que está empezando a surgir un nuevo electorado con conciencia, en parte como consecuencia de los excesos de Netanyahu y en parte como consecuencia de la resistencia palestina. Lo que me pareció extremadamente alentador es que Barenboim, uno de los músicos más importantes del mundo, ofreciese sus servicios como pianista al público palestino, un gesto de reconciliación que verdaderamente vale más que docenas de acuerdos de Oslo.

Así, pues, pongo fin a estas breves escenas de la vida palestina de hoy. Lamento no haber pasado algún tiempo entre refugiados de Líbano y Siria y también lamento no tener muchas horas de película a mi disposición. Pero, en este momento, parece importante que demos testimonio de la resistencia y de la constante fuerza de la causa palestina que claramente ha influido en más personas en Israel y en otros lugares de lo que habíamos supuesto hasta ahora. A pesar del pesimismo del momento actual, hay rayos de esperanza que indican que puede que el futuro no sea tan malo como muchos de nosotros suponíamos.

27 de junio de 1998

Una realidad presente y clara

En su octavo mes, la Intifada ha llegado a su fase más cruel y, para los palestinos, más asfixiante. Los líderes de Israel están claramente decididos a hacer lo que siempre han hecho: la vida imposible a este doliente pueblo. Lo que Sharon está dispuesto a hacer no tiene límites, y todo en nombre de un 'principio' aceptado por Estados Unidos, que consiste en negarse a hacer nada mientras continúe la 'violencia'. Esto parece dar a Sharon derecho a asediar a toda una población de tres millones de personas, mientras él y Simón Peres, sin duda el más deshonesto e hipócrita de todo el lote, recorren el mundo quejándose del terrorismo palestino. Pero no perdamos el tiempo preguntándonos cómo es posible que se salgan con la suya empleando tácticas tan despreciables, el hecho es que lo hacen y que seguirán haciéndolo en un futuro previsible.

Una vez dicho y reconocido esto, no hay razón para aceptar pasivamente sus consecuencias. Por consiguiente, analicemos serenamente la situación desde un punto de vista táctico y estratégico. Esto es lo que encontramos:

1. Los líderes palestinos que aceptaron los acuerdos de Oslo y el ruinoso principio de la tutela estadounidense, así como toda clase de concesiones mezquinas (incluida una campaña de asentamientos en marcha), son incapaces de hacer más que lo que hacen ahora, o sea, atacar verbalmente a Israel y hacerle señas por debajo de la mesa para indicarle que están dispuestos a volver a las viejas (e inútiles) negociaciones más o menos de la misma manera. Aparte de esto, tienen poco poder y aún menos credibilidad. La pasmosa habilidad de Arafat para sobrevivir le ha llevado todo lo lejos que le podía llevar, y aunque debe de ser evidente para él que se le ha acabado la cuerda, no tiene intención de soltarla. Insiste tozudamente en la ilusión de que él es Palestina y Palestina es él; y seguirá creyéndolo mientras viva, pase lo que pase. La dificultad añadida es que todos sus hipotéticos sucesores tienen menos talla y es probable que no hagan sino empeorar las cosas.

2. La política estadounidense no se ve afectada por la difícil situación palestina, por muy grave que ésta sea. Bush es tan pro israelí como Clinton, y el grupo de presión israelí en Estados Unidos y en Europa es tan despiadado en sus mentiras y su información falsa como lo ha sido siempre, a pesar de los años de esfuerzos por parte de los árabes para lograr un acercamiento al Gobierno estadounidense y (lo que no deja de sorprender) al *lobby* israelí. Y aunque hay una gran cantidad de simpatía sin explotar hacia la causa palestina tanto en EE UU como en Europa, no ha habido ninguna campaña palestina para ganarse a los afroamericanos, los latinoamericanos, la mayoría de las iglesias que no forman parte de las iglesias fundamentalistas del Sur, la comunidad académica y, como demostró una extraordinaria declaración de varios cientos de rabinos apoyando los derechos palestinos en un anuncio pagado en *The New York Times*, los judíos norteamericanos, muchos de los cuales están tan horrorizados ante Sharon y Barak como nosotros.

3. Es mucho menos probable que nunca que los Estados árabes puedan brindar a los palestinos algo más que una ayuda táctica marginal. Todos ellos tienen intereses directos que les ligan a la política estadounidense; ninguno tiene la capacidad de ser un aliado estratégico para los palestinos. Por otro lado, en el mundo árabe, un amplio abismo separa a los gobernantes de los gobernados, lo que da un aliento suficiente a la causa palestina, si se canaliza hacia la emancipación y el final de la ocupación.

4. Los israelíes no van a poner fin a su política de asentamientos ni a su asedio a la vida palestina en general. Pese a su fanfarronería, Sharon no es muy inteligente, ni siquiera competente. Ha dependido de la fuerza y el engaño a lo largo de toda su carrera y flirteado con el crimen y el terror la mayoría del tiempo, empleándolos siempre

que ha creído que podía salirse con la suya. Nunca hemos abordado a la opinión pública israelí -especialmente a esos ciudadanos molestos por los acontecimientos actuales, que de hecho condenan a Israel a un conflicto permanente- y, desgraciadamente, tampoco tenemos ya nada que decir, por ejemplo, a los cientos de reservistas que se han negado a realizar el servicio militar durante la Intifada. En Israel hay todo un grupo de votantes a quienes involucrar, Debemos hallar el modo de hacerlo, como el Congreso Nacional Africano convirtió en una prioridad política involucrar a los blancos en la lucha contra el *apartheid*.

5. La situación palestina en sí tiene remedio, ya que son los seres humanos los que hacen la historia y no al revés. Hay suficientes jóvenes palestinos en todo el mundo y suficientes palestinos mayores absoluta y totalmente exasperados, consternados y hartos de un liderazgo que ha protagonizado un desastre tras otro sin rendir cuentas jamás, sin decir la verdad jamás y sin enunciar jamás claramente sus metas y objetivos (a excepción de su propia supervivencia). Como dijo en una ocasión el fallecido Eqbal Ahmad, la OLP ha sido siempre muy flexible desde el punto de vista estratégico y extremadamente rígida desde el táctico. En efecto, este aforismo se ve perfectamente reflejado en su política y actuación desde 1993. Arafat empezó por aceptar las resoluciones 242 y 338 como base de las negociaciones (estratégicas), luego cambió con toda flexibilidad y aceptó una modificación estratégica tras otra durante los años siguientes; se iban a interrumpir los asentamientos, pero después aumentaron, y también lo aceptó. Lo mismo con Jerusalén y la devolución de todos los territorios. Pero Arafat nunca vaciló en su táctica, que consistía en seguir dentro del proceso de paz y confiar en EE UU pasara lo que pasara. Estratégicamente flexible, tácticamente rígido.

6. Por consiguiente, ahora necesitamos algo que, aunque la situación lo requiere todos los actores se resisten, o sea, una verdadera declaración de metas y objetivos. Éstos tienen que incluir ante todo el final de la ocupación militar israelí y el final de los asentamientos. Ningún otro camino puede conducir a la paz y la justicia a los palestinos o a los israelíes. La paz 'provisional' (como se insistió en Oslo todo el rato, en fatal detrimento del pueblo palestino) no existe. Tampoco es posible que los palestinos tengan algunos derechos, pero otros no, es un disparate inaceptable. Un conjunto de leyes y derechos, un conjunto de metas y objetivos. Sobre esa base se puede organizar un nuevo movimiento palestino que debe incluir a judíos israelíes y no israelíes, especialmente individuos y grupos heroicos como los Rabinos pro Derechos Humanos y el movimiento liderado por Jeff Halper para acabar con la demolición de casas de los palestinos.

7. ¿Cuáles son los objetivos de ese movimiento? En primer lugar, debe ser un movimiento organizado, centrado en la liberación y la coexistencia palestina y en el que cada uno forme parte de un todo, en lugar de ser un espectador ocioso a la espera de otro Saladino o de que lleguen órdenes de arriba. Hay que concentrarse en las otras dos sociedades cuyo impacto para Palestina es crucial: en primer lugar, EE UU, que proporciona a Israel un apoyo sin el cual lo que hoy pasa en Palestina no sería posible. Después de todo, el contribuyente estadounidense aporta directamente a Israel 3.000 millones de dólares en ayuda, además de un constante reabastecimiento de armas (como

Igualdad de derechos para todos. Fuera la ocupación, la discriminación y los asentamientos. Todo el mundo está incluido. Toda negociación que se emprenda debe basarse en esos principios.

los helicópteros que ahora bombardean ciudades y pueblos palestinos indefensos), que equivale a un total de casi 5.000 millones de dólares. Esta ayuda tiene que ser interrumpida o radicalmente modificada. Y en segundo lugar, la sociedad israelí, que o bien ha seguido apoyando pasivamente las políticas racistas contra los palestinos ‘inferiores’ o bien las ha apoyado activamente trabajando en el Ejército, el Mosad o el Shin Beth para llevar a la práctica esta política humanamente inaceptable e inmoral. Es increíble que lo hayamos aguantado tanto tiempo, como lo han aguantado tantos israelíes, que tienen que hacer algo para cambiarlo.

8. Aunque todas las declaraciones de derechos humanos en el mundo (incluida la Carta de Naciones Unidas) reconocen hoy el derecho de un pueblo a resistir por cualquier medio cuando está bajo ocupación militar, y el derecho de los refugiados a regresar a sus hogares, también es cierto que las bombas suicidas en Tel Aviv no cumplen ninguna finalidad, política o ética. También ellas son inaceptables. Porque hay una enorme diferencia entre la desobediencia organizada, o la protesta masiva, y el volarse a uno mismo en pedazos cargándose de paso a unos cuantos inocentes. Hay que declarar clara y rotundamente la diferencia y grabarla de una vez por todas en todos los proyectos palestinos serios.

9. Los otros principios son bastante simples. Autonomía para ambos pueblos. Igualdad de derechos para todos. Fuera la ocupación, la discriminación y los asentamientos. Todo el mundo está incluido. Toda negociación que se emprenda debe basarse en esos principios, que tienen que ser claramente afirmados desde el comienzo, en vez de omitidos o sobreentendidos, como sucedió en el proceso de Oslo impulsado por EE UU. El marco tiene que ser Naciones Unidas. Entretanto, depende de nosotros, palestinos, árabes, judíos, norteamericanos y europeos, el defender al indefenso y poner fin a los crímenes de guerra, como el castigo colectivo, los bombardeos y la persecución que los palestinos padecen a diario.

10. Ésta es la realidad actual, en cuyo núcleo se halla la enorme asimetría, la tremenda disparidad de poder entre Israel y Palestina. Debemos apresar inmediatamente su elevado fundamento moral mediante los medios políticos de que todavía disponemos: el poder de pensar, planear, escribir y organizar. Esto afecta tanto a los palestinos de Palestina como a los de Israel y los del exilio. Nadie está exento de la obligación de nuestra emancipación. Es una pena que los líderes actuales parezcan totalmente incapaces de entenderlo. Por consiguiente, deben mantenerse al margen, lo cual acabarán haciendo sin lugar a dudas en algún momento.

22 de mayo de 2001

Lo atroz es la ocupación

En EE UU -principal sede política de Israel a quien desde 1967 ha dado más de 92.000 millones de dólares en ayudas-, el terrible coste humano de la bomba en el restaurante de Jerusalén el jueves 9 de agosto y el desastre en Haifa el lunes 13 encajan perfectamente en un marco de explicaciones ya familiar. Arafat no hace lo suficiente para controlar a sus terroristas; los extremistas suicidas islámicos están por doquier y, guiados por puro odio a la humanidad, nos hacen daño a 'nosotros' y a nuestros más fuertes aliados; Israel debe proteger su seguridad. Una persona reflexiva añadiría: esa gente lleva luchando agotadoramente miles de años, hay que poner fin a la violencia; ha habido demasiado sufrimiento por ambas partes, aunque la forma en que los palestinos envían a sus hijos a la batalla es otra señal de lo mucho que tiene que soportar Israel. Y así, exasperado pero todavía contenido, Israel invade Jenin, un lugar sin defensas y sin fortificar: con excavadoras y tanques, destruye, entre otros, los edificios de la Autoridad Palestina y luego manda decir a sus propagandistas que

han enviado un mensaje a Arafat para que controle a sus terroristas. Mientras tanto, éste y su camarilla siguen mendigando la protección estadounidense, olvidando que es Israel quien goza de la protección de EE UU y que lo único que va a conseguir es, por enésima vez, un requerimiento del cese de la violencia.

El hecho es que Israel ha ganado la guerra de propaganda en EE UU y que es en este país donde está a punto de invertir unos cuantos millones de dólares más en una campaña publicitaria (utilizando a estrellas como Zubin Mehta, Yitzak Pearlman y Amos Oz) para mejorar aún más su imagen. Pero pensemos en lo que en realidad ha conseguido la guerra implacable de Israel contra el pueblo palestino, mal defendido, fundamentalmente desarmado y apátrida. La disparidad de su poder es tan enorme que a uno se le saltan las lágrimas. Equipado con lo último en aviación, helicópteros de guerra, incontables tanques y misiles y una excelente armada, así como un servicio de inteligencia de tecnología punta -todo ello de fabricación estadounidense (y entregado gratuitamente)-, Israel es una potencia nuclear que abusa de un pueblo sin carros blindados ni artillería, sin fuerza aérea (su único campo de aviación, el de Gaza, además de ser patético está controlado por Israel), sin ejército, ni ninguna de las instituciones de un Estado moderno. La historia ininterrumpida y escalofriante de los 34 años de ocupación militar israelí (la segunda más larga de la historia moderna) de los territorios palestinos ilegalmente conquistados ha sido borrada de la memoria pública prácticamente en todo el mundo, como también se ha borrado la destrucción de la sociedad palestina en 1948 y la expulsión del 68% de su población, de la cual, cuatro millones y medio de palestinos siguen siendo hoy refugiados. De todas las resmas de información, lo escueto de las referencias a las décadas de opresión israelí sobre un pueblo cuyo pecado fue estar allí entorpeciendo el camino de Israel, llama la atención por su sadismo. La enorme crueldad del confinamiento de 1,3 millones de personas apretujadas como sardinas en la franja de Gaza, más los casi dos millones de palestinos de Cisjordania, no tiene parangón en los anales del *apartheid* o del colonialismo. Nunca se utilizaron F-16 para bombardear las tierras de los surafricanos, pero sí se usan contra los pueblos y ciudades palestinos. Todas las entradas y salidas de los territorios están controladas por Israel (Gaza está completamente rodeada de una valla metálica de espino), que también controla la provisión de agua. Los palestinos de la ocupación, divididos en 63 cantones no contiguos, completamente rodeados y asediados por las tropas israelíes, salpicados por 140 asentamientos con su propia red de carreteras prohibida a los 'no judíos' -que es la forma de referirse a los árabes

junto con epítetos tan poco halagüeños como ladrones, serpientes, cucarachas y saltamontes- se ven ahora condenados a un 60% de paro y a un índice de pobreza del 50% (la mitad de la población de Gaza y Cisjordania vive con menos de 370 pesetas al día). Tampoco pueden viajar de un sitio a otro; tienen que soportar largas colas en los puestos de control israelíes, donde les retienen y humillan durante horas interminables; 150.000 olivos y cítricos han sido arrancados como castigo; 2.000 casas han sido demolidas, y hectáreas y más hectáreas de tierra destruidas o expropiadas para asentamientos militares.

Desde que comenzó la nueva Intifada, en septiembre del año pasado, han matado a 609 palestinos (cuatro veces más que las bajas israelíes) y herido a 15.000 (12 veces más que en el otro bando). Los asesinatos del ejército israelí han tenido como víctimas a presuntos terroristas elegidos a discreción, y la mayor parte de las veces han matado como moscas a inocentes. La semana del 9, helicópteros de guerra y misiles israelíes asesinaron abiertamente a 14 palestinos, 'impidiéndoles' así matar a israelíes, aunque al menos también fueron asesinados, dos niños y cinco víctimas inocentes, por no hablar de los muchos heridos civiles y los varios edificios destrozados, como parte de los 'aceptables' daños colaterales. Sin nombre y sin rostro, las víctimas diarias palestinas de Israel apenas se mencionan en los informativos estadounidenses. A pesar de ello -y por razones que no alcanzo a comprender-, Arafat sigue esperando que EE UU le rescaten a él y a su régimen que se derrumba.

Pero esto no es todo. El plan de Israel no consiste simplemente en conservar la tierra y llenarla de unos colonos armados, terribles y asesinos, que, protegidos por el ejército, saquean los huertos, las escuelas y en los hogares palestinos; el plan es, en palabras de la investigadora estadounidense Sara Roy, subdesarrollar la sociedad palestina, hacerles la vida imposible para que tengan que marcharse, rendirse o cometer locuras como reventarse en pedazos. Desde 1967, los líderes han sido encarcelados o deportados por el régimen de ocupación israelí; los pequeños negocios y granjas han dejado de ser viables por culpa de las confiscaciones y la destrucción pura y llana; a los estudiantes se les ha impedido estudiar y las universidades han sido cerradas durante periodos de hasta cuatro años. Ninguna granja o empresa palestina puede exportar directamente a un país árabe; sus productos deben pasar a través de Israel. Los impuestos se pagan a Israel. Tras el comienzo del proceso de paz de Oslo en 1993, la ocupación sencillamente se disfrazó; sólo se entregó el 18% de la tierra a la Autoridad de Yasir Arafat, tan corrupta como la de Vichy, cuyo mandato parece haber servido sólo para vigilar y poner impuestos a su gente para beneficio

de Israel. Hoy, tras ocho infructuosos y demoleedores años de negociaciones en Oslo, ideadas por un equipo estadounidense de antiguos miembros del *lobby* israelí como Martin Indyk y Dennis Ross, Israel sigue teniendo el control; la ocupación está enmascarada de forma más eficaz, y la frase ‘proceso de paz’ ha recibido un halo de santidad que ha permitido más abusos, más asentamientos, más encarcelamientos y más sufrimiento para los palestinos. Si añadimos una Jerusalén este ‘judaizada’, con la Casa de Oriente ocupada y su contenido saqueado o trasladado a otro sitio (los israelíes han robado registros, escrituras de tierras y mapas de valor incalculable en una repetición de lo que hicie-

***Un líder debe liderar la resistencia,
reflejar la realidad sobre el terreno,
responder a las necesidades de
su pueblo, planificar, pensar, y
exponerse a los mismos peligros y
dificultades por las que están pasando
todos. La lucha por la liberación de
la ocupación israelí está donde ahora
están los palestinos que valen algo.***

ron con los archivos de la OLP en Beirut en 1982), Israel ha implantado no menos de 400.000 colonos en tierra palestina. Lllamarlos matones no es una exageración.

Conviene recordar que después de la visita gratuitamente arrogante que hizo Ariel Sharon a la Explanada de las Mezquitas en Jerusalén el pasado 28 de septiembre, con 1.000 soldados y guardias proporcionados por el entonces primer ministro, Barak, Israel fue condenado por una resolución unánime del Consejo de Seguridad. Fue entonces cuando, como podía haber predicho incluso un niño, estalló la rebelión anticolonial, siendo sus primeras víctimas ocho palestinos. Sharon fue llevado al poder para ‘someter’ a los palestinos y librarse de ellos. Su expediente como asesino de árabes data de las masacres de Sabra y Chatila en 1982, por las cuales se han presentado ahora cargos contra él en un tribunal belga. A pesar de ello, Arafat quiere negociar e incluso llegar a un cómodo acuerdo que salvguarde esa Autoridad que Sharon destruye, desmantela y mina.

Pero tampoco es tonto. Con cada acto de resistencia palestina sus fuerzas aprietan un poco más la soga, estrechando el asedio, apropiándose de más tierra, convirtiendo en una costumbre las incursiones cada vez más profundas en ciudades palestinas, cortando más suministros, asesinando abiertamente a líderes palestinos, haciendo la

vida más intolerable, redefiniendo los términos de las acciones de su gobierno, que una vez hizo 'generosas concesiones' 'evitando' el terrorismo, 'dando seguridad' a ciertas zonas, 'restableciendo' el control...

Mientras, él y sus validos atacan y deshumanizan a Arafat, llegando a llamarle 'architerrorista' (aunque literalmente no se puede mover sin permiso de Israel) y diciendo que 'nosotros' no estamos en guerra con el pueblo palestino. ¡Qué suerte la de ese pueblo! Con tanta 'moderación', ¿para qué iba a ser necesaria una invasión masiva, cuidadosamente extendida para aterrorizar a los palestinos de forma aún más sádica? Israel sabe que puede tomar sus edificios a voluntad exactamente como ha eliminado prácticamente a los palestinos como pueblo.

Ésta es la verdadera historia del fingido 'papel de víctima' de Israel, elaborado desde hace meses con premeditación y alevosía. Se ha separado el lenguaje de la realidad. Pero no compadezcáis a los ineptos, torpes y patéticos gobiernos árabes que ni pueden ni quieren hacer nada para detener a Israel; compadeced a la gente que sufre las heridas en su propia carne y los escuálidos cuerpos de sus hijos, algunos de los cuales creen que el martirio es su única salida. ¿Y a Israel, atrapado en una campaña sin futuro, agitándose despiadadamente? Como dijo el poeta irlandés James Cousins en 1925, el colonizador está preso de 'obsesiones engañosas y egoístas que interfieren su atención hacia la natural evolución de su genio nacional y le sacan de la senda abierta de la rectitud para llevarle a los retorcidos caminos del pensamiento, la palabra y las acciones deshonestos, en la artificial defensa de una posición falsa'. Todos los colonizadores han seguido ese camino, sin que nada les impida aprender o detenerse, hasta que por fin -como le pasó a Israel, que tuvo que volver grupas tras 22 años de ocupación de Líbano- abandonan el territorio dejando atrás un pueblo exhausto y lisiado. Si se suponía que esto iba a colmar las aspiraciones judías, ¿por qué ha necesitado tantas nuevas víctimas de otro pueblo que, para empezar, no tenía nada que ver con el exilio y la persecución de los judíos?

Con Arafat y compañía al mando no hay esperanza. ¿Qué hace este hombre, presentándose grotescamente en el Vaticano, Lagos y otros varios lugares suplicando sin dignidad ni inteligencia ayuda árabe y apoyo internacional, en lugar de estar con su pueblo, intentando ayudarlo con suministros médicos, con medidas para levantarle la moral y con un liderazgo auténtico? Tiene que marcharse. Necesitamos un liderazgo unificado de gente que esté sobre el terreno, que haga realmente la resistencia, que de verdad esté con el pueblo y sea del pueblo, y no estos gordos burócratas macedores de puros que quieren que se protejan sus acuerdos comerciales y que se les renueven los pases de VIP, y que han perdido todo rastro de decencia o de credibilidad. Un

liderazgo unido que tome posiciones y planee acciones en masa dirigidas no a volver a Oslo (¿se dan cuenta de la locura de esa idea?), sino a insistir en la resistencia y la liberación, en lugar de confundir a la gente hablando de negociaciones y del estúpido Plan Mitchell.

Arafat está acabado: ¿por qué no admitimos que no puede liderar, ni planificar ni hacer nada que suponga algún cambio excepto para él y sus amigos de Oslo, todos los cuales se han beneficiado materialmente de la desgracia de su pueblo? Él es el mayor obstáculo para el futuro de nuestro pueblo. Todas las encuestas así lo indican. Necesitamos un liderazgo unido que tome decisiones, no que se humille ante el Papa y el estúpido de George W. Bush a pesar de que los israelíes están asesinando impunemente a su heroico pueblo. Un líder debe liderar la resistencia, reflejar la realidad sobre el terreno, responder a las necesidades de su pueblo, planificar, pensar, y exponerse a los mismos peligros y dificultades por las que están pasando todos. La lucha por la liberación de la ocupación israelí está donde ahora están los palestinos que valen algo: Oslo no puede restablecerse ni empaquetarse en un envoltorio más bonito como desearían Arafat y compañía. Todo ha terminado para ellos y cuanto antes hagan la maleta y se vayan, mejor para todos.

21 de agosto de 2001

Alternativas en Palestina

Desde el punto de vista político, la Intifada palestina ha sacado poco provecho desde que comenzó hace dieciseis meses a pesar de la excepcional fortaleza de un pueblo bajo ocupación militar, desarmado, mal dirigido, que sigue estando despojado y que ha desafiado los estragos inmisericordes de la máquina de guerra israelí. En Estados Unidos, el Gobierno y, con un puñado de excepciones, los medios de información ‘independientes’, se han hecho eco mutuamente en su machacar constante acerca del terror y la violencia palestinos, sin prestar atención en absoluto a los 35 años de ocupación militar israelí, la más prolongada de la historia moderna; como consecuencia, tras el 11 de septiembre, las condenas oficiales estadounidenses a la Autoridad de Yaser Arafat por albergar e incluso patrocinar el terrorismo han reforzado friamente la ridícula afirmación del Gobierno de Sharon de que Israel es la víctima y los palestinos los agresores en esta guerra de cuatro décadas declarada, por el ejército israelí contra civiles, edificios e instituciones, sin discriminación ni piedad. El resultado actual es que los palestinos están encerrados en 220 guetos controlados por el ejército;

que helicópteros Apache suministrados por Estados Unidos, tanques Merkava y F-16 acribillan diariamente a personas, casas, huertos de olivos y campos; que las escuelas y universidades, así como las empresas e instituciones civiles, están completamente desbaratadas; que cientos de civiles inocentes han muerto y decenas de miles han sido heridos; que los israelíes siguen asesinando a líderes palestinos; que el paro y la pobreza oscilan en torno al 50% aproximadamente, y que todo esto ocurre mientras el general Anthony Zinni sigue atribuyendo machaconamente la 'violencia' palestina al desdichado Arafat, que ni siquiera puede salir de su oficina de Ramala porque está encarcelado allí por los tanques israelíes, mientras sus destrozadas fuerzas de seguridad huyen precipitadamente intentando sobrevivir a la destrucción de sus despachos y barracones.

Para empeorar más las cosas, los islamistas palestinos han entrado en el juego de la implacable maquinaria propagandística de Israel y de su siempre dispuesto ejército con brotes de bombardeos suicidas bárbaros y gratuitos que finalmente, a mediados de diciembre, obligaron a Arafat a dirigir a sus maltrechas fuerzas de seguridad contra Hamás y la Yihad Islámica, y a detener a militantes, cerrar oficinas y, en ocasiones, a disparar contra los manifestantes y matarlos. Arafat se apresura a cumplir cada exigencia de Sharon, aunque éste añada luego otra nueva, provoque algún incidente o se limite a decir -con el respaldo de Estados Unidos- que está insatisfecho y que Arafat sigue siendo un terrorista 'impertinente' (al que sádicamente prohibió asistir a los servicios religiosos de Navidad en Belén), cuyo objetivo principal en esta vida es matar judíos. En contra de toda lógica, la desconcertante respuesta de Arafat a este montón de ataques brutales contra los palestinos, contra el hombre que para bien o para mal es su líder, y contra su ya humillada existencia como nación, ha sido seguir solicitando una vuelta a las negociaciones, como si la transparente campaña de Sharon contra la mera posibilidad de celebrar dichas negociaciones no estuviera teniendo lugar, como si toda la idea del proceso de paz de Oslo no se hubiera evaporado ya. Lo que me sorprende es que, con la excepción de un pequeño número de israelíes (David Grossman ha sido el más reciente), nadie dice abiertamente que los palestinos están siendo perseguidos por Israel como si fueran *sus* nativos.

Una mirada más atenta a la realidad palestina narra una historia algo más estimulante. Las últimas encuestas muestran que Arafat y sus adversarios islamistas (que erróneamente se denominan a sí mismos 'la resistencia') reciben entre un 40% y un 45% del apoyo popular. Esto significa que una silenciosa mayoría de palestinos no está a favor ni de la equivocada confianza que la Autoridad deposita en

Oslo (ni de su régimen anárquico de corrupción y represión), ni de la violencia de Hamás. Arafat, siempre hábil e ingenioso, ha respondido delegando en Sari Nuseibeh, un notable de Jerusalén, presidente de la Universidad Al-Quds e incondicional de Al Fatah, para que pronuncie discursos sonda dando a entender que sólo con que Israel fuera un poco más amable, los palestinos podrían renunciar a su derecho al retorno. Además, una banda de personalidades palestinas próximas a la Autoridad (o para ser más exactos, cuyas actividades nunca han sido independientes de la Autoridad) ha firmado declaraciones y ha salido de viaje con activistas de la paz israelíes que o bien no tienen poder o

El lobby israelí ha conseguido temporalmente identificar la guerra contra Bin Laden con el ataque que Sharon ha emprendido con determinación contra Arafat y su gente.

son tan ineficaces como carentes de prestigio. Se supone que estas desalentadoras maniobras mostrarán al mundo que los palestinos están deseosos de firmar la paz a cualquier precio, incluso el de acomodarse a la ocupación militar. Arafat sigue invicto en lo que respecta a su inagotable ansia por permanecer en el poder.

Pero a cierta distancia de todo esto, surge lentamente una nueva corriente nacionalista laica. Es demasiado pronto para poder denominarlo partido o bloque, pero es ya un grupo visible con auténtica independencia y categoría popular. Cuenta en sus filas con Haidar Abdel Shafi y Mustafá Barghuti (no confundir con su pariente lejano, Marwan Barghuti, activista de Tanzim), junto con Ibrahim Dakak, los catedráticos Ziad Abu Amr, Ahmed Harb, Ali Jarbawi, Fouad Moghrabi, los miembros del consejo legislativo Rawiya Al-Shawa y Kamal Shirafi, los escritores Asan Khadr y Mahmoud Darwish, Raja Shehadeh, Rima Tarazi, Gahssan al-Kahtib, Naseer Aruri, Eliya Zureik y yo mismo. A mediados de diciembre se publicó una declaración colectiva que tuvo buena cobertura en los medios árabes y europeos (pasó desapercibida en Estados Unidos), en la que se hacía un llamamiento por la unidad y la resistencia de Palestina y por el fin sin condiciones de la ocupación militar israelí, y que deliberadamente guardaba silencio con respecto a la vuelta a Oslo. Creemos que negociar una mejora en

la ocupación equivale a prolongarla. La paz sólo puede llegar después de que termine la ocupación. Las secciones más atrevidas de la declaración se centran en la necesidad de mejorar la situación interna de Palestina y, por encima de todo, fortalecer la democracia; 'rectificar' el proceso de toma de decisiones (que está completamente controlado por Arafat y sus hombres); afirmar la necesidad de restaurar la soberanía de la ley y un sistema judicial independiente; impedir que continúe la malversación de fondos públicos y consolidar las funciones de las instituciones públicas para que todos los ciudadanos puedan confiar en aquellos que están expresamente designados para el servicio público. La última y más decisiva exigencia son unas elecciones parlamentarias.

Al margen de la interpretación que se dé a esta declaración, el hecho de que tantas personas prominentes e independientes, la mayoría con el respaldo de organizaciones sanitarias, educativas, profesionales y laborales en funcionamiento, hayan dicho estas cosas, no ha caído en saco roto en otros palestinos (que la consideran la crítica más incisiva nunca hecha al régimen de Arafat) ni en el ejército israelí. Además, mientras la Autoridad se apresuraba a obedecer a Sharon y a Bush rodeando a los habituales sospechosos islamistas, Barghuti lanzaba un Movimiento Internacional de Solidaridad que incluía a unos 550 observadores europeos (varios de ellos miembros del Parlamento Europeo) que viajaron a Palestina costeándolo de su propio bolsillo. Con ellos estaba un grupo de jóvenes palestinos que, al mismo tiempo que desbarataba junto con los europeos el movimiento de tropas y colonos israelíes, impedía que se lanzaran piedras o se disparase desde el bando palestino. Esto dejó paralizados a la Autoridad y los islamistas y sentó las bases para conseguir que el centro de atención sea la ocupación israelí. Todo esto sucedía mientras Estados Unidos vetaba una resolución del Consejo de Seguridad que autorizaba a un grupo internacional de observadores desarmados para interponerse entre el ejército israelí y los indefensos civiles palestinos.

La primera consecuencia de esto fue que el 3 de enero, después de que Barghuti celebrara una conferencia de prensa con unos 20 europeos en Jerusalén Este, los israelíes le arrestaran, retuvieran e interrogaran dos veces, le rompieran una rodilla con la culata de sus rifles y le hirieran en la cabeza, con el pretexto de que estaba alterando la paz y de que había entrado ilegalmente en Jerusalén (a pesar de haber nacido allí y tener un permiso médico para entrar). Por supuesto, nada de esto ha disuadido ni a él ni a sus seguidores de seguir con la lucha no violenta que, creo, seguramente acabará tomando el control de la excesivamente militarizada Intifada, la centrará en el plano nacional en el fin de la ocupación y los asentamientos y conducirá a los palestinos

hacia la paz y la formación de un Estado. Israel tiene más que temer de alguien como Barghuti, que es un palestino racional, respetado y con mucho aplomo, que de los barbudos radicales islámicos que a Sharon le encanta mostrar como la quintaesencia de la amenaza terrorista contra Israel. Todo lo que hacen es arrestarle, lo cual es típico de la desacreditada política de Sharon.

¿Dónde está la izquierda estadounidense e israelí, tan rápida para condenar la ‘violencia’ mientras que no dice una sola palabra acerca de la vergonzosa y criminal ocupación? Yo les sugeriría seriamente que se unan en las barricadas (de forma literal y figurada) a valientes activistas israelíes como Jeff Halper y Louisa Morgantini, que avancen hombro con hombro con esta nueva e importante iniciativa secular palestina y comiencen a protestar por los métodos del ejército israelí, subvencionados directamente por los contribuyentes y por ese silencio comprado a tan alto precio. Tras haberse retorcido nerviosamente las manos durante un año y tras haberse quejado por la inexistencia de un movimiento palestino por la paz (¿desde cuándo tiene un pueblo militarmente ocupado la responsabilidad de crear un movimiento pacifista?), los supuestos pacifistas que pueden influir en el ejército israelí tienen el claro deber político de organizarse contra la ocupación a partir de ya, incondicionalmente y sin exigencias indecorosas a los ya abrumados palestinos.

Algunos de ellos lo han hecho. Varios cientos de reservistas israelíes se han negado a cumplir servicio en los territorios ocupados, y un amplio espectro de periodistas, académicos y escritores (entre ellos Amira Hass, Gideon Levy, David Grossman, Ilan Pappé, Dani Rabinowits y Uri Avnery) han mantenido un ataque constante contra la inutilidad criminal de la campaña de Sharon contra el pueblo palestino. Lo ideal sería que hubiese un coro similar en Estados Unidos donde, a excepción de un reducido número de voces judías que hacen pública su indignación por la ocupación militar israelí, hay demasiada complicidad y batir de tambores. El *lobby* israelí ha conseguido temporalmente identificar la guerra contra Bin Laden con el ataque que Sharon ha emprendido con determinación contra Arafat y su gente. Desgraciadamente, la comunidad árabe estadounidense es demasiado pequeña y está demasiado ocupada en escapar de la red de arrastre del ministro de Justicia, Ashcroft, de los perfiles raciales y de la limitación de las libertades civiles.

Por tanto, lo que se necesita con mayor urgencia es la coordinación entre los diversos grupos laicos que apoyan a los palestinos, un pueblo cuyo mayor obstáculo para su mera presencia (mayor aún que los estragos de los israelíes) es su dispersión geográfica. Acabar

con la ocupación y todo lo que ésta entraña es un imperativo suficientemente claro. Ahora, hagámoslo. Y los intelectuales árabes no han de tener miedo a unirse.

29 de enero de 2002

Ideas para el futuro

Cualquiera que tenga alguna relación con Palestina se encuentra hoy en un estado de asombro e indignación. Casi repetición de la de 1982, la actual agresión generalizada y colonialista de Israel contra el pueblo palestino (con el apoyo asombrosamente ignorante y grotesco de George Bush) es mucho más grave que las dos incursiones masivas realizadas por Sharon contra los palestinos en 1971 y 1982. El clima político y moral es ahora mucho más simplista y restrictivo, el papel destructor de los medios de comunicación (que se han dedicado, casi por completo, a resaltar los atentados suicidas palestinos y a aislarlos de su contexto de 35 años de ocupación ilegal de los territorios por parte de Israel) es más favorable al punto de vista israelí, el poder de Estados Unidos más indiscutible, la guerra contra el terrorismo se ha convertido en una prioridad mundial y, en lo que respecta al mundo árabe, existe más incoherencia y fragmentación que nunca.

Todo eso ha realzado (si es que ésa es la palabra) y aumentado hasta el extremo los instintos homicidas de Sharon. En la práctica, ello quiere decir que puede causar más daño con más impunidad que antes, aunque, al mismo tiempo, sus esfuerzos y toda su carrera se están viendo más perjudicados que nunca por un odio y una obstinada negación que, al final, no pueden contribuir al éxito político ni militar. Este tipo de conflictos entre pueblos poseen elementos que no pueden eliminarse con tanques ni fuerzas aéreas, y una guerra contra civiles desarmados -por más veces que Sharon pregone pesada y mecánicamente sus estúpidos mantras sobre el terror- no puede alcanzar nunca un resultado político realmente duradero, como el que le predicen sus sueños. Los palestinos no van a marcharse. Y Sharon acabará casi con seguridad desacreditado y rechazado por su pueblo. No tiene ningún plan, excepto destruir todo lo relacionado con Palestina y los palestinos. Ni siquiera su furiosa obsesión con Arafat y el terrorismo está sirviendo para mucho más que aumentar el prestigio del dirigente palestino y dejar clara su propia ceguera monomaniática.

En última instancia, Sharon es un problema de Israel. Lo que nos interesa a los palestinos es hacer todo lo que podamos desde el punto de vista moral para garantizar que, a pesar del enorme sufrimiento y la

destrucción que nos impone una guerra criminal, vamos a seguir adelante. Cuando un político tan respetado y prestigioso como el retirado Zbigniew Brzezinski dice explícitamente en televisión que Israel se está comportando como el régimen blanco racista del *apartheid* en Suráfrica, podemos estar seguros de que no es el único que opina así y que cada vez más ciudadanos estadounidenses y de otros países se sienten decepcionados y asqueados con Israel y lo consideran una carga enormemente onerosa para EE UU, que cuesta demasiado dinero, aumenta el aislamiento estadounidense y causa grave perjuicio a la reputación del país entre sus aliados y sus ciudadanos. Lo que en este momento tan difícil

Desde el final de la guerra fría, Europa se ha difuminado casi por completo a la hora de dirigir la opinión pública, las imágenes y las ideas. El principal campo de batalla es Estados Unidos (pese a estar también fuera de Palestina).

hay que preguntarse es qué lecciones racionales podemos extraer de la crisis actual que sean necesarias para nuestros planes futuros.

Lo que voy a decir ahora es muy selectivo, pero es el modesto fruto de muchos años de trabajar por la causa palestina y de ser una persona que pertenece al mundo árabe y al occidental. No puedo saber ni decir todo, pero he aquí algunas ideas que sí puedo aportar en estos momentos tan difíciles. Cada uno de los cuatro puntos siguientes está relacionado con el otro.

1. Para bien o para mal, Palestina no es sólo una causa árabe e islámica, sino que es importante para muchos mundos diferentes y contradictorios pero relacionados entre sí. Trabajar a favor de Palestina exige conocer todas esas dimensiones y reflexionar sobre ellas sin cesar. Para ello son necesarios dirigentes muy preparados, atentos y que cuenten con respaldo democrático. Sobre todo, como nunca se cansaba Mandela de decir sobre su lucha, debemos ser conscientes de que Palestina es una de las grandes causas morales de nuestro tiempo y, como tal, debemos abordarla. No es un asunto para comerciar, regatear o hacer carrera con él. Es una causa justa que debe permitir a los palestinos hacer suya la razón moral y conservarla.

2. Existen distintos tipos de poder, de los que el más visible es, por supuesto, el militar. Lo que permite que Israel actúe como

lo hace con los palestinos desde hace 54 años es consecuencia de una campaña minuciosa y científicamente planeada para dar validez a sus acciones y, al mismo tiempo, devaluar y borrar las acciones palestinas. No hablamos sólo de mantener un ejército poderoso, sino de organizar la opinión pública, sobre todo en Estados Unidos y Europa occidental, de un poder derivado del trabajo lento y metódico para presentar la posición de Israel como una postura con la que es fácil identificarse, mientras que a los palestinos se les considera enemigos de Israel y, por tanto, repugnantes, peligrosos y adversarios 'nuestros'. Desde el final de la guerra fría, Europa se ha difuminado casi por completo a la hora de dirigir la opinión pública, las imágenes y las ideas. El principal campo de batalla es Estados Unidos (pese a estar también fuera de Palestina). No hemos aprendido la importancia de organizar sistemáticamente nuestra labor política en este país a gran escala para que, por ejemplo, el estadounidense medio no piense inmediatamente en 'terrorismo' cada vez que oye la palabra 'palestino'. Dicha organización sería, literalmente, una protección para todo lo que pudiéramos ganar mediante nuestra resistencia sobre el terreno frente a la ocupación israelí.

Quiero decir que lo que permite que Israel actúe con impunidad contra nosotros es que no estamos protegidos por ningún grupo de opinión capaz de impedir que Sharon lleve a cabo sus crímenes de guerra y diga que lo que hace es combatir el terrorismo. Por ejemplo, dada la inmensa fuerza que tienen, con su insistencia, su repetición y su capacidad de difusión, las imágenes de CNN -en las que la expresión 'terrorista suicida' se repite 100 veces por hora a beneficio del consumidor y contribuyente estadounidense-, es una negligencia supina no contar con un equipo de gente como Hanan Ashrawi, Leila Shahid, Ghassan Khatib y Afif Safie -por mencionar sólo a unos cuantos- en Washington, dispuestos a acudir a CNN o cualquiera de las otras cadenas para contar la historia de los palestinos, presentar un contexto y una interpretación, proporcionarnos una presencia moral y narrativa que tenga un valor positivo, y no sólo negativo. Necesitamos unos dirigentes que comprendan que ésta es una de las enseñanzas fundamentales de la política moderna, en la era de las comunicaciones electrónicas. No haberlo entendido así es uno de los factores de la tragedia actual.

3. No sirve de nada actuar políticamente y de forma responsable, en un mundo dominado por una superpotencia, sin tener un profundo conocimiento de dicha superpotencia, es decir, Estados Unidos: su historia, sus instituciones, sus corrientes y contracorrientes, su política y cultura. Y, sobre todo, un perfecto conocimiento de su idioma. Cuando oigo a nuestros portavoces, y a los demás árabes, decir

las cosas más ridículas sobre EE UU, ponerse a su merced, maldecirlo en un instante y pedirle ayuda al siguiente, todo ello en un inglés macarrónico y patético, veo tal estado de primitiva incompetencia que dan ganas de llorar. EE UU no es monolítico. Tenemos amigos y tenemos posibles amigos. Podemos cultivar, movilizar y aprovechar nuestras comunidades y las comunidades relacionadas con ellas como parte de nuestra política de liberación, como hicieron los surafricanos y como hicieron los argelinos en Francia durante su lucha por la independencia. Planificación, disciplina y coordinación. No hemos comprendido en absoluto la política de la no violencia. Es más, tampoco hemos comprendido la importancia de intentar hablar directamente a los israelíes, como el Congreso Nacional Africano hablaba a los surafricanos blancos, dentro de una política de inclusión y respeto mutuo. Nuestra respuesta al exclusivismo y la beligerancia de Israel es la coexistencia. No es una concesión: es crear solidaridad y, de esa forma, aislar a los exclusivistas, los racistas y los fundamentalistas.

4. La lección más importante que debemos aprender sobre nosotros mismos está clara en las terribles tragedias de lo que está haciendo Israel en los territorios ocupados. La realidad es que somos un pueblo y una sociedad y, a pesar del feroz ataque de Israel contra la Autoridad, nuestra sociedad sigue funcionando. Somos un pueblo porque tenemos una sociedad que sigue funcionando -y funciona desde hace 54 años- a pesar de todos los malos tratos, las crueldades de la historia, las desgracias que hemos sufrido, las tragedias que hemos padecido como pueblo. Nuestra mayor victoria sobre Israel es que las personas como Sharon no son capaces de comprenderlo y por eso están condenadas al fracaso, a pesar de su poderío y su horrible e inhumana crueldad. Hemos superado las tragedias y los recuerdos de nuestro pasado, mientras que los israelíes como Sharon, no. Él irá a la tumba sólo como un asesino de árabes y un político fracasado que llevó más malestar e inseguridad a su pueblo. El legado de un dirigente debe consistir en dejar algo sobre lo que puedan apoyarse las generaciones futuras. Sharon, Mofaz, y todos los que han colaborado en esta sádica campaña de intimidaciones, muerte y carnicería no dejarán nada más que sus lápidas. La negación engendra negación.

Como palestinos, en mi opinión, podemos decir que dejamos una visión y una sociedad que ha sobrevivido a todos los intentos de acabar con ella. Y eso es importante. A partir de ahí, será la generación de nuestros hijos la que tenga que seguir adelante, con espíritu crítico y racional, con esperanza y tolerancia.

Lo que ha hecho Israel

A pesar de los esfuerzos de Israel para limitar la información sobre la inmensamente destructiva invasión de las ciudades y los campos de refugiados palestinos de Cisjordania, se han filtrado noticias e imágenes. Internet ha proporcionado cientos de testimonios directos, verbales y visuales, y también lo han hecho los informativos de las televisiones árabes y europeas, en su mayor parte inaccesibles, bloqueadas o eliminadas de los principales medios de comunicación estadounidenses. Son pruebas de en qué ha consistido (desde siempre) la campaña de Israel, la conquista irreversible de la sociedad y las tierras palestinas. La versión oficial (que EE UU y casi todos los comentaristas de los medios norteamericanos han apoyado en lo fundamental) es que Israel sólo se defiende cuando toma represalias por los atentados suicidas que han dañado su seguridad e incluso amenazado su existencia. Esta afirmación se ha convertido en una verdad absoluta, en la que no se tiene en cuenta ni lo que ha hecho Israel ni lo que de verdad le han hecho.

Deshacer la red terrorista, destruir su infraestructura, atacar sus nidos (adviértase la total deshumanización de estas expresiones): estas frases se repiten tanto y de forma tan automática que han dado a Israel el derecho a hacer lo que quiere, es decir, aniquilar la vida civil palestina, con la mayor cantidad posible de daño, destrucción gratuita, muerte, humillación, vandalismo y violencia abrumadora y sin sentido. Ningún otro Estado en el mundo habría podido haber hecho lo mismo que Israel y contar con la aprobación y el apoyo de Estados Unidos. Ninguno ha sido más intransigente y destructivo, ninguno se ha mostrado más alejado de su propia realidad que Israel.

No obstante, existen indicios de que esas afirmaciones sorprendentes, por no decir grotescas (su 'lucha por la existencia'), se están viendo socavadas lentamente por los estragos espantosos y casi inimaginables causados por el Estado judío y su primer ministro homicida, Ariel Sharon. Como en la información de Serge Schmemmann (que no es ningún propagandista palestino) aparecida en la primera página de *The New York Times* el 11 de abril bajo el título «Los ataques convierten los planes palestinos en metal retorcido y montones de polvo»: «No hay manera de evaluar totalmente los daños en pueblos y ciudades -Ramala, Belén, Tulkarem, Qalqilya, Nablús y Yenín- mientras permanezcan estrechamente sitiados, con patrullas y francotiradores que disparan en las calles. Pero podemos decir, sin temor a equivocarnos, que ha quedado destruida la infraestructura necesaria para vivir y para construir cualquier futuro Estado palestino -carreteras, escuelas, postes eléctricos, conducciones de agua, líneas telefónicas-'. ¿Qué cálculo inhumano llevó al ejército de Israel a asediar durante más

de una semana -con 50 carros de combate, 250 misiles lanzados al día y docenas de incursiones de F-16- el campo de refugiados de Yenín, un kilómetro cuadrado de barracones que albergaban a 15.000 refugiados y a unas cuantas docenas de hombres dotados de fusiles automáticos -y sin ningún tipo de defensas, jefes, misiles, carros, nada-, y decir que era una respuesta contra la violencia terrorista y las amenazas a la supervivencia de Israel? Se dice que hay cientos de personas enterradas entre las ruinas del campamento. ¿Acaso los civiles palestinos, hombres, mujeres y niños, no son sino ratas o cucarachas a las que se puede matar y atacar a millares sin una palabra de compasión o de defensa?

No es posible concebir la paz, en mi opinión, si ésta no aborda el verdadero problema, que es la tajante negativa de Israel a aceptar la existencia soberana de un pueblo palestino con derechos sobre las que Sharon y la mayoría de sus partidarios consideran tierras exclusivas del Gran Israel.

¿Y qué decir de la captura de miles de palestinos a los que los soldados israelíes se han llevado sin dejar huella, de la desolación y el desamparo de tantas personas corrientes que intentan sobrevivir en las ruinas producidas por las excavadoras israelíes en toda Cisjordania, de un asedio que se prolonga desde hace meses, de los cortes de electricidad y agua en todas las ciudades palestinas, de los largos días de toque de queda total, de la escasez de alimentos y medicinas, de los heridos desangrados hasta morir, de los ataques sistemáticos contra ambulancias y personal humanitario, que incluso alguien tan discreto como Kofi Annan ha calificado de indignantes? Estas acciones no caerán fácilmente en el olvido. Los amigos de Israel deben preguntarle cómo su política suicida puede servir para alcanzar la paz, la aceptación y la seguridad.

La monstruosa transformación de todo un pueblo en poco más que 'militantes' y 'terroristas', gracias al aparato de propaganda más formidable y temido del mundo, ha permitido al ejército de Israel y a su flota de escritores y defensores eliminar una historia terrible de sufrimientos y malos tratos para destruir con impunidad la existencia civil del pueblo palestino. Han desaparecido de la memoria la destrucción de la sociedad palestina y la creación de un pueblo desposeído en 1948; la conquista de Gaza y Cisjordania y su ocupación militar desde 1967; la invasión de 1982 en la que murieron 17.500 libaneses

y palestinos y las matanzas de Sabra y Chatila; los ataques continuos contra escuelas palestinas, campos de refugiados, hospitales, instalaciones civiles de todo tipo. ¿Qué objetivo antiterrorista es de destruir el edificio y eliminar los archivos del Ministerio de Educación, el Ayuntamiento de Ramala, la Oficina Central de Estadística, varios organismos especializados en derechos civiles, salud y desarrollo económico, hospitales, emisoras de radio y televisión? ¿No es evidente que Sharon está empeñado, no sólo en ‘quebrar’ a los palestinos, sino en intentar eliminarles como pueblo dotado de instituciones nacionales?

En este contexto de disparidad y asimetría de poder, parece una locura seguir pidiendo a los palestinos, que no tienen ni ejército, ni fuerza aérea, ni carros de combate, ni defensas de ningún tipo, ni una dirección competente, que ‘renuncien’ a la violencia, mientras no se impone una limitación comparable sobre las acciones de Israel. Ni siquiera la cuestión de los atentados suicidas, a los que siempre me he opuesto, puede examinarse con arreglo a un racismo oculto que da más valor a las vidas de los israelíes que a todas las vidas palestinas perdidas, rotas, trastornadas y acortadas por la prolongada ocupación militar y la barbarie sistemática abiertamente empleada por Sharon contra los palestinos desde el comienzo de su carrera, en los años cincuenta, y hasta ahora.

No es posible concebir la paz, en mi opinión, si ésta no aborda el verdadero problema, que es la tajante negativa de Israel a aceptar la existencia soberana de un pueblo palestino con derechos sobre las que Sharon y la mayoría de sus partidarios consideran tierras exclusivas del Gran Israel, es decir, Cisjordania y Gaza. *The Financial Times* trazaba, en su número del 6-7 de abril, un perfil de Sharon que terminaba con un revelador extracto de su autobiografía. Primero, el periódico explicaba que «ha escrito con orgullo sobre la convicción de sus padres de que judíos y árabes podían vivir juntos». A continuación, citaba a Sharon: «Pero creían sin vacilaciones que ellos eran los únicos que tenían derecho a la tierra. Y nadie les iba a expulsar de ella, ni mediante el terror ni de ninguna otra forma. Cuando la tierra te pertenece físicamente... tienes poder, no sólo poder físico, sino poder espiritual.»

En 1988, la OLP hizo la concesión de declarar aceptable la división de la Palestina histórica en dos Estados. Esta postura quedó confirmada en numerosas ocasiones y, desde luego, en los documentos de Oslo. Pero ese concepto de partición sólo lo reconocieron explícitamente los palestinos. Israel nunca lo ha hecho. Por eso hay hoy más de 170 asentamientos en territorio palestino; por eso hay 500 kilómetros de carreteras que los unen entre sí e impiden los movimientos de los palestinos (según Jeff Halper, del Comité Israelí contra la Demolición

de Casas, esa red de carreteras cuesta 3.000 millones de dólares y está financiada por EE UU); por eso no ha habido ningún primer ministro israelí, tras Rabin, que haya concedido alguna soberanía real a los palestinos, y por eso, claro está, han ido creciendo los asentamientos año tras año. Una rápida mirada a un mapa reciente de los territorios revela lo que ha hecho Israel durante el proceso de paz, y qué reducción y discontinuidad geográfica ha sufrido la vida palestina como consecuencia. Israel considera que el pueblo judío es el propietario de todo el territorio del país; existen leyes de propiedad de tierras que así lo garantizan, mientras que, en Cisjordania y Gaza, esa misma función la cumplen la red de asentamientos y carreteras y la falta de concesiones a propósito de la soberanía palestina sobre la tierra.

Lo asombroso es que ninguna autoridad -ni estadounidense, ni palestina, ni árabe, ni de la ONU, ni europea...- se haya enfrentado a Israel por esta cuestión, que aparece en todos los documentos, procedimientos y acuerdos de Oslo. Ésa es la razón de que, casi diez años después de las 'negociaciones de paz', Israel siga controlando Gaza y Cisjordania. Es un control (¿posesión?) del que hoy se encargan más de 1.000 carros de combate y miles de soldados, pero el principio básico es el mismo. Ningún dirigente israelí (desde luego no Sharon, con sus partidarios de Tierra de Israel, que constituyen la mayoría en el Gobierno) ha reconocido oficialmente los territorios ocupados como tales ni ha admitido que los palestinos podrían tener teóricamente derechos de soberanía, es decir, sin el control israelí sobre las fronteras, el agua, el aire y la seguridad, en lo que la mayor parte del mundo considera tierra palestina. Por consiguiente, hablar de la 'idea' de un Estado palestino, tan de moda, se quedará desgraciadamente en eso mientras un Gobierno israelí no ceda de forma clara y oficial en el tema de la posesión de la tierra y la soberanía. Ninguno lo ha hecho ni creo que lo vaya a hacer en un futuro próximo. Es preciso recordar que Israel es hoy el único Estado del mundo que nunca ha tenido unas fronteras fijadas internacionalmente; el único Estado que no es Estado de sus ciudadanos, sino de todo el pueblo judío; el único Estado en el que más del 90% de la tierra está en fideicomiso para uso exclusivo del pueblo judío. Si pensamos que, además, es el único Estado que nunca ha reconocido ninguna de las grandes disposiciones del derecho internacional, ello nos indica hasta qué punto es profundo y espinoso el rechazo absoluto con el que se han encontrado los palestinos.

Por ese motivo me producen escepticismo las discusiones y reuniones para hablar de paz, una palabra hermosa pero que, en el contexto actual, significa que los palestinos dejen de resistirse al control israelí sobre su tierra. Dos de los numerosos defectos de la terrible

labor de Arafat como dirigente (por no hablar de los líderes árabes en general, aún más lamentables) son que nunca hizo que las negociaciones desarrolladas a lo largo de una década en Oslo se centraran en la propiedad de la tierra, por lo que nunca presionó a los israelíes para que se declararan dispuestos a ceder el derecho a las tierras palestinas, ni pidió que se exigiera a Israel que admitiera alguna responsabilidad por el sufrimiento de su pueblo. Ahora me inquieta que, de nuevo, sólo pretenda volver a salvarse a sí mismo, cuando lo que necesitamos, en realidad, son observadores internacionales que nos protejan y nuevas elecciones que garanticen un auténtico futuro político para el pueblo palestino.

El interrogante fundamental que deben plantearse Israel y su pueblo es éste: ¿están dispuestos, jurídicamente, a asumir los derechos y las obligaciones de ser un país como cualquier otro, y renunciar a esas afirmaciones imposibles sobre la propiedad de la tierra por las que han luchado desde el principio Sharon, sus padres y sus soldados? En 1948, los palestinos perdieron el 78 % de su tierra. En 1967 perdieron el 22 % restante. En ambas ocasiones fue a parar a Israel. Ahora, la comunidad internacional debe imponer a Israel el deber de aceptar el principio de la partición real -y no ficticia- y limitar sus insostenibles reivindicaciones extraterritoriales, esas pretensiones absurdas basadas en la Biblia y unas leyes que le han permitido hasta hoy anular a otro pueblo. ¿Por qué se permite ese tipo de fundamentalismo? Hasta ahora, lo único que hemos oído es que los palestinos deben renunciar a la violencia y condenar el terror. ¿Es que nunca se va a exigir a Israel nada importante, es que puede seguir haciendo lo mismo que hasta ahora, sin pensar en las consecuencias? Ésa es la pregunta fundamental que debe hacerse sobre su existencia: si es capaz de seguir adelante siendo un Estado como todos los demás, o si va a tener que estar siempre por encima de los deberes y las limitaciones de todos los demás Estados del mundo. La historia no resulta tranquilizadora.

20 de abril de 2002

EE UU y los árabes

Incluso acostumbrados a la pésima calidad de sus demás discursos, las palabras que pronunció George W. Bush el 24 de junio sobre Oriente Próximo son un ejemplo sorprendente de esa execrable combinación de ideas confusas, palabras que no quieren decir nada en el mundo real, acusaciones santurronas y racistas contra los palestinos, ceguera increíble -una ceguera engañosa ante las realidades de una invasión y

una conquista por parte de Israel que van en contra de todas las leyes de la paz y la guerra-, todo ello envuelto en el tono suficiente de un juez moralista, obstinado e ignorante que se ha arrogado privilegios divinos; una combinación que domina en la actualidad la política exterior estadounidense. Y todo ello -es importante recordarlo-, por parte de un hombre que prácticamente robó unas elecciones que no había ganado y cuyo historial como gobernador de Tejas incluye los peores niveles de contaminación, escándalos de corrupción, los mayores índices de población carcelaria y aplicación de la pena de muerte del mundo. Este hombre dudosamente dotado, con escasos dones salvo la ciega

Más de 50 años de negociaciones árabes y palestinas con EE UU han ido a parar a la basura con el fin de que Bush y sus asesores pudieran convencerse a sí mismos y a gran parte del electorado de su misión divina de exterminar el terrorismo.

búsqueda del dinero y el poder, tiene la capacidad de condenar a los palestinos a estar, no sólo a merced del criminal de guerra Sharon, sino a merced de las negativas consecuencias de las vacuas condenas que él mismo hace. Rodeado de tres de los políticos más corruptos del mundo (Powell, Rumsfeld y Rice), pronunció su discurso del 24 de junio con la voz entrecortada propia de un mediocre estudiante de oratoria y, con sus palabras, permitió a Sharon matar o herir a muchos más palestinos en una ocupación militar ilegal que cuenta con el apoyo de EE UU.

No es sólo que el discurso de Bush careciera de todo conocimiento histórico sobre lo que proponía, sino que su capacidad de causar gran daño es inmensa. Era como si Sharon hubiera escrito el texto, mezclando la desproporcionada obsesión de los estadounidenses por el terrorismo con el empeño de Sharon en eliminar la vida nacional palestina con la explicación del terrorismo y la supremacía judía en 'la tierra de Israel'. En cuanto a lo demás, ni las concesiones superficiales de Bush a un Estado palestino 'provisional' (si es que esto quiere decir algo, ¿tal vez es análogo a un embarazo provisional?) ni sus observaciones de pasada sobre las acciones para mitigar las dificultades de la vida palestina aportaron a su discurso nada que mereciera la generalizada reacción positiva -yo diría que incluso cómica- suscitada entre los dirigentes árabes, con Yasir Arafat encabezando las muestras de entusiasmo.

Más de 50 años de negociaciones árabes y palestinas con EE UU han ido a parar a la basura con el fin de que Bush y sus asesores pudieran convencerse a sí mismos y a gran parte del electorado de su misión divina de exterminar el terrorismo, es decir, en definitiva, de acabar con los enemigos de Israel. Un rápido repaso a esos 50 años ofrece pruebas espectaculares de que ni las actitudes desafiantes ni las actitudes sumisas de los árabes han servido para cambiar las ideas de EE UU sobre sus intereses en Oriente Próximo, un dominio regional cuyos dos principales aspectos siguen siendo el abastecimiento rápido y barato de petróleo y la protección de Israel. Desde Nasser hasta Bashar, Abdulá y Mubarak, la política árabe ha dado un giro de 180 grados, pero los resultados han sido siempre, más o menos, los mismos.

Primero, en los años posteriores a la independencia, hubo una actitud desafiante por parte de los árabes, inspirada por la filosofía anti-imperialista y anti-guerra fría de Bandung y Nasser. El final, catastrófico, llegó en 1967. A partir de entonces, bajo la dirección del Egipto de Sadat, se produjo el cambio que permitió la cooperación entre EE UU y los árabes, con la justificación totalmente falsa de que los norteamericanos tenían el 99% de las cartas en la mano. Lo que quedaba de la cooperación entre árabes fue marchitándose lentamente, desde su momento culminante en la guerra de 1973 y el embargo del petróleo hasta una guerra fría del mundo árabe que enfrentó a diversos Estados unos contra otros. A veces, como en Kuwait y Líbano, los Estados débiles y pequeños se convirtieron en el campo de batalla, pero, a la hora de la verdad, la corriente oficial de pensamiento del sistema de Estados árabes se centró exclusivamente en que EE UU era el elemento fundamental de la política árabe. Con la primera guerra del Golfo (pronto habrá una segunda) y el final de la guerra fría, EE UU quedó como única superpotencia, y esto, en vez de suscitar una revisión de la política árabe, empujó a los distintos Estados a una mayor adhesión individual -mejor dicho, bilateral- a Washington, cuya reacción consistió en darlo por descontados. Las cumbres árabes dejaron de ser ocasiones en las que proponer posturas creíbles y pasaron a ser objeto de desprecio y ridículo. Los políticos estadounidenses pronto se dieron cuenta de que los dirigentes árabes no representaban demasiado a sus países ni, mucho menos, al mundo árabe en su conjunto; además, no hacía falta ser un genio para observar que los diversos acuerdos bilaterales entre los líderes árabes y EE UU eran más importantes para la seguridad de sus regímenes que para los estadounidenses. Por no hablar de las envidias y mezquinas antipatías que prácticamente arrebataron al pueblo árabe la posibilidad de ser

una potencia en el mundo moderno. No es raro que los palestinos que hoy sufren los horrores de la ocupación israelí culpen a 'los árabes' tanto como a los judíos.

A principios de los ochenta, todas las regiones del mundo árabe estaban dispuestas a alcanzar la paz con Israel como forma de asegurarse la buena fe de EE UU: por ejemplo, el Plan Fez de 1982, que estipulaba la paz con Israel a cambio de la retirada de todos los territorios ocupados. La cumbre árabe de marzo de 2002 representó la misma escena por segunda vez -habría que añadir que, en esta ocasión como farsa-, con los mismos resultados prácticamente inapreciables. Fue precisamente a partir de aquel momento, hace dos décadas, cuando la política estadounidense sobre Palestina cambió de intereses, para empeorar. Como destaca una antigua analista de la CIA, Kathleen Christison, en un estudio excelente publicado en la revista *Counterpunch* (16-31 de mayo de 2002), la Administración de Reagan -y luego, con más entusiasmo, la de Clinton- abandonó la vieja fórmula de tierras por paz justo cuando, paradójicamente, la política árabe en general y la palestina en particular había concentrado sus energías en aplacar a EE UU en todos los frentes posibles. En noviembre de 1988, la OLP abandonó oficialmente la «liberación» y, en la reunión del CNP de Argel (a la que yo asistí como miembro), votó por la partición y la coexistencia de dos Estados; en diciembre de ese año, Arafat renunció públicamente al terrorismo y en Túnez comenzó un diálogo entre la OLP y EE UU.

El nuevo orden árabe surgido tras la guerra del Golfo institucionalizó el tráfico en una sola dirección entre árabes y estadounidenses: los árabes daban y EE UU concedía cada vez más cosas a Israel. Los palestinos acudieron a la Conferencia de Madrid de 1991 con la idea de que Estados Unidos iba a reconocerlos y convencería a Israel para hacer lo mismo. Recuerdo con claridad que, durante el verano de 1991, Arafat nos pidió a un grupo de miembros destacados de la OLP y de personalidades que formuláramos una serie de garantías exigibles a EE UU para incorporarnos a la reunión de Madrid, que (aunque en ese momento no lo sabíamos) desembocaría en el proceso de Oslo de 1993. Arafat vetó todas nuestras sugerencias. Sólo quería garantías de que él iba a seguir siendo el principal negociador de los palestinos; no parecía importarle ninguna otra cosa, pese a que había una buena delegación de Gaza y Cisjordania, encabezada por Haidar Abdel Shafir, que estaba negociando en Washington con un duro equipo israelí al que Shamir había ordenado que no cediera en nada y que prolongara las conversaciones durante 10 años si era necesario. Lo que quería Arafat era debilitar a toda su gente a base de ofrecer más concesiones -por lo que no

hizo ninguna exigencia previa a Israel ni a EE UU- para asegurar su permanencia en el poder.

Todo eso, unido al ambiente predominante tras 1967, afianzó sólidamente la dinámica Palestina-Estados Unidos en las distorsiones de Oslo y del periodo post-Oslo, que ya tienen carácter permanente. Por lo que yo sé, EE UU nunca ha exigido a la Autoridad Palestina (ni a ningún otro régimen árabe) que establezca procedimientos democráticos. Muy al contrario, tanto Clinton como Gore aprobaron públicamente los tribunales de la Seguridad Palestina en sus respectivas visitas a Gaza y Jericó, y dijeron poca cosa, o ninguna, de la necesidad de acabar con la corrupción, los monopolios, etcétera. Yo llevaba escribiendo sobre los problemas del Gobierno de Arafat desde mediados de los noventa y recibiendo reacciones de indiferencia o franco desprecio ante lo que decía (que, en su mayor parte, demostró ser acertado). Me acusaron de utopismo y falta de pragmatismo y realismo. Era evidente que un concierto de intereses, tanto para los israelíes y los estadounidenses como para el resto de los países árabes, produjo el nacimiento de la Autoridad y la mantuvo en su sitio, primero como policía al servicio de los israelíes y luego como objetivo del odio de Israel. Arafat no permitió el desarrollo de ninguna resistencia real contra la ocupación, y siguió dejando que las bandas de activistas, las diversas facciones de la OLP y las fuerzas de seguridad camparan por sus respetos en la sociedad civil. Se ganó mucho dinero ilícito y la población en su conjunto perdió más del 50% de su nivel de vida anterior a Oslo.

Todo cambió con la Intifada y con el Gobierno de Barak, que preparó el terreno para la reaparición en escena de Sharon. Pero la política de los árabes siguió consistiendo en aplacar a los estadounidenses. Un pequeño ejemplo es cómo se modificaron las declaraciones de los árabes en Estados Unidos. Abdulá de Jordania dejó de criticar a Israel en la televisión estadounidense y empezó a referirse siempre a la necesidad de que 'las dos partes' detuvieran 'la violencia'. El mismo lenguaje se oyó en boca de otros portavoces de países árabes importantes, lo cual quería decir, en definitiva, que Palestina ya no era una injusticia que había que reparar sino una molestia que era preciso contener.

Lo más importante de todo es que ese conjunto de factores -las declaraciones, la propaganda israelí, el desprecio estadounidense hacia los árabes y la incapacidad árabe (y palestina) de formular y representar los intereses de su propio pueblo- ha provocado una inmensa deshumanización de los palestinos, cuyos tremendos sufrimientos de todos los días, de cada hora, de cada minuto, nadie reconoce. Es como si los palestinos no existieran más que cuando alguien lleva a cabo un acto terrorista; entonces, todo el mundo mediático se apresura

a ahogar su existencia como pueblo vivo y sensible, con una historia real y una sociedad real, a base de cubrirlos con un enorme manto en el que se lee 'terroristas'. En toda la historia moderna, no conozco ningún caso de deshumanización sistemática que se aproxime a éste, pese a las voces discrepantes ocasionales.

Lo que me preocupa, sobre todo, es la cooperación de árabes y palestinos (colaboración sería una palabra más adecuada) en esa deshumanización. Nuestros escasos representantes en los medios de comunicación se pronuncian, en el mejor de los casos, con competencia y sin pasión sobre los méritos del discurso de Bush o el Plan

***Necesitamos una nueva Constitución,
no una ley esencial manipulada por
Arafat; necesitamos una auténtica
democracia representativa que sólo
los palestinos pueden darse a sí
mismos, a través de una Asamblea
constituyente.***

Mitchell, pero nunca les he visto mostrar los sufrimientos de su pueblo, su historia, su realidad. He hablado muchas veces sobre la necesidad de una campaña masiva en EE UU contra la ocupación, pero, al final, he llegado a la conclusión de que, bajo esta espantosa y kafkiana ocupación israelí, los palestinos tienen pocas posibilidades de hacerla. En lo que sí creo que tenemos posibilidades es en el intento (que sugería en mi último artículo sobre las elecciones palestinas [EL PAÍS, 18.6.02]) de establecer una asamblea constituyente asentada en la base. Llevamos tanto tiempo siendo objetos pasivos de la política de Israel y los árabes que no nos damos la suficiente cuenta de lo importante y urgente que es que los palestinos den por su cuenta un paso fundacional hacia la independencia, intenten instituir un nuevo proceso de construcción que genere legitimidad y la posibilidad de tener un sistema de gobierno mejor que el actual. Todos los cambios de Gabinete y las elecciones que se han anunciado hasta ahora son juegos ridículos que aprovechan los fragmentos y las ruinas de Oslo. Para Arafat y su asamblea, empezar a planear la democracia es como intentar reunir los pedazos de un cristal hecho añicos.

Ahora bien, por suerte, la nueva Iniciativa Nacional Palestina anunciada hace dos semanas por sus autores, Ibrahim Dakkak, Mostafa Barghouti y Haidar Abdel Shafi, responde exactamente a esta

necesidad, que nace del fracaso de la OLP y grupos como Hamás a la hora de ofrecer una vía de avance que no dependa (ridículamente, en mi opinión) de la buena voluntad de estadounidenses e israelíes. La Iniciativa propone una visión de paz con justicia, coexistencia y -cosa muy importante- una democracia social secular para nuestro pueblo, algo único en la historia palestina. Sólo unas personas independientes con raíces firmes en la sociedad civil, limpias de toda colaboración y corrupción, pueden aspirar a perfilar la nueva legitimidad que hace falta. Necesitamos una nueva Constitución, no una ley esencial manipulada por Arafat; necesitamos una auténtica democracia representativa que sólo los palestinos pueden darse a sí mismos, a través de una Asamblea constituyente. Ésta es la única medida positiva capaz de invertir el proceso de deshumanización que ha infectado tantos sectores del mundo árabe. En caso contrario, nos hundiremos en nuestro sufrimiento y seguiremos padeciendo las horribles tribulaciones del castigo colectivo de Israel, que sólo puede detenerse con una independencia política colectiva para la que todavía tenemos gran capacidad. Jamás lo harán la buena voluntad y la famosa ‘moderación’ de Colin Powell hacia nosotros. Jamás.

24 de julio de 2002

La muerte lenta: un castigo minucioso

Aparte del lógico malestar físico, estar enfermo durante largo tiempo llena el ánimo de una terrible sensación de desamparo, pero también de periodos de lucidez analítica que hay que saber apreciar. En los tres últimos meses he entrado y salido varias veces del hospital y mis días se han caracterizado por largos y dolorosos tratamientos, transfusiones de sangre, análisis interminables, horas y horas improductivas de mirar al techo, una fatiga y una infección agotadoras, la imposibilidad de trabajar normalmente y la oportunidad de pensar, pensar, pensar... Pero también hay ratos intermitentes de lucidez y reflexión que, en ocasiones, ofrecen a uno la perspectiva de una vida cotidiana que permite ver las cosas de otra forma (aunque sin poder hacer gran cosa al respecto).

Leyendo las noticias de Palestina y viendo las espantosas imágenes de muerte y destrucción en televisión, deduje una serie de detalles de la política del Gobierno israelí, especialmente de los procesos mentales de Sharon, que me han dejado absolutamente asombrado y horrorizado. Cuando me enteré de que, tras el reciente bombardeo de Gaza por parte de uno de sus F-16, en el que murieron nueve niños,

había felicitado al piloto y se había mostrado orgulloso del gran éxito israelí, comprendí con mucha más claridad no sólo hasta dónde puede llegar una mente perturbada a la hora de planificar y dar órdenes, sino cómo se las arregla para convencer a otras mentes y hacer que piensen del mismo modo delirante y criminal. Entrar en la mente oficial israelí es una experiencia escabrosa pero que merece la pena.

En Occidente se ha prestado, sin embargo, una reiterada y poco edificante atención a los atentados suicidas palestinos, y esa distorsión tan burda de la realidad ha oscurecido por completo algo mucho peor: esa maldad oficial israelí, tal vez exclusiva de Sharon, que, de forma tan deliberada y metódica ha visitado al pueblo palestino. Los atentados suicidas son reprobables, pero también consecuencia directa y, en mi opinión, programada, de años de abusos, impotencia y desesperación. Tienen muy poca relación con la presunta tendencia árabe o musulmana a la violencia. Sharon desea el terrorismo, no la paz, y hace todo lo que puede para crear las condiciones que lo favorezcan. Sin por ello negar todo su horror, considero que a la violencia palestina -reacción de un pueblo desesperado y terriblemente oprimido- se le ha arrebatado su contexto, el terrible sufrimiento del que nace; no se ve que es un fracaso de la humanidad, lo cual no le resta horror pero lo sitúa en una realidad histórica y geográfica.

Nunca se da la menor oportunidad para ver el contexto del terrorismo palestino -que, por supuesto, es terrorismo-, porque implacablemente se ha considerado un fenómeno aparte, un mal puro y gratuito contra el que Israel, presuntamente en nombre del bien, lucha virtuosamente con sus horribles actos de violencia desproporcionada contra una población de tres millones de civiles palestinos. No se trata sólo de cómo Israel manipula la opinión pública, sino de cómo ha explotado la campaña antiterrorista estadounidense, sin la que no habría podido hacer lo que ha hecho. (Es más, no se me ocurre ningún otro país de la tierra que haya llevado a cabo tales milagros de meticuloso sadismo contra toda una sociedad ante los ojos de los televidentes y haya salido bien librado.) El que esa maldad se haya incorporado conscientemente a la campaña antiterrorista de George W. Bush, que ha exacerbado con inmensa facilidad las fantasías y obsesiones de los estadounidenses, es un elemento importante de su ciega capacidad de destrucción.

Siguiendo el ejemplo de las brigadas de intelectuales estadounidenses entusiastas (y, en mi opinión, absolutamente corruptos) que tejen enormes marañas de falsedades sobre los buenos propósitos y lo necesario del imperialismo de EE UU, la sociedad israelí ha recurrido a numerosos profesores, intelectuales acostumbrados a elaborar

políticas y ex-militares que trabajan en empresas relacionadas con la defensa y las relaciones públicas, para que racionalicen y hagan convincentes una política inhumana de castigo, supuestamente basada en la necesidad de seguridad de Israel.

La seguridad israelí es, en estos momentos, un animal de fábula, una especie de unicornio. Se la persigue sin alcanzarla jamás, pero constituye el objetivo eterno de cualquier acción futura. El hecho de que sea cada vez menos segura y más inaceptable para sus vecinos apenas cuenta. Ahora bien, ¿alguien se opone a la idea de que la seguridad israelí deba definir el mundo moral en el que vivimos? No los dirigentes árabes y palestinos que llevan 30 años renunciando a todo por esa seguridad. ¿No habría que someterlo a discusión, teniendo en cuenta que Israel con su arsenal nuclear, su fuerza aérea, su marina y su ejército financiados indefinidamente por el contribuyente estadounidense, ha causado más daño a los palestinos y otros árabes -en proporción con su tamaño- que cualquier otro país del mundo?

El resultado es que se ocultan los detalles del sufrimiento cotidiano de los palestinos y, lo que es más importante, que ese sufrimiento se cubre de una lógica que habla de defensa propia y persecución del terrorismo (infraestructura terrorista, guaridas, fábricas de bombas, sospechosos... la lista es infinita) de lo más conveniente para Sharon y para el lamentable George Bush. Es decir, las ideas sobre el terrorismo han adquirido vida propia, legitimada una y otra vez sin pruebas, lógica ni argumentos racionales.

Pensemos por ejemplo en la destrucción de Afganistán, por un lado, y, por otro, en los asesinatos 'selectivos' de casi cien palestinos (por no hablar de los miles de 'sospechosos' detenidos por soldados israelíes y todavía encarcelados): nadie pregunta si todos esos muertos eran de verdad terroristas o terroristas probados o -como era el caso de la mayoría- futuros terroristas. A todos se les considera peligrosos con meras afirmaciones no refutadas. Basta con uno o dos portavoces arrogantes, como el grosero Ranaan Gissin, Avi Pazner o Dore Gould, y con un continuo defensor de la ignorancia e incoherencia como Arei Fleischer en Washington, para que los objetivos en cuestión puedan considerarse muertos. Sin dudas, preguntas ni objeciones. Sin necesidad de pruebas ni otras delicadezas semejantes. El terrorismo y su obsesiva persecución se han convertido en un círculo autosuficiente de asesinato y muerte lenta de unos enemigos que no tienen voz ni voto.

Con la excepción de las informaciones de un puñado de periodistas y escritores intrépidos, como Amira Hass, Gideon Levy, Amos Elon, Tanya Leibowitz, Jeff Halper o Israel Shamir, el discurso público en los medios israelíes ha decaído enormemente en calidad y

honradez. El patriotismo y el apoyo ciego al Gobierno han sustituido a la reflexión escéptica y la seriedad moral. Pasó la época de Israel Shahak, Jakob Talmon y Yehoshua Leibowitch. Se me ocurren pocos profesores e intelectuales israelíes -hombres como Zeev Sternhell, Uri Avneri o Ilan Pappé- con el valor suficiente para distanciarse de ese estúpido debate sobre la 'seguridad' y el 'terrorismo', que parece haberse apoderado de los pacifistas israelíes y hasta de una oposición de izquierdas que mengua a toda velocidad. En nombre de Israel y el pueblo judío se cometen crímenes a diario, mientras los intelectuales charlan sobre la retirada estratégica, la oportunidad o no de incorpo-

Gaza está rodeada por tres lados de una alambrada electrificada y sus habitantes, encerrados como animales, no pueden moverse, no pueden trabajar, no pueden vender sus frutas y verduras, no pueden ir a la escuela.

rar los asentamientos o la de seguir construyendo el monstruoso muro (¿alguna vez se ha hecho realidad, en el mundo moderno, una idea tan absurda como la de colocar a varios millones de personas en una jaula y decir que no existen?), como si fueran generales o políticos y no intelectuales y artistas con opiniones independientes y cierto criterio moral. ¿Dónde están los equivalentes israelíes de Nadine Gordimer, André Brink, Athol Fugard, esos autores blancos que, inequívoca e implacablemente, criticaban la perversidad del *apartheid* surafricano? No en Israel, donde el discurso de los escritores e intelectuales se ha sumido en la confusión y repetición de la propaganda oficial, y donde la mayor parte de la literatura y el pensamiento de altura ha desaparecido hasta de las instituciones universitarias.

Pero, volviendo a las prácticas israelíes y la mentalidad que tan obstinadamente ha atenazado al país durante los últimos años, pensemos en el plan de Sharon. Implica nada menos que la aniquilación de todo un pueblo mediante métodos lentos y sistemáticos que consiguen asfixiar, asesinar y sofocar la vida cotidiana. Un elemento intrínseco es la implacable expropiación de la tierra palestina mediante los asentamientos, las zonas militares y la ocupación de pueblos y ciudades: de acuerdo con el proceso de Oslo, Israel cedió sólo el 18% de Cisjordania y el 60% de Gaza, dos zonas que ya ha vuelto a ocupar y

separar muchas veces. Kafka tiene un notable relato, *La colonia penal*, sobre un funcionario enloquecido que muestra una máquina de tortura fantásticamente detallada cuyo objetivo es escribir sobre el cuerpo de la víctima unas letras diminutas con una compleja combinación de agujas que acaban provocando que el preso muera desangrado.

Eso es lo que Sharon y sus entusiastas brigadas de verdugos están haciendo con los palestinos, y sólo encuentran una oposición muy limitada y simbólica. Cada palestino se ha convertido en un preso. Gaza está rodeada por tres lados de una alambrada electrificada y sus habitantes, encerrados como animales, no pueden moverse, no pueden trabajar, no pueden vender sus frutas y verduras, no pueden ir a la escuela. Están expuestos a las incursiones aéreas de los aviones y helicópteros israelíes y, por tierra, a los tanques y ametralladoras, que les disparan como a conejos. Gaza, pobre y hambrienta, es una pesadilla humana, en la que miles de soldados participan en la humillación, el castigo y el debilitamiento intolerable de todo palestino, sin tener en cuenta su edad, sexo o salud. El material médico se retiene en la frontera. A las ambulancias se las dispara o detiene. Cientos de casas son demolidas, cientos de miles de árboles, talados, grandes parcelas de terreno agrícola, destruidas en sistemáticos actos de castigo colectivo contra unos civiles que, en su mayor parte, son refugiados de la destrucción de su sociedad por Israel en 1948. La esperanza ha desaparecido del vocabulario palestino, sólo queda el puro desafío. Y, aun así, Sharon y sus sádicos siervos siguen hablando de erradicar el terrorismo mediante una ocupación progresiva que dura ya 35 años. Que, como toda brutalidad colonial, esa campaña sea inútil y sólo consiga que que los palestinos sean más desafiantes, y no menos, es algo en lo que Sharon, con su cerrazón, no piensa.

Cisjordania está ocupada por mil carros de combate israelíes cuyo único objetivo es disparar y aterrorizar a civiles. Los toques de queda duran hasta dos semanas seguidas. Las escuelas y universidades están cerradas o son inaccesibles. No se puede viajar, no sólo entre las nueve ciudades principales, sino dentro de cada ciudad. Los pueblos son páramos de edificios destruidos, oficinas saqueadas, redes eléctricas y conducciones de agua deliberadamente dañadas. El comercio está acabado. La desnutrición afecta a la mitad de los niños. Dos tercios de la población viven por debajo del umbral de pobreza de dos dólares diarios. En Yenín (donde no se investigó la destrucción del campo de refugiados por los tanques israelíes, un grave crimen de guerra, porque los burócratas internacionales como Kofi Annan retroceden cobardes ante las amenazas israelíes), los tanques disparan y matan a los niños, pero ello no es más que una gota en una corriente

interminable de muertes de civiles causadas por unos soldados que prestan leal servicio a la ilegal ocupación militar de Israel. Todos los palestinos son ‘presuntos terroristas’.

El alma de esta ocupación es la plena libertad en que se deja a los jóvenes reclutas israelíes para que sometan a los palestinos a todas las formas conocidas de tortura y humillación en los controles. Esperas al sol durante horas; detención de los suministros médicos y los productos frescos hasta que se pudren; insultos y palizas a placer; *jeeps* que arrollan repentinamente a los miles de civiles que hacen cola en esos innumerables controles que han hecho de la vida palestina un infierno asfixiante; órdenes que obligan a docenas de jóvenes a permanecer de rodillas al sol durante horas, que fuerzan a los hombres a quitarse la ropa; insultos y humillación de los padres ante sus hijos; prohibición de que pasen los enfermos sin otro motivo que el puro capricho. Y el número de muertes palestinas (el cuádruple que las israelíes) aumenta a diario, aunque no se contabilicen. Más ‘presuntos terroristas’, junto a sus mujeres y sus hijos, pero, eso sí, ‘nosotros’ lamentamos muchísimo esas muertes. Gracias.

Se dice que Israel es una democracia. Si lo es, es una democracia sin conciencia, con el alma presa de la obsesión de castigar al débil, fiel reflejo de la mentalidad psicópata de su gobernante, el general Sharon, cuya única idea -si es que se puede llamar así- es matar, reducir, mutilar y expulsar a los palestinos hasta que ‘se rindan’. Nunca ha mencionado otro objetivo más concreto para sus campañas, y, como el locuaz funcionario del relato de Kafka, se muestra orgulloso de su máquina de maltratar a los palestinos indefensos, mientras los filósofos y generales de su corte y el coro de fieles servidores estadounidenses le ofrecen, con sus grotescas mentiras, un monstruoso apoyo. Palestina no tiene un Ejército de ocupación, ni carros de combate, ni soldados, ni helicópteros ni artillería, ni un Gobierno propiamente dicho. Pero ahí están los ‘terroristas’ y la ‘violencia’, inventados por Israel para inscribir sus propias neurosis en los cuerpos de los palestinos, sin que la gran mayoría de los decepcionantes filósofos, intelectuales, artistas y pacifistas israelíes proteste. Hace meses que las escuelas, bibliotecas y universidades palestinas dejaron de funcionar, todavía estamos esperando a que los ruidosos defensores de la libertad de expresión y la libertad de cátedra de EE UU y Occidente alcen sus voces para protestar. Todavía no he visto una sola organización universitaria de Israel u Occidente que se haya pronunciado sobre esta terrible derogación del derecho de los palestinos a saber, aprender y asistir a la escuela.

En resumen, los palestinos tienen que sufrir una muerte lenta para que Israel pueda disponer de su seguridad, que está a la

vuelta de la esquina, pero no puede hacerse realidad por la especial 'inseguridad' israelí. Todo el mundo tiene que entender esto mientras que los gritos de los palestinos, los huérfanos, las ancianas enfermas, las comunidades atormentadas y los presos torturados ni se oyen ni se tienen en cuenta. Es evidente, nos dirán, que el objetivo de tales horrores no es la mera crueldad sádica, y que 'ambos bandos' están envueltos en un 'ciclo de violencia' que es preciso detener en algún momento y en algún lugar. De vez en cuando deberíamos pararnos y declarar, indignados, que sólo existe un bando con un ejército y un país; que el otro es una población desposeída y sin Estado, sin derechos ni modo de garantizarlos por ahora. El lenguaje del sufrimiento de la vida cotidiana está secuestrado o se ha pervertido de tal forma que sólo sirve para emplearlo como pura ficción que oculta el propósito de que haya más muertes y torturas, de una forma lenta, minuciosa e inexorable. Ésa es la realidad del sufrimiento palestino. A pesar de todo, y en cualquier caso, la política israelí acabará por fracasar.

12 de agosto de 2002

La desunión y el sectarismo árabes

Implícita en la mayoría de los hallazgos del frecuentemente citado Informe 2002 sobre el Desarrollo Humano Árabe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo encontramos la extraordinaria falta de coordinación entre los países árabes. No deja de ser irónico el hecho de que se hable de los árabes y se aluda a ellos como grupo, a pesar de que raramente den la impresión de funcionar como conjunto, excepto de forma negativa. Por consiguiente, en el informe se afirma correctamente que no existe una democracia árabe. Las mujeres árabes son invariablemente una mayoría oprimida, y en ciencia y tecnología todos los Estados árabes están por detrás del resto del mundo. Ciertamente hay poca cooperación estratégica entre ellos y prácticamente ninguna en la esfera económica. En cuanto a cuestiones más concretas como la política hacia Israel, Estados Unidos y los palestinos, y a pesar de un frente común de vergonzosos apretones de mano y deshonrosa impotencia, percibimos una aprensiva determinación de no ofender a Estados Unidos en primer lugar, de no implicarse en una guerra o en la paz real con Israel, y de no pensar jamás en un frente común árabe ni siquiera con respecto a problemas que afectan al futuro o la seguridad de todos los árabes. Pero cuando se trata de la perpetuación de cada régimen, las clases gobernantes árabes están unidas en su objetivo y en su habilidad para sobrevivir.

Estoy convencido de que este revoltijo de inercia e impotencia constituye una afrenta para todos los árabes. Ésta es la razón por la que muchos egipcios, sirios, jordanos, marroquíes y otros se han lanzado a las calles en apoyo del pueblo palestino que sufre la pesadilla de la ocupación israelí, mientras los líderes árabes se limitan a mirar y básicamente no hacen nada. Las manifestaciones callejeras no son sólo manifestaciones en apoyo de Palestina, sino también protestas por el efecto inmovilizante de la desunión árabe. Un signo todavía más elocuente del desencanto común es la desgarradoramente triste escena que suele verse en televisión de una mujer palestina buscando entre los

***Nada puede ser más descorazonador
que las disputas que corroen las
organizaciones de expatriados
árabes, especialmente en lugares
como Estados Unidos y Europa.***

escombros de su casa derruida por las excavadoras israelíes, y que se queja ante el mundo entero de ‘vosotros los árabes, vosotros los árabes’. No hay testimonio más elocuente de la traición del pueblo árabe por parte de sus líderes (en su mayoría no elegidos) que esa acusación, que viene a decir: ‘¿Por qué vosotros los árabes nunca hacéis nada por ayudarnos?’. A pesar del dinero y la abundancia de petróleo, no hay más que el silencio de piedra de un espectador impassible.

Desgraciadamente, incluso a nivel individual, la desunión y el sectarismo han paralizado un esfuerzo nacional tras otro. Tomemos el ejemplo más triste de todos, el caso del pueblo palestino. Recuerdo haberme preguntado durante los días de Ammán y Beirut qué necesidad había de que existieran entre ocho y doce facciones palestinas, cada una luchando por cuestiones inútilmente académicas de ideología y organización mientras Israel y las milicias locales nos desangraban. Mirando retrospectivamente los días de Líbano que llegaron a un terrible final en Sabra y Chatila, ¿qué propósito había en que el Frente Popular, Al Fatah y el Frente Democrático proclamaran eslóganes innecesariamente provocadores como ‘El camino hacia Israel pasa por Juníé’ mientras Israel se aliaba con las milicias del ala derecha libanesa para destruir la presencia palestina y servir a sus fines? ¿Y qué se ha conseguido con la táctica de Yasir Arafat de crear

facciones, subgrupos y fuerzas de seguridad para que se pelearan entre ellas durante el proceso de Oslo y dejaran a su pueblo desprotegido y mal preparado para la destrucción israelí de la infraestructura y la reocupación de la Zona A?

Siempre lo mismo: sectarismo, desunión, ausencia de un objetivo común, y, al final, es la gente de a pie la que acaba pagando el precio en sufrimiento, sangre y destrucción sin fin. Incluso en el plano de la estructura social, es casi un lugar común que los árabes como grupo luchan más entre sí que por un objetivo común. Somos individualistas, se dice a modo de justificación, ignorando el hecho de que dicha desunión y desorganización interna acaba perjudicando nuestra propia existencia como pueblo. Nada puede ser más descorazonador que las disputas que corroen las organizaciones de expatriados árabes, especialmente en lugares como Estados Unidos y Europa, donde comunidades árabes relativamente reducidas están rodeadas por entornos hostiles y adversarios militantes que no repararán en nada a la hora de desacreditar la lucha árabe. Aun así, en lugar de tratar de unirse y trabajar juntas, estas comunidades están desgarradas por innecesarias luchas ideológicas entre facciones que no tienen ninguna relevancia inmediata, para las que no hay la más mínima necesidad en lo que concierne al entorno que las rodea.

Recientemente, me quedé pasmado viendo un programa de debate en la cadena de televisión *Al Jazira* en el que los dos participantes y un moderador innecesariamente provocador discutían vehementemente el activismo de los árabes estadounidenses durante la actual crisis. Uno de los hombres, un tal Dalbah, que fue identificado vagamente como ‘analista político’ en Washington (al parecer, sin afiliación o conexión institucional), se pasó todo el rato desacreditando al único grupo árabe estadounidense serio, el Comité Árabe Estadounidense contra la Discriminación (ADC, siglas en inglés), al que acusaba de ineficacia y a sus líderes de egoísmo, oportunismo y corrupción personal. El otro caballero, cuyo nombre no recuerdo, reconoció que sólo lleva en Estados Unidos unos años y no parecía estar muy enterado de lo que estaba pasando, pero, cómo no, alegaba que sus ideas eran mejores que las de todos los demás líderes comunitarios. Aunque sólo vi la primera y la última parte del programa, me quedé muy desilusionado y hasta un poco avergonzado con la discusión. ¿Qué pretendían?, me preguntaba. ¿Qué sentido tenía destrozarse una organización que ha estado haciendo el mejor trabajo con diferencia en un país en el que los árabes son inferiores en número y están peor organizados que las numerosas, mucho mayores y extremadamente bien financiadas organizaciones sionistas, y en el que la propia sociedad y los medios de comunicación son tan

hostiles a los árabes, el islam y sus causas en general? Ninguno en absoluto, por supuesto, pero era un ejemplo de este pernicioso sectarismo por el que casi con regularidad pavloviana los árabes procuran hacerse daño y estorbarse unos a otros en vez de unirse tras un objetivo común. Porque, si hay poca justificación para tal comportamiento en tierras árabes, ciertamente hay aún menos razón para él en el extranjero, donde los individuos y las comunidades árabes están señalados y amenazados como extranjeros indeseables y terroristas.

El programa de Al Jazira fue todavía más ofensivo por su inexactitud gratuita y el innecesario daño personal infligido a la fallecida Hala Salam Maksoud, que literalmente dio su vida por la causa del ADC, y a su actual presidente, Ziad Asli, que renunció voluntariamente a su práctica médica para dirigir la organización a cambio de una bonificación. Dalbah insinuó una y otra vez que estos activistas estaban motivados por razones de ganancias monetarias personales, y que todo lo que hacía el ADC lo hacía mal. Aparte de la escandalosa falsedad de tales alegaciones, el cotilleo inútil y malicioso de Dalbah -no era más que eso- perjudicó a la causa colectiva árabe, dejando una estela de ira y más sectarismo. Asimismo, se debería señalar que, dado el entorno político extremadamente inhóspito para la causa árabe en Estados Unidos, el ADC ha cosechado un gran éxito en Washington y a nivel nacional como una organización que rebate las acusaciones contra los árabes en los medios de comunicación, que protege a los individuos de la persecución del Gobierno después del 11-S y que hace que los árabes estadounidenses sigan implicados y participen en el debate nacional. *A causa* del éxito que ha tenido bajo Asli, el sectarismo ha infectado a los empleados de la organización que de repente se han embarcado en una campaña de difamación personal disfrazada de argumento político. Naturalmente, todo el mundo tiene derecho a criticar, pero, ante amenazas como éstas a las que nos enfrentamos en EE UU, ¿qué razón hay para que nos fragmentemos y nos debilitemos de esa forma, cuando está claro que el único que se beneficia es el *lobby* israelí? Las organizaciones como el ADC son, antes que nada, organizaciones estadounidenses, y no pueden funcionar como partisanos en luchas que recuerdan a las de Fakahani a mediados de los años setenta.

Tal vez la principal razón para el sectarismo árabe en todos los niveles de nuestras sociedades, en los distintos países y en el extranjero, sea la marcada ausencia de ideales y modelos. Desde la muerte de Gamal Abdel Naser, independientemente de lo que uno pudiera pensar de algunas de sus políticas más ruinosas, ningún personaje ha captado la imaginación árabe ni ha tenido un papel a la hora de establecer una lucha popular por la liberación. Fijémonos en

el desastre de la OLP, que desde sus días de gloria ha quedado reducida a un anciano sin afeitar, sentado ante una mesa rota, en una casa partida en dos en Ramala, intentando sobrevivir a toda costa, independientemente de que traicione o no, de que diga o no tonterías, de que lo que haga tenga o no sentido. (Hace un par de semanas se le citó diciendo que ahora acepta el plan de Clinton del año 2000; el único problema es que ahora estamos en 2002 y Clinton ya no es presidente). Han pasado años desde que Arafat representaba a su pueblo, sus sufrimientos y su causa, y, al igual que sus homólogos árabes, resiste como un fruto demasiado maduro sin ningún propósito o posición real. Por consiguiente, en la actualidad no existe un centro moral fuerte en el mundo árabe. El análisis convincente y la discusión racional han dado paso a las divagaciones fanáticas; la acción concertada en nombre de la liberación ha quedado reducida a ataques suicidas, y la idea, si no la práctica, de la integridad y la honestidad como modelos a seguir sencillamente se ha evaporado. Tan corrupta se ha vuelto la atmósfera que rezuma el mundo árabe que uno apenas sabe por qué unos triunfan mientras otros son encerrados en la cárcel.

Como ejemplo terriblemente sorprendente, piensen en el destino del sociólogo egipcio Saeddedin Ibrahim. Puesto en libertad por un tribunal civil hace algunos meses, ahora acaba de ser juzgado, hallado culpable y condenado a una pena cruelmente injustificada por el Tribunal de Seguridad del Estado precisamente por los mismos 'crímenes' por los que había sido absuelto anteriormente. ¿Dónde está la justificación moral para jugar de esta manera con la vida, la carrera y la reputación de una persona? Hace cuestión de unos meses era un asesor digno de la confianza del Gobierno y miembro de las juntas de varios institutos y proyectos árabes. Ahora se le considera un criminal condenado. ¿Qué intereses persigue este castigo gratuito, ya sea en virtud de la unidad nacional o de la estrategia coherente o por imperativo moral? Más sectarismo, más desintegración, más sensación de ir a la deriva y miedo, y el sentimiento generalizado de una justicia frustrada.

Los árabes han estado tanto tiempo privados de una sensación de participación y ciudadanía por sus gobernantes que la mayoría de nosotros hemos perdido incluso la capacidad de entender lo que un compromiso personal con una causa mayor que nosotros mismos puede significar. Creo que la lucha palestina es un milagro colectivo, el que un pueblo pueda soportar tal crueldad incesante por parte de Israel y aun así no renunciar. Pero ¿por qué no pueden dejarse más claras y ser más fáciles de seguir las lecciones de una resistencia viviente, en vez de suicida y nihilista? Éste es el auténtico problema, la ausencia en todo el mundo árabe y en el extranjero de un liderazgo que se comunique con

su pueblo, no a través de notificaciones que expresan una indiferencia casi desdeñosa por ellos como ciudadanos, sino a través de la práctica real de la dedicación concertada y el ejemplo personal. Incapaces de apartar a Estados Unidos de su apoyo ilegal a los crímenes de Israel, los líderes árabes se limitan a arrojar una propuesta de 'paz' detrás de otra (siempre la misma), todas las cuales son rechazadas burlonamente tanto por Israel como por Estados Unidos. Bush y su secuaz psicópata Rumsfeld continúan filtrando noticias de su inminente invasión para un 'cambio de régimen' en Irak, y los árabes todavía no han expresado una posición unificada disuasoria contra esta nueva locura estadouni-

Como ocurre con la mayoría de las discusiones sobre el conflicto palestino-israelí, las opiniones se basan más en clichés manipulados e hipótesis inverosímiles que en las realidades del poder y la historia vivida.

dense. Cuando individuos y organizaciones como el ADC intentan hacer algo en nombre de una causa, son muertos a tiros por camorristas que tienen poco que hacer excepto destruir y alborotar.

Sin duda ha llegado el momento de empezar a pensar en nosotros como un pueblo con una historia y unos objetivos comunes, y no como un grupo de delincuentes cobardes. Pero eso depende de cada uno, y de nada sirve quedarnos de brazos cruzados echándoles la culpa a 'los árabes', porque, al fin y al cabo, los árabes somos *nosotros*.

5 de septiembre de 2002

La Hoja de Ruta: ¿hacia qué y hacia dónde?

A principios de mayo, durante su visita a Israel y los territorios ocupados, Colin Powell mantuvo sendas entrevistas con Mahmoud Abbas, el nuevo primer ministro palestino, y un pequeño grupo de activistas de la sociedad civil, en el que estaban Hanan Asrawi y Mustapha Barghuti. Según Barghuti, Powell expresó su sorpresa y cierta consternación al ver los mapas informatizados de los asentamientos, la valla de ocho metros de altura y las docenas de controles del Ejército israelí que hacen la vida tan difícil y las perspectivas de futuro tan pesimistas

para los palestinos. Pese a la augusta posición que ocupa Powell, su visión de la realidad palestina es, en el mejor de los casos, incompleta; no obstante, es cierto que pidió materiales para estudiarlos y, lo que es más importante, aseguró a los palestinos que Bush va a consagrar a la aplicación de la Hoja de Ruta tanto empeño como ha dedicado a Irak.

Lo mismo dijo en los últimos días de mayo el propio Bush, en una serie de entrevistas concedidas a medios de comunicación árabes, si bien hizo, como de costumbre, más hincapié en las generalidades que en detalles concretos. Se reunió con los dirigentes palestinos e israelíes en Jordania y previamente con los principales gobernantes árabes, salvo el presidente de Siria, Bashir el Asad, por supuesto. Toda esta actividad parece formar parte de un gran esfuerzo por parte de Estados Unidos. El hecho de que Ariel Sharon haya aceptado la Hoja de Ruta (aunque con las reservas suficientes para quitarle cierto valor a dicha aceptación), parece ser buen augurio para la existencia de un Estado palestino viable.

La visión de Bush (una palabra que da un extraño aire de ensueño a un plan de paz riguroso, claro y concretado en tres fases) debe hacerse realidad gracias a la reestructuración de la Autoridad, la eliminación de toda violencia e incitación contra los israelíes y el establecimiento de un Gobierno que satisfaga los requisitos de Israel y el llamado Cuarteto (Estados Unidos, la ONU, la UE y Rusia) autor del plan. Por su parte, Israel se compromete a mejorar la situación desde el punto de vista humanitario, reducir restricciones y levantar toques de queda, aunque no se especifica cuándo ni dónde. Se supone que, en este mes (junio de 2003), como culminación de la Primera Fase, tendrían que desmantelarse los últimos 60 asentamientos de las colinas (los llamados “asentamientos ilegales”, establecidos desde marzo de 2001), aunque no se dice nada de eliminar los demás, que agrupan a 200.000 colonos en Gaza y Cisjordania, para no hablar de los 200.000 judíos establecidos en Jerusalén Este. La Segunda Fase, considerada de transición y con una duración de junio a diciembre de 2003, debe dedicarse a estudiar, curiosamente, “la opción de crear un Estado palestino independiente con fronteras provisionales y atributos de soberanía” -sin especificar-, para desembocar en una conferencia internacional que apruebe y “cree” un Estado palestino, también con “fronteras provisionales”. La Tercera Fase debe acabar con el conflicto de forma definitiva, asimismo mediante una conferencia internacional cuya tarea consistirá en encontrar acuerdos sobre los problemas más delicados: los refugiados, los asentamientos, Jerusalén, las fronteras.

El papel de Israel en todo esto consiste en cooperar; el verdadero esfuerzo corresponde a los palestinos, que deben ir haciendo

lo que se espera de ellos con toda rapidez, mientras que la ocupación militar seguirá más o menos como hasta ahora, aunque más relajada en las principales zonas invadidas en la primavera de 2002. No se prevé ningún elemento de vigilancia del proceso, y la engañosa simetría de la estructura del plan permite que Israel, a la hora de la verdad, decida cada paso sucesivo, si es que lo hay. En cuanto a los derechos humanos de los palestinos, en la actualidad no sólo ignorados sino sofocados, el plan no incluye ninguna rectificación concreta; al parecer, será también Israel el que decida si las cosas van a seguir como hasta ahora o no.

Por una vez, dicen los comentaristas habituales, Bush ofrece esperanzas genuinas de llegar a un acuerdo en Oriente Próximo. Unas cuantas filtraciones deliberadas de la Casa Blanca insinuaron que existía una lista de sanciones posibles contra Israel si Sharon se comportara de forma demasiado intransigente, pero inmediatamente se negó todo y la lista desapareció. En los medios de comunicación está cada vez más extendida la idea de que el contenido del documento -en gran parte copiado de otros planes de paz anteriores- es consecuencia de la nueva seguridad que tiene Bush en sí mismo después de su triunfo en Irak.

Como ocurre con la mayoría de las discusiones sobre el conflicto palestino-israelí, las opiniones se basan más en clichés manipulados e hipótesis inverosímiles que en las realidades del poder y la historia vivida. A los escépticos y detractores se les ignora y se les acusa de antiamericanos, y muchos dirigentes de organizaciones judías han denunciado la Hoja de Ruta porque exige demasiadas concesiones a los israelíes. No obstante, los grandes medios nos recuerdan sin cesar que Sharon ha hablado de “ocupación”, cosa que nunca había reconocido hasta ahora, y ha llegado a anunciar su intención de que Israel deje de gobernar sobre 3,5 millones de palestinos. Ahora bien, ¿es consciente de con qué quiere terminar? El comentarista de *Ha'aretz* Gideon Levy escribió el 1 de junio que Sharon, como la mayoría de los israelíes, no tiene ni idea de lo que es “la vida bajo el toque de queda en comunidades que llevan años sitiadas. ¿Qué sabe él de la humillación de los controles, de la gente a la que se obliga a viajar por carreteras de grava y barro, con riesgo para su vida, para llevar a una mujer de parto al hospital? ¿De lo que es vivir al borde de la inanición? ¿De los hogares destruidos? ¿De los niños que ven cómo golpean y humillan a sus padres a mitad de noche?”

Otra omisión estremeceadora en la Hoja de Ruta es el gigantesco “muro de separación” que Israel está erigiendo en Cisjordania: 347 kilómetros de hormigón que van de norte a sur, y de los que ya hay 120 construidos. Ocho metros de altura y tres metros de espesor; y un coste de 1,6 millones de dólares por kilómetro. El muro no se limita

a separar Israel de un supuesto Estado palestino según las fronteras de 1967; además se adentra en nuevas franjas de tierra palestina, a veces de hasta seis o siete kilómetros. Está rodeado de trincheras, cables eléctricos y fosos; hay torres de vigilancia a intervalos periódicos. Casi 10 años después de que terminara el *apartheid* sudafricano, he aquí un muro espantoso y racista que se levanta sin el menor comentario por parte de la mayoría de los israelíes ni sus aliados estadounidenses, que, les guste o no, son quienes van a sufragarlo en su mayor parte. Los 40.000 habitantes palestinos de la ciudad de Qalqiyah tienen sus hogares a un lado del muro y la tierra que cultivan y de la que viven, al otro. Se calcula que, cuando el muro esté acabado -se supone que mientras Estados Unidos, Israel y los palestinos dedican meses a discutir cuestiones de procedimiento-, casi 300.000 palestinos quedarán apartados de su tierra. La Hoja de Ruta no dice nada de esto, ni tampoco que Sharon aprobó recientemente un muro en la parte oriental de Cisjordania que, si se construye, disminuirá el territorio palestino incluido en el sueño de Bush a un 40% de la zona. Eso es lo que pretendía Sharon desde el principio.

Detrás de la moderada aceptación del plan por parte de Israel y el claro compromiso por parte de Estados Unidos hay un hecho que se calla: el relativo éxito de la resistencia palestina. Ésa es una realidad independientemente de que se condenen o no algunos de sus métodos, su coste exorbitado y el precio que ha pagado otra generación más de palestinos que todavía no acaba de rendirse ante la abrumadora superioridad del poder de Israel y Estados Unidos. Para la elaboración de la Hoja de Ruta se han dado razones de todo tipo: que el 56% de los israelíes están a favor, que Sharon se ha inclinado, por fin, ante la realidad internacional, que Bush necesita una tapadera árabe-israelí para cubrir sus aventuras militares en otros lugares, que los palestinos han entrado en razón y han dado el poder a Abu Mazen (nombre de guerra de Abbas, y por el que se le conoce mucho más), etcétera. En parte, es cierto, pero sigo pensando que, si no fuera por la obstinada negativa de los palestinos a aceptar que son “un pueblo derrotado”, como les llamó hace poco el jefe de Estado Mayor israelí, no existiría ningún plan de paz. Sin embargo, quien crea que la Hoja de Ruta propone verdaderamente algo parecido a un arreglo o aborda los problemas fundamentales, se equivoca. Como suele ocurrir en cuanto sale a relucir la paz, asigna la responsabilidad de la contención, las renunciaciones y los sacrificios a los palestinos, con lo que se olvida de la densidad y gravedad de la historia palestina. Leer la Hoja de Ruta es ver un documento fuera de contexto, aislado de su tiempo y su situación geográfica.

En otras palabras, la Hoja de Ruta, más que un plan de paz, es un plan de pacificación: busca cómo terminar con el problema de Palestina. De ahí que se repita tanto el término “actuación” en la rígida prosa del documento: es decir, qué comportamiento se espera de los palestinos, casi en el sentido social de la palabra. Nada de violencia, nada de protestas, más democracia, mejores dirigentes e instituciones, todo basado en la idea de que el problema fundamental ha sido la ferocidad de la resistencia palestina, y no la ocupación que le dio origen. A Israel no se le pide nada comparable, sólo el abandono de los pequeños asentamientos que he mencionado, los denominados

Como suele ocurrir en cuanto sale a relucir la paz, asigna la responsabilidad de la contención, las renunciaciones y los sacrificios a los palestinos, con lo que se olvida de la densidad y gravedad de la historia palestina.

“ilegales” (una clasificación totalmente nueva que sugiere que algunos asentamientos israelíes en territorio palestino son legales), y la “congelación” de las grandes colonias, sí, pero no su eliminación ni su desmantelamiento. No se dice ni una palabra de lo que han sufrido los palestinos a manos de Israel y Estados Unidos desde 1948, y desde 1967. Ni del retroceso de la economía palestina que describe la investigadora estadounidense Sara Roy en un libro de próxima publicación. Las demoliciones de casas, los árboles arrancados, los 5.000 o más prisioneros, la política de los asesinatos selectos, los cierres desde 1993, el derrumbe generalizado de las infraestructuras, el increíble número de muertes y mutilaciones; todas estas cosas, y otras, no merecen ni una palabra en el plan.

10 de junio de 2003

Los palestinos y la Hoja de Ruta

La violenta agresividad y el unilateralismo a ultranza de los equipos de Estados Unidos e Israel son bien conocidos. El equipo palestino que negocia la Hoja de Ruta no despierta demasiada confianza, dado que está formado por viejos adláteres de Arafat a los que se ha recuperado

para la ocasión. De hecho, da la impresión de que la Hoja de Ruta le ha dado nueva vida a Yasir Arafat, a pesar de los cuidadosos esfuerzos que han hecho Powell y sus ayudantes para evitar visitarle. Pese a la estúpida política israelí de intentar humillarle a base de encerrarle en un complejo que ha sufrido graves bombardeos, Arafat sigue teniendo el control de las cosas. Sigue siendo el presidente electo de Palestina, maneja los hilos del dinero palestino (un dinero no demasiado abundante) y, en cuanto a su posición, ninguno de los miembros del equipo “reformista” actual (que consiste en miembros reciclados de su viejo equipo, con dos o tres añadidos importantes) puede equipararse al viejo líder en carisma o poder.

Hablemos de Abu Mazen, por ejemplo. Le conocí en marzo de 1977, en mi primera reunión del Consejo Nacional, celebrada en El Cairo. Su discurso fue el más largo de todos, con un estilo didáctico que debió de perfeccionar cuando era profesor de secundaria en Qatar; explicó a los parlamentarios palestinos reunidos las diferencias entre el sionismo y la disidencia sionista. Fue una intervención destacada, porque, en aquellos tiempos, no muchos palestinos sabían que en Israel, además de los sionistas fundamentalistas que constituían anatema para cualquier árabe, existían varios tipos de pacifistas y activistas. En retrospectiva, la intervención de Abu Mazen dio pie a la cadena de reuniones -en general, secretas- promovidas por la OLP entre palestinos e israelíes, que mantuvieron diálogos prolongados en Europa sobre la paz y contribuyeron de forma considerable a que, en sus respectivas sociedades, surgieran las bases que permitieron llegar a Oslo.

Aun así, nadie dudaba de que Arafat había autorizado el discurso de Abu Mazen y la campaña posterior, que costó la vida a hombres valientes como Issam Sartawi y Said Hammami. Y, si bien los participantes palestinos procedían del centro de la política en su comunidad (es decir, Al Fatah), aquellos israelíes no eran más que un grupo marginal de pacifistas criticados, cuyo valor era de elogiar precisamente por eso. Durante los años de la OLP en Beirut, entre 1971 y 1982, Abu Mazen estuvo destinado en Damasco, pero luego se unió a Arafat y su equipo en su exilio de Túnez, durante los 10 años posteriores. Le vi allí varias veces y me llamó la atención lo bien organizado que estaba su despacho, su estilo tranquilo de burócrata y su evidente interés por Europa y Estados Unidos como terrenos en los que los palestinos podían hacer una labor útil para promover la paz con los israelíes. Después de la conferencia de Madrid, en 1991, según se dijo, reunió a funcionarios de la OLP e intelectuales independientes en Europa y les convirtió en unos equipos dedicados a elaborar dossieres para negociar temas como el agua, los refugiados, la demografía

y las fronteras, en preparación de lo que serían las reuniones secretas de Oslo en 1992 y 1993; aunque, por lo que yo sé, ni aquellos dossiers se utilizaron, ni los expertos palestinos participaron directamente en las negociaciones, ni los resultados de las investigaciones quedaron reflejados en los documentos finales.

En Oslo, los israelíes presentaron a numerosos expertos armados de mapas, documentos, estadísticas y, por lo menos, 17 borradores previos de lo que acabarían firmando los palestinos, mientras que éstos, por desgracia, sólo tuvieron como negociadores a tres hombres de la OLP totalmente distintos, ninguno de los cuales hablaba inglés ni sabía algo de negociaciones internacionales (ni de otro tipo). Al parecer, la idea de Arafat era presentar un equipo para seguir teniendo algo que decir en el proceso, sobre todo después de su salida de Beirut y la desastrosa decisión de alinearse con Irak durante la guerra del Golfo de 1991. Si tenía otros objetivos, está claro que no se preparó bien para ellos, como le ha pasado siempre. En las memorias de Abu Mazen y en otros textos sobre los debates de Oslo se atribuye al subordinado de Arafat el ser el “arquitecto” de los acuerdos, pese a que nunca salió de Túnez; Abu Mazen incluso llega a decir que, después de las ceremonias de Washington (en las que apareció junto a Arafat, Rabin, Peres y Clinton), le costó un año convencer a Arafat de que en Oslo no había obtenido un Estado. Sin embargo, casi todos los que han contado las negociaciones de paz insisten en que era Arafat quien movía los hilos. No es de extrañar, pues, que las negociaciones de Oslo sirvieran para empeorar la situación global de los palestinos. El equipo estadounidense, encabezado por Dennis Ross, antiguo empleado de los grupos de presión israelíes -un puesto al que ahora ha regresado-, apoyó automáticamente la posición de Israel, que, después de toda una década de negociaciones, consistía en devolver a los palestinos el 18% de los territorios ocupados en condiciones muy desfavorables, puesto que las Fuerzas de Defensa Israelíes quedaban a cargo de la seguridad, las fronteras y el agua. Como es natural, el número de asentamientos aumentó a más del doble.

Desde el regreso de la OLP a los territorios ocupados, en 1994, Abu Mazen ha sido un personaje de segunda fila, universalmente conocido por su “flexibilidad” con Israel, su servilismo ante Arafat y su falta total de una base política organizada, pese a ser uno de los fundadores originales de Al Fatah, miembro histórico y secretario general de su Comité Central. Que yo sepa, nunca le han elegido para ningún cargo, y desde luego no para el Consejo Legislativo Palestino. La OLP y la Autoridad Palestina de Arafat no son precisamente transparentes. Se sabe poco de cómo se toman las decisiones, cómo se gasta o dónde está

el dinero, quién tiene voz y voto además de Arafat. Pero todo el mundo está de acuerdo en que Arafat es un jefe diabólico y obsesionado por el control, y sigue siendo el personaje central en todas las cuestiones importantes. Ésa es la razón de que, para la mayoría de los palestinos, la elevación de Abu Mazen al rango de primer ministro reformista -que tanto satisface a estadounidenses e israelíes- sea una especie de broma, la forma que tiene el viejo dirigente de conservar el mismo poder mediante nuevos trucos, por así decir. De Abu Mazen se dice que es gris, moderadamente corrupto y carente de ideas propias, salvo la de complacer al hombre blanco. Igual que Arafat, Abu Mazen no ha vivido nunca más que en el Golfo, Siria, Líbano, Túnez y, ahora, la Palestina ocupada; no habla más idioma que el árabe, y ni es un gran orador ni tiene gran presencia pública. Por el contrario, Mohamed Dahlán, el nuevo jefe de seguridad de Gaza -la otra figura tan bien recibida y en la que tantas esperanzas depositan Israel y Estados Unidos-, es más joven, más listo y más despiadado. Durante los ocho años en los que dirigió una de las 14 o 15 organizaciones de seguridad de Arafat, Gaza era conocida como Dahlanistán. Dimitió el año pasado, pero los europeos, estadounidenses e israelíes volvieron a darle el puesto de “jefe de seguridad unificada”, a pesar de que él también ha sido siempre un hombre de Arafat. Ahora se confía en que acabe con Hamás y la Yihad Islámica, una de las exigencias que hace repetidamente Israel con la esperanza de que desencadene una especie de guerra civil palestina, perspectiva que encantaría a su Ejército.

En cualquier caso, me parece claro que, por muy laborioso y flexible que sea Abu Mazen a la hora de “actuar”, se va a ver limitado por tres factores. Uno, desde luego, es Arafat, todavía con el control de Al Fatah, que, en teoría, constituye la base de poder de Abu Mazen. Otro es Sharon (que seguramente contará con el apoyo total de Estados Unidos). En una lista de 14 “observaciones” sobre la Hoja de Ruta, publicada el 27 de mayo en *Ha'aretz*, Sharon indicaba los estrechos límites de lo que podría llamarse la flexibilidad israelí.

El tercer factor lo constituyen Bush y su equipo; a juzgar por cómo han gestionado la posguerra en Afganistán e Irak, no tienen ni la entereza ni la capacidad necesarias para construir una nación. La derecha cristiana que apoya a Bush en el sur ya ha protestado ruidosamente en contra de que se presione a Israel, y el *lobby* proisraelí de EE UU, muy poderoso -con su fiel servidor, un Congreso estadounidense lleno de judíos-, ha empezado a actuar contra cualquier indicio de coacción a Israel, a pesar de que tales presiones van a ser fundamentales ahora que empieza una fase tan trascendental.

Tal vez resulte quijotesco decir que, aunque las perspectivas

inmediatas parecen sombrías para los palestinos, no hay que ser pesimistas. Me remito a la obstinación de la que antes hablaba y al hecho de que la sociedad palestina -devastada, casi destruida, casi arrasada en tantos aspectos- todavía es capaz de dominar con su alma la penumbra creciente. Ninguna otra sociedad árabe es tan sanamente indócil y revoltosa, ninguna está tan llena de iniciativas cívicas y sociales y de instituciones activas (incluido un conservatorio de música milagrosamente lleno de vida). Aunque, en general, son desorganizados y, a veces, tienen vidas miserables de exilio y desarraigo, los palestinos de la diáspora todavía tienen un enérgico compromiso con los problemas de

No se trata de tener un Estado provisional y artificial, con el 40% de las tierras, los refugiados abandonados y Jerusalén en manos de Israel, sino un territorio soberano, liberado de la ocupación militar mediante una acción de masas en la que participen tanto árabes como judíos siempre que sea posible.

su destino colectivo, y todos los que conozco están siempre trabajando de alguna forma para la causa. De toda esa energía, sólo una minúscula fracción ha llegado a tocar la Autoridad Palestina, que, salvo en la figura ambivalente de Arafat, siempre ha permanecido extrañamente al margen del destino común. Según sondeos recientes, Al Fatah y Hamás cuentan, entre las dos, con el apoyo del 45% del electorado palestino, mientras que el otro 55% está desarrollando unas formaciones políticas muy distintas y de perspectivas esperanzadoras.

En concreto, hay una que me parece especialmente significativa (y le he dado mi adhesión), porque es el único grupo verdaderamente de base que se mantiene apartado tanto de los partidos religiosos y su política sectaria como del nacionalismo tradicional que proponen los viejos (más viejos que jóvenes) activistas del Al Fatah de Arafat. Se denomina Iniciativa Política Nacional (IPN), y su personaje central es Mustafa Barghuti, un médico formado en Moscú, cuya principal labor ha sido dirigir el impresionante Comité de Auxilio Médico Rural, que ha llevado asistencia médica a más de 100.000 palestinos que viven en el campo. Antiguo miembro fiel del Partido Comunista, Barghuti es un organizador discreto y un dirigente que ha superado los mil obstáculos físicos que impiden el movimiento de los palestinos o los viajes al extranjero para reunir prácticamente a todas las organizaciones y

personas independientes importantes en torno a un programa político que promete la reforma social y la liberación sin tener en cuenta las diversas tendencias doctrinales. Barghuti no cae en la retórica convencional, y ha trabajado con israelíes, europeos, americanos, africanos, asiáticos y árabes para crear un movimiento de solidaridad bien organizado que practica el pluralismo y la coexistencia que predica. La IPN no alza las manos ante la militarización y desorientación de la Intifada. Ofrece programas de formación a desempleados y servicios sociales a los pobres, con el argumento de que ésa es la respuesta a las circunstancias actuales y a la presión israelí. Sobre todo, la IPN, que está a punto de ser un partido político reconocido, pretende movilizar la sociedad palestina, dentro y fuera, para convocar unas elecciones libres, unas elecciones auténticas que representen los intereses palestinos, y no los de Israel o Estados Unidos. Esta sensación de autenticidad es lo que parece faltar en los planes trazados para Abu Mazen.

No se trata de tener un Estado provisional y artificial, con el 40% de las tierras, los refugiados abandonados y Jerusalén en manos de Israel, sino un territorio soberano, liberado de la ocupación militar mediante una acción de masas en la que participen tanto árabes como judíos siempre que sea posible. La IPN es un movimiento verdaderamente palestino, de ahí que la reforma y la democracia se hayan convertido en elementos cotidianos. Ya se han adherido muchos centenares de activistas y ciudadanos palestinos independientes y ya se han celebrado reuniones organizativas; hay muchas más previstas en Palestina y en el extranjero, pese a las terribles dificultades que suponen las restricciones de Israel a la libertad de movimientos. Consuela pensar que, mientras siguen adelante las negociaciones y las discusiones formales, también existen muchas alternativas informales y de base; sus principales componentes son, en este momento, la IPN y una campaña internacional de solidaridad cada vez más extendida.

14 de junio de 2003

La solidaridad con Palestina

A principios de mayo estuve unos días en Seattle para dar unas conferencias. Durante mi estancia, cené una noche con los padres y la hermana de Rachel Corrie, que todavía no habían superado la conmoción del asesinato de su hija el 16 de marzo, en Gaza, por parte de un *bulldozer* israelí. El señor Corrie me dijo que él había manejado *bulldozers*, pero que el que mató de forma deliberada a su hija -por intentar proteger valientemente de la destrucción un hogar palestino

en Rafah- era un monstruo de 60 toneladas diseñado especialmente por Caterpillar para demoler casas, una máquina mucho más grande que cualquiera de las que él había visto o manejado. En mi breve visita a los Corrie me impresionaron dos cosas. Una, el relato de su regreso a Estados Unidos con el cuerpo de su hija. Se apresuraron a llamar a sus dos senadoras, Patty Murray y Mary Cantwell, ambas demócratas, les contaron su historia y recibieron las expresiones de horror e indignación que eran de esperar, así como promesas de que habría una investigación. Cuando las dos senadoras volvieron a Washington, los Corrie no volvieron a saber nada de ellas, y la investigación prometida no se hizo realidad. Como era previsible, el *lobby* israelí les había explicado la realidad, y decidieron desentenderse. Una ciudadana estadounidense asesinada deliberadamente por los soldados de un Estado cliente de Estados Unidos no mereció ningún comentario oficial, ni siquiera la investigación de rigor que le habían prometido a su familia.

Pero el segundo y principal aspecto que me llamó la atención de la historia de Rachel Corrie fue la acción de la joven en sí, heroica y digna. Nacida y educada en Olympia, una pequeña ciudad a 90 kilómetros al sur de Seattle, Rachel se incorporó al Movimiento Internacional de Solidaridad y fue a Gaza para apoyar a unos seres humanos que sufrían y con los que no había tenido ningún contacto hasta entonces. Las cartas que escribió a su familia son unos documentos extraordinarios que muestran su humanidad cotidiana y constituyen una lectura difícil y conmovedora, sobre todo cuando describe la amabilidad y el interés demostrados por todos los palestinos con los que habla, que la reciben claramente como a una más de los suyos porque vive igual que ellos, comparte sus vidas, sus preocupaciones y los horrores de la ocupación israelí, con sus terribles repercusiones incluso para los niños más pequeños. Comprende el destino de los refugiados y lo que considera el intento insidioso del Gobierno israelí de llevar a cabo una especie de genocidio al hacer la supervivencia prácticamente imposible para este grupo concreto de personas. Su solidaridad es tan emocionante que inspira a un reservista israelí llamado Danny, que se ha negado a servir en el Ejército, a escribirle para decir: “Está haciendo algo bueno. Le doy las gracias por ello”.

Lo que se desprende de todas las cartas que escribió a su familia, y que posteriormente publicó *The Guardian*, es la asombrosa resistencia del pueblo palestino, seres humanos corrientes que se encuentran en una situación horrible, llena de sufrimientos y desesperación, pero que, aun así, siguen sobreviviendo. Hemos oído hablar tanto, en los últimos tiempos, de la Hoja de Ruta y las perspectivas de paz, que nos hemos olvidado del hecho fundamental, que es que los palestinos

se han negado a capitular o rendirse, ni siquiera ante el castigo colectivo que les impone el poder conjunto de Estados Unidos e Israel. Ésa es la razón de que exista una Hoja de Ruta y de todos los llamados planes de paz anteriores; no que Estados Unidos, Israel y la comunidad internacional se hayan convencido, por motivos humanitarios, de que es preciso acabar con las muertes y la violencia. Si no somos conscientes de la fuerza que tiene la resistencia palestina (y no me refiero, en absoluto, a los atentados suicidas, que causan mucho más daño que beneficio), a pesar de sus fallos y sus errores, no entenderemos nada. Los palestinos siempre han constituido un problema para el proyecto sionista, y las supuestas soluciones que se han ofrecido, en vez de resolver el problema, le quitan importancia. La política oficial israelí, independientemente de que Ariel Sharon utilice la palabra “ocupación” o no, de que desmantele una o dos torres herrumbrosas o no, ha consistido siempre en no aceptar la realidad del pueblo palestino en pie de igualdad ni admitir que Israel ha violado constantemente sus derechos de forma escandalosa. Aunque, a lo largo de los años, ha habido valerosos israelíes que han intentado hacer frente a esa historia oculta, la mayoría de ellos y, según parece, la mayoría de los judíos estadounidenses, han hecho todos los esfuerzos posibles para negar, evitar o rechazar la realidad palestina. Por eso no se ha alcanzado la paz.

Además, la Hoja de Ruta no habla de justicia ni del castigo histórico impuesto al pueblo palestino desde hace demasiadas décadas. Sin embargo, lo que la labor de Rachel Corrie en Gaza reconocía era, precisamente, la gravedad y la densidad de la historia viva del pueblo palestino como comunidad nacional, no sólo como un grupo de refugiados que sufren privaciones. Con eso era con lo que mostraba su solidaridad. Y debemos recordar que ese tipo de solidaridad ya no la ofrecen sólo unas cuantas almas intrépidas repartidas aquí y allá, sino que se reconoce en todo el mundo. En los últimos seis meses he dado conferencias en cuatro continentes, ante miles de personas. Lo que les une a todas esas personas es Palestina, la lucha del pueblo palestino, que se ha convertido ya en sinónimo de emancipación y tolerancia, a pesar de todas las injurias cometidas contra ellos por sus enemigos.

Siempre que se informa de la realidad, se produce un reconocimiento inmediato, la expresión de la máxima solidaridad con la justicia de la causa palestina y la valiente lucha del pueblo palestino. Es extraordinario que, este año, Palestina fuera un tema central tanto en los encuentros antiglobalización de Porto Alegre como durante las conferencias de Davos y Ammán, es decir, en ambos extremos del espectro político mundial. Dado que los medios de comunicación estadounidenses administran a los ciudadanos una dieta espantosamente

tendenciosa de ignorancia y distorsiones -en la que nunca se habla de la ocupación con las escabrosas descripciones que se utilizan para los atentados suicidas, el muro del *apartheid* que está construyendo Israel, de 8 metros de altura, 1,50 metros de espesor y 350 kilómetros de longitud, no aparece jamás en CNN y las grandes cadenas (ni se menciona, ni siquiera de pasada, en la prosa anodina de la Hoja de Ruta), ni se muestra el tormento diario que representan los crímenes de guerra, las destrucciones y humillaciones gratuitas, las mutilaciones, los derribos de casas, la destrucción del campo y las muertes que sufre la población civil palestina-, no es de extrañar que los estadounidenses, en general,

Nadie puede negar que la mayoría de los países árabes están gobernados en la actualidad por regímenes impopulares, y que numerosos jóvenes pobres y desfavorecidos están expuestos a las tácticas implacables de la religión fundamentalista.

tengan pésima opinión de los árabes y los palestinos. Al fin y al cabo, hay que recordar que los principales medios de comunicación, desde la izquierda progresista hasta la derecha alternativa, tienen una actitud unánimemente antiárabe, antimusulmana y antipalestina. No hay más que ver la pusilanimidad de la que hicieron gala durante los preparativos de una guerra ilegal e injusta contra Irak, la poca cobertura que recibieron los grandes perjuicios provocados en la sociedad iraquí por las sanciones y las noticias, relativamente escasas, sobre la inmensa corriente mundial de opinión contra la guerra. Prácticamente ningún periodista, salvo Helen Thomas, ha llamado la atención al Gobierno por las escandalosas mentiras y “verdades” fabricadas que se vertieron sobre Irak justo antes de la guerra, las afirmaciones de que constituía una amenaza militar inminente; igual que, ahora, los grandes medios exigen de responsabilidad a esos mismos propagandistas del Gobierno, cuyos “datos” cínicamente inventados y manipulados sobre las armas de destrucción masiva son ya una cosa olvidada o que se considera irrelevante, cuando se habla de la horrible situación, literalmente inexcusable, que ha creado con gran irresponsabilidad Estados Unidos para el pueblo de Irak. Por mucho que se acuse a Sadam Husein de ser un tirano cruel, cosa que era, es cierto que había proporcionado al pueblo de Irak la mejor infraestructura de servicios como agua, electricidad,

sanidad y educación de todos los países árabes. No queda nada en pie.

No es extraño, pues -dado el extraordinario miedo a ser acusados de antisemitas por criticar a Israel en virtud de sus crímenes de guerra cotidianos contra civiles palestinos inocentes y desarmados, o de antiamericanos por criticar al Gobierno estadounidense por su guerra ilegal y la pésima gestión de su ocupación militar-, que la pernicioso campaña de los medios y el Gobierno contra la sociedad, la cultura, la historia y la mentalidad árabes, dirigida por propagandistas y orientalistas del Neandertal como Bernard Lewis y Daniel Pipes, nos haya llevado a demasiados de nosotros a creer que los árabes son verdaderamente un pueblo subdesarrollado, incompetente y maldito, y que, con todos los fallos en materia de democracia y desarrollo, los árabes son los únicos del mundo tan atrasados, retrógrados, anticuados y profundamente reaccionarios. Ha llegado el momento de recurrir a la dignidad y el pensamiento histórico crítico para examinar qué es cada cosa y separar la realidad de la propaganda.

Nadie puede negar que la mayoría de los países árabes están gobernados en la actualidad por regímenes impopulares, y que numerosos jóvenes pobres y desfavorecidos están expuestos a las tácticas implacables de la religión fundamentalista. Pero decir, como hace habitualmente *The New York Times*, que las sociedades árabes están totalmente controladas, y que no hay libertad de opinión, ni instituciones civiles, ni movimientos sociales de y para el pueblo, es mentir. Sean cuales sean las leyes de prensa, uno puede ir hoy al centro de Ammán y comprar un periódico del partido comunista a la vez que otro islamista; Egipto y Líbano están llenos de publicaciones que indican que en esas sociedades hay mucho más debate y discusión de lo que se cree; los canales de televisión por satélite rebosan de opiniones de una variedad vertiginosa; en todo el mundo árabe, las instituciones civiles están muy vivas, muchas veces relacionadas con los servicios sociales, los derechos humanos, los sindicatos y los organismos de investigación. Es preciso trabajar mucho más para alcanzar un nivel de democracia suficiente, pero estamos en el buen camino.

Sólo en Palestina existen más de mil ONG, y son esa vitalidad y esas actividades lo que ha permitido que la sociedad siguiera funcionando a pesar de los esfuerzos diarios de Estados Unidos e Israel para herirla, detenerla o mutilarla. En las peores circunstancias posibles, la sociedad palestina no está derrotada ni se ha derrumbado por completo. Los niños siguen yendo al colegio, los médicos y enfermeros siguen cuidando de sus pacientes, los hombres y mujeres van a trabajar, las organizaciones celebran sus reuniones y la gente sigue viviendo, y eso parece ser una ofensa para Sharon y los demás

extremistas que no quieren más que ver a los palestinos en la cárcel u obligados a marcharse. La solución militar no ha servido de nada, ni nunca servirá. ¿Por qué no lo entienden los israelíes? Tenemos que ayudarles a que lo entiendan, no mediante atentados suicidas, sino con argumentos racionales, actos masivos de desobediencia civil y protestas organizadas en todas partes.

Lo que intento decir es que tenemos que pensar en el mundo árabe, en general, y Palestina, en particular, con más sentido crítico y un punto de vista más comparativo que los que sugieren libros tan superficiales y despreciativos como *What Went Wrong*, de Lewis, y las ignorantes afirmaciones de Paul Wolfowitz sobre la democratización del mundo árabe e islámico. Se piense lo que se piense de los árabes, hay que saber que poseen una dinámica activa producida por el hecho de ser personas reales que viven en una sociedad real, con todo tipo de corrientes y contracorrientes, que no pueden caricaturizarse simplemente como un hervidero de fanatismo violento. La lucha palestina por la justicia, especialmente, es una cosa que suscita la solidaridad, no críticas sin fin, un desaliento frustrado y exasperado o divisiones agobiantes. Recordemos la solidaridad mostrada en Estados Unidos y en todos los rincones de Latinoamérica, África, Europa, Asia y Australia, y recordemos que es una causa con la que se ha comprometido mucha gente, a pesar de las dificultades y los terribles obstáculos. ¿Por qué? Porque es una causa justa, un ideal noble, una búsqueda moral de la igualdad y los derechos humanos.

2 de julio de 2003

Perspectivas imperiales

Los grandes imperios modernos nunca se han mantenido unidos sólo gracias al poder militar, sino gracias al motor que activa dicho poder, lo utiliza y lo refuerza mediante el ejercicio diario de la dominación, la convicción y la autoridad. Gran Bretaña gobernó los vastos territorios de India con unos cuantos miles de oficiales coloniales y unos cuantos miles más de soldados, muchos de ellos indios. Francia hizo lo mismo en el norte de África e Indochina, los holandeses en Indonesia, los portugueses y los belgas en África. El elemento clave es la perspectiva imperial, esa forma de contemplar una realidad distante y extranjera subordinándola a nuestra mirada, construyendo su historia desde nuestro punto de vista, viendo a su gente como súbditos cuyo destino no es el que ellos deciden, sino el que consideran mejor unos remotos administradores. Esa perspectiva deliberada

produce ideas reales como la teoría de que el imperialismo es una cosa benigna y necesaria. En uno de los comentarios más perspicaces que se han escrito nunca sobre la cola conceptual que mantiene unidos los imperios, el extraordinario novelista anglo-polaco Joseph Conrad dijo que “la conquista de la tierra, que significa fundamentalmente arrebatársela a quienes tienen una piel diferente o narices algo más chatas que nosotros, no es nada agradable cuando se examina con detalle. Lo único que la redime es la idea. Una idea de fondo; no una pretensión sentimental, sino una idea; y una fe desinteresada en esa idea, algo que podemos crear, ante lo que podemos inclinarnos y a lo que podemos ofrecer sacrificios”.

Durante un tiempo el sistema funcionó porque muchos dirigentes coloniales creyeron erróneamente que no tenían más remedio que cooperar con la autoridad imperial. Ahora bien, dado que la dialéctica entre la perspectiva imperial y la local es inevitablemente conflictiva y pasajera, llega un momento en el que es imposible seguir conteniendo el conflicto inevitable entre gobernante y gobernado, que estalla en una guerra colonial declarada como las de Argelia e India.

Todavía queda mucho para que llegue ese momento en el caso del dominio estadounidense sobre el mundo árabe y musulmán. Al menos desde la II Guerra Mundial, los intereses estratégicos de Estados Unidos han consistido en garantizar (y controlar cada vez más) los abastecimientos de petróleo y respaldar, con un coste enorme, el poder y el dominio regional de Israel sobre todos sus vecinos.

Todos los imperios, incluido el de Estados Unidos, se dicen sin cesar a sí mismos y al mundo que son distintos a los demás imperios y que su misión no consiste en saquear y dominar, sino en educar y liberar a los pueblos y lugares que gobiernan de forma directa o indirecta. Sin embargo, son ideas que no comparten en absoluto los pueblos gobernados, cuyas opiniones son, en muchos casos, radicalmente opuestas. Pero eso no ha impedido que la maquinaria estadounidense de la información, la estrategia y la política relacionadas con el mundo árabe e islámico imponga sus puntos de vista no sólo a árabes y musulmanes, sino a sus propios ciudadanos, cuyas fuentes de información sobre el Islam y los árabes son tristemente, trágicamente, insuficientes.

La diplomacia estadounidense ha tenido siempre el lastre de la agresión sistemática del *lobby* israelí contra los llamados arabistas. De los 150.000 soldados norteamericanos presentes hoy en Irak, sólo hay un puñado que sepa árabe. David Ignatius lo destaca en un excelente artículo del 14 de julio titulado “Washington paga la falta de arabistas” (<http://www.dailystar.com.lb>), en el que cita a Francis Fukuyama, según el cual, el problema es que “los arabistas no sólo

adoptan la causa de los árabes, sino su tendencia a engañarse a sí mismos”. En este país se ha hecho que hablar árabe, tener cierto contacto con la vasta tradición cultural árabe y mostrar cierta comprensión hacia ella parezcan una amenaza para Israel. Los medios de comunicación publican los peores estereotipos racistas sobre los árabes (véase, por ejemplo, un artículo hitleriano de Cynthia Ozick en *The Wall Street Journal* del 30 de junio, en el que dice que los palestinos han «difamado la fuerza de la vida, un cultismo elevado a espiritualismo siniestro», unas palabras que muy bien podrían haberse oído en las concentraciones de Nüremberg).

***Que un gran país [EEUU]
inmensamente rico, pueda producir
una ocupación tan mal gestionada,
poco preparada e incapaz como la
que se está llevando a cabo hoy en
Irak es una farsa intelectual.***

Varias generaciones de estadounidenses consideran el mundo árabe, fundamentalmente, como un lugar peligroso en el que brotan el terrorismo y el fanatismo religioso y donde unos clérigos malintencionados, antidemocráticos y violentamente antisemitas inculcan maliciosamente a los jóvenes un antiamericanismo gratuito. En estos casos la ignorancia se convierte directamente en conocimiento. Lo que no siempre se advierte es que, cuando aparece un dirigente que “nos” gusta -como el sha de Irán o Anuar el Sadat-, Estados Unidos supone que es un valiente visionario que ha hecho cosas por “nosotros” o a “nuestra” manera, no porque haya comprendido el juego del poder imperial -que consiste en complacer a la autoridad suprema para sobrevivir-, sino porque le han convencido unos principios que compartimos. Casi un cuarto de siglo después de su asesinato, Anuar el Sadat es, sin exagerar, un hombre olvidado e impopular, porque la mayoría de los egipcios consideran que sirvió sobre todo a Estados Unidos, y no a Egipto. Lo mismo ocurre con el Sha. El hecho de que tanto a Sadat como al Sha les sucedieran en el poder unos gobernantes todavía más desagradables no es señal, como nos gustaría creer, de que teníamos razón, sino de que las distorsiones de las perspectivas imperiales producen unas distorsiones aún mayores en la sociedad de Oriente Próximo, que prolongan el sufrimiento y engendran formas extremas de resistencia y reafirmación política.

Éste es especialmente el caso de los palestinos, de los que ahora se piensa que se han reformado por dejar que les gobierne Mahmud Abbas (*Abu Mazen*) en vez del vilipendiado Arafat. Pero ésa es una cuestión de interpretación imperial, no una realidad. Israel y Estados Unidos consideran a Arafat como un obstáculo para lograr imponer a los palestinos un acuerdo que borraría todas sus reivindicaciones anteriores y representaría la victoria definitiva de Israel sobre lo que algunos israelíes denominan su «pecado original», el de haber destruido la sociedad palestina en 1948 y haber dispuesto de la nación de los palestinos, unos ciudadanos que todavía hoy siguen sin Estado o bajo la ocupación. Qué más da que a Arafat -al que llevo muchos años criticando en medios árabes y occidentales- se le siga considerando universalmente como el líder palestino por haber sido legalmente elegido en 1996 y porque ha adquirido una legitimidad a la que no llega ningún otro palestino, y mucho menos Abu Mazen, un burócrata y viejo subordinado de Arafat que carece por completo de respaldo popular. Además, ahora existe un grupo palestino independiente y coherente (la Iniciativa Nacional Independiente) que se opone tanto al Gobierno de Arafat como a los islamistas, pero que no recibe ninguna atención porque los estadounidenses y los israelíes prefieren a un interlocutor complaciente que no pueda causarnos problemas. La duda de que todo eso sirva para algo se queda para otro momento. Así de miope -incluso ciega- y arrogante es la mirada imperial. Y el mismo modelo se repite en la noción que tiene Estados Unidos de Irak, Arabia Saudí, Egipto y todos los demás. Lo malo de tales concepciones es que son incompetentes e ideológicas; no ofrecen a los estadounidenses ideas sobre los árabes y musulmanes, sino opiniones sobre cómo les gustaría que fueran. Que un gran país, inmensamente rico, pueda producir una ocupación tan mal gestionada, poco preparada e incapaz como la que se está llevando a cabo hoy en Irak es una farsa intelectual, y que un funcionario moderadamente inteligente como Paul Wolfowitz pueda elaborar políticas tan incompetentes y al mismo tiempo convencer a todo el mundo de que sabe lo que hace es asombroso.

La base de esta particular perspectiva imperial es una antigua concepción orientalista que no deja que los árabes ejerzan su derecho a la autodeterminación nacional y les considera diferentes, incapaces de emplear la lógica y de decir la verdad, turbulentos y con instintos asesinos. Desde que Napoleón invadió Egipto en 1798, ha habido en todo el mundo árabe, basada en esas premisas, una presencia imperial ininterrumpida que ha llevado una miseria indecible -y también algunos beneficios- a la gran mayoría de la población. Pero nos hemos acostumbrado tanto a las lisonjas de asesores norteamericanos como

Bernard Lewis y Fouad Ajami -que han arrojado su veneno contra los árabes de todas las formas posibles-, que casi pensamos que estamos actuando como es debido porque los árabes son así. Con el añadido de que además se trata de un dogma israelí que comparten incondicionalmente los neoconservadores del Gobierno de Bush. Por todo ello, nos quedan todavía muchos años de confusión y miseria en una zona del mundo en la que uno de los principales problemas es, sencillamente, el poder de Estados Unidos. Pero ¿a qué precio, y con qué fin?

27 de julio de 2003

Problemas del neoliberalismo

En los diez años que han seguido a la caída de la Unión Soviética, la mayor parte del mundo se encuentra entre las garras de una ideología cuya encarnación más dramática se puede encontrar actualmente en la carrera entre los dos principales candidatos a la presidencia de Estados Unidos. No deseo enumerar aquí los diversos temas que los separan, sino más bien apuntar rápidamente qué es lo que les une y, en muchos aspectos, hace que uno sea la viva imagen del otro. Ambos son apasionados y firmes creyentes en el sistema de libre mercado. Ambos defienden lo que ellos llaman menos gobierno, en contraposición al “gran” gobierno, y juntos mantienen la campaña contra el Estado del bienestar, inaugurada hace dos décadas por Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Es esta continuidad de 20 años la que me gustaría describir, en vista de lo que ha significado la aparición y hegemonía del neoliberalismo, doctrina que ha transformado casi completamente al Partido Laborista británico (llamado ahora Nuevo Laborismo) y al Partido Demócrata de Clinton y Gore. El dilema que todos afrontamos como ciudadanos es que, salvo raras excepciones (la mayor parte de ellas, desastres económicos desesperadamente aislados, como Corea del Norte y Cuba, o alternativas que no sirven como modelos a seguir), el neoliberalismo ha atrapado al mundo entre sus garras, con graves consecuencias para la democracia y el medio ambiente físico, que no deben ser ni subestimadas ni pasadas por alto. El socialismo estatal, tal y como fue llevado a la práctica en Europa del Este, China y unos cuantos países de África y Asia, fue incapaz de competir con la energía e inventiva del capital financiero globalizado, que capturaba más mercados, prometía prosperidad rápida y atraía a un enorme número de personas para quienes el control estatal significaba subdesarrollo, burocracia y la supervisión represiva de la vida cotidiana. La Unión Soviética y la Europa del Este se volvieron entonces hacia el capitalismo, y con ello

nació un nuevo mundo. Pero cuando las doctrinas del libre mercado se aplicaron a los sistemas de seguridad social, como el que habían mantenido Gran Bretaña durante el periodo de posguerra y Estados Unidos desde el *new deal* de Franklin Delano Roosevelt, se produjo una transformación social masiva. Volveré a esto enseguida. Pero hay que hacer un esfuerzo y recordar que aquellas políticas, auténticamente progresistas en su momento, crearon una situación relativamente nueva de igualdad democrática y prestaciones sociales ampliamente repartidas, y administradas y financiadas todas ellas por el Estado central. Fueron ellas las que dieron fuerza a la Gran Bretaña de posguerra y a Estados Unidos entre los años cuarenta y los cincuenta. Los impuestos eran, por lo tanto, bastante altos para los ricos, aunque las clases medias y bajas también tenían que pagar por las prestaciones que les correspondían (educación, sanidad y seguridad social, principalmente). Muchas de estas prestaciones fueron consecuencia de un sistema de sindicatos agresivo y bien organizado, pero también prevalecía la idea de que los grandes costes de la sanidad y la educación, por ejemplo, que el ciudadano no podía pagar solo, debían ser subvencionados por el Estado del bienestar. A principios de los noventa, todo esto no sólo estaba siendo atacado sino que empezaba a desaparecer.

Primero, los sindicatos fueron disueltos o divididos (los mineros británicos y los controladores de tráfico aéreo estadounidenses). A esto le siguió la privatización de los principales servicios, como el transporte, la luz, el gas, la educación y la industria pesada, sobre todo en Europa. En Estados Unidos, donde la mayoría de las industrias, excepto la luz y el gas, estaban ya en manos privadas, pero los precios eran controlados por el Gobierno en el sector de los servicios básicos, la liberalización estaba a la orden del día. Esto significaba que el Gobierno ya no desempeñaría ningún papel a la hora de garantizar que los precios del transporte, las necesidades básicas, la sanidad, la educación, así como el gas y la electricidad, se mantendrían dentro de ciertos límites. El mercado iba a ser ahora el que dictara las normas, lo que significaba que el establecimiento de los costes y beneficios de las líneas aéreas, hospitales, compañías telefónicas y, más tarde, el gas, la electricidad y el agua quedaba en manos de las compañías privadas, frecuentemente con un considerable perjuicio económico para el consumidor. Muy pronto, hasta correos y buena parte del sistema de prisiones fueron privatizados y liberalizados. En Gran Bretaña, el Thatcherismo destruyó prácticamente el sistema universitario, pues veía a cada institución universitaria como un proveedor de aprendizaje y, por tanto, como un negocio que, en términos de pérdidas y ganancias, tendía a perder dinero. Se eliminaron muchas cátedras, lo que provocó

una pérdida extraordinaria de moral y productividad, ya que miles de profesores tuvieron que buscar empleo en el extranjero.

Con la caída del socialismo y el triunfo de los partidos y políticas agresivamente de derechas, como los encabezados por Reagan y Thatcher, la vieja izquierda liberal del Partido Laborista y el Partido Demócrata de Estados Unidos tenían dos alternativas. Una era acercarse a las políticas de la derecha que tenían éxito, y la otra, elegir una opción que protegiera los antiguos servicios pero que los hiciera más eficaces. Tanto los nuevos laboristas británicos como los demócratas de Clinton optaron por el primer camino (desplazarse hacia la derecha),

Lo más descorazonador es la sensación que tiene la mayor parte de la gente no sólo de que no hay otra alternativa, sino de que éste es el mejor sistema que se podría soñar, el triunfo del ideal de la clase media, una democracia liberal y humana.

pero mantuvieron hábilmente algo de la retórica del pasado, dando a entender que muchos de los servicios del bienestar que antes proporcionaba el Estado seguían estando allí, si bien envueltos de otra forma.

Era simplemente mentira. La liberalización y la privatización continuaron, con el resultado de que el incentivo de las ganancias se apoderó completamente del sector público. Los presupuestos para la seguridad social, la atención sanitaria para pobres y ancianos y las escuelas se redujeron drásticamente; defensa y ley y orden (policía y prisiones) recibieron más dinero del Estado y/o fueron privatizados. La pérdida más importante la han sufrido la democracia y las prácticas sociales. Porque cuando el país está gobernado por el mercado (en EE UU, un periodo de gran prosperidad para la mitad superior del país y pobreza para la inferior) y el Estado ha cedido de hecho frente a las empresas más poderosas y a la Bolsa (como pone de manifiesto el tremendo crecimiento de las empresas electrónicas), el ciudadano de a pie tiene cada vez menos incentivos para participar en un sistema que se percibe como algo fuera de control, por lo menos en lo que respecta a la gente corriente. El precio de este sistema neoliberal lo ha pagado el ciudadano, que se siente dejado de lado, sin poder, y apartado de un mercado regido por la avaricia, las inmensas multinacionales y un Gobierno a la merced del mejor postor; por lo tanto, las elecciones no

están controladas por el elector individual, sino por los contribuyentes más importantes, los medios de información (que están interesados en mantener el sistema) y el sector empresarial.

Lo más descorazonador es la sensación que tiene la mayor parte de la gente no sólo de que no hay otra alternativa, sino de que éste es el mejor sistema que se podría soñar, el triunfo del ideal de la clase media, una democracia liberal y humana. O, como lo llamó Francis Fukuyama, el final de la historia. Las desigualdades han sido apartadas de la vista. La degradación del medio ambiente y el empobrecimiento de grandes zonas de Asia, África y Latinoamérica (el llamado Sur) son secundarios ante los beneficios de las corporaciones. Lo peor de todo es la pérdida de una iniciativa que podría traer cambios significativos. Ya no queda casi nadie que ponga en duda la idea de que las escuelas, por ejemplo, deban gestionarse como empresas con ánimo de lucro y que los hospitales deban ofrecer sus servicios sólo a aquellos que puedan pagar los precios establecidos por las empresas farmacéuticas y los gerentes de los hospitales. La desaparición del Estado del bienestar significa que no existe ninguna entidad pública que salvaguarde el bienestar personal de los débiles, los desfavorecidos, las familias pobres, los niños, los discapacitados y los ancianos. El neoliberalismo habla de oportunidades “libres” e “iguales”, mientras que aquel que por alguna razón no es capaz de seguir adelante, se hunde. Lo que ha desaparecido es la idea de que los ciudadanos necesitan tener un derecho, garantizado por el Estado, a la sanidad, la educación, el cobijo y las libertades democráticas. Si todos ellos se convierten en la presa del mercado globalizado, el futuro es profundamente inseguro para la inmensa mayoría de la gente, a pesar de la retórica tranquilizadora (y profundamente engañosa) de cariño y bondad que prodigan los que controlan los medios de comunicación y los expertos en relaciones públicas que dominan el discurso público.

La cuestión está en cuánto va a durar el neoliberalismo. Porque si el sistema global empieza a desmoronarse, si cada vez hay más personas que sufren las consecuencias del fin de los servicios sociales, si la falta de poder caracteriza cada vez más el sistema político, empezará a surgir una crisis. Al llegar a ese punto será inevitable un sentimiento de necesidad de nuevas alternativas, incluso si de momento nos dicen que “nunca habíamos estado tan bien”. ¿Cuánto sufrimiento social habrá que tolerar antes de que la necesidad de cambio genere de hecho un cambio? Ésta es la cuestión política más importante de nuestro tiempo.

3 de octubre de 2000